



EDDY DE WIND

AUSCHWITZ ÚLTIMA PARADA

**CÓMO SOBREVIVÍ AL HORROR
(1943-1945)**


ESPASA

EDDY DE WIND

AUSCHWITZ: ÚLTIMA PARADA
Cómo sobreviví al horror (1943-1945)

Traducción de Julio Grande



Índice

Portada

Sinopsis

Auschwitz. Última parada

Nota sobre el autor y el texto

Nota del traductor

Créditos

Eddy de Wind llega a Auschwitz en 1943 junto a su esposa Friedel. Él es médico y ella enfermera. Allí son separados. Ella queda entre los presos destinados a los crueles experimentos médicos del Dr. Mengele; él al cuidado de los prisioneros políticos polacos. Cuando la guerra está perdida y los nazis huyen del campo con los presos que sobreviven (entre ellos su mujer), Eddy decide esconderse y esperar la llegada de los rusos. Permanece por un tiempo con ellos en el campo y allí empieza a escribir Auschwitz, última parada, donde describe la rutina diaria, las atrocidades de las que ha sido testigo y víctima y la liberación por los rusos. Pero en su texto muestra también su amor y deseo hacia Friedel.

En 1942, el doctor judío Eddy de Wind se presentó voluntario para trabajar en Westerbork, un campo de tránsito en el este de los Países Bajos donde conoció a Friedel, una joven enfermera judía. Los dos se enamoraron y se casaron allí. En 1943, fueron deportados a Auschwitz en un tren de mercancías y los separaron, yendo Eddy a parar al barracón 9 y Friedel al 10, en el que se realizaban experimentos médicos.

Cuando los rusos iban aproximándose a Auschwitz en el otoño de 1944, los nazis decidieron borrar sus huellas y se ordenó a los prisioneros, entre los que también se encontraba Friedel, que fueran replegándose hacia el interior de Alemania, en lo que después se conocerían como «marchas de la muerte». Eddy, en cambio, se escondió y se quedó en Auschwitz, donde encontró un lápiz y un cuaderno y se puso a escribir.

En el estado traumatizado en que se encontraba, creó el personaje de Hans para que fuera el narrador de su propia historia. El horror de su experiencia estaba todavía en carne viva y no hubiera sido capaz de encontrar las palabras para describirlo en primera persona.

Esta es la historia de Eddy.

*

¿A qué distancia se hallan esas borrosas montañas azules? ¿Qué dimensiones tiene la llanura que se extiende a la radiante luz del sol primaveral? Es una jornada para quien no está preso. Una sola hora a caballo a pleno galope. Para nosotros están más lejos, mucho más lejos, están infinitamente más lejos. Esas montañas no son de este mundo, no de nuestro mundo, porque entre nosotros y esas montañas se encuentra la alambrada.

Nuestro anhelo, la salvaje palpitación de nuestros corazones, la sangre que nos fluye a la cabeza, es todo impotencia. Entre nosotros y la llanura, después de todo, hay alambre. Dos hileras de alambre sobre las que arden suavemente pequeñas luces rojas, como señal de que la muerte nos está acechando a todos los que estamos aquí presos, en este cuadrado rodeado de dos hileras de alambrada de alta tensión y un muro alto y blanco.

Siempre esa misma imagen, siempre esa misma sensación. Estamos ante las ventanas de nuestros respectivos *Blocks* viendo la seductora lejanía y nuestro pecho jadea de tensión y de impotencia.

Nos separan diez metros. Me asomo por la ventana, como si buscara con la vista la lejana libertad, pero Friedel ni siquiera puede hacerlo, pues su cautiverio es aún mayor. Mientras que yo aún puedo moverme libremente por el *Lager*, eso es algo que a ella le está vedado.

Vivo en el *Block* 9, un barracón normal y corriente para enfermos. Friedel vive en el *Block* 10 y allí también hay enfermos, pero no como en mi *Block*. En el mío hay personas que han enfermado por crueldad, hambre y trabajo desmesurado, causas naturales que llevan a enfermedades naturales, recogidas en diagnósticos.

El *Block* 10 es el Barracón de los Experimentos. Allí viven mujeres que han sido mancilladas como nunca fue mancillada una mujer — en lo más bello que posee: su esencia de mujer, su capacidad de ser madre— por sádicos que se llaman a sí mismos profesores.

También sufre la muchacha que debe permitir los salvajes arrebatos pasionales de un bruto incontrolado, pero el acto al que se ve sometida contra su voluntad procede de la vida misma, de los instintos vitales. En el *Block* 10 no acucia el deseo irrefrenable, sino una quimera política enfermiza, un interés financiero.

Todo esto lo sabemos cuando miramos a la llanura polaca meridional, cuando quisiéramos correr por los prados y pantanos que nos separan de esos azules Beskides en nuestro horizonte. Pero sabemos aún más. Sabemos que para nosotros solo existe un final, solo una liberación de este infierno de alambre de espino: la muerte.

También sabemos que aquí la muerte se nos puede presentar en diferentes formas.

Puede llegar como una guerrera honesta contra la que el doctor es capaz de luchar y, si bien esta muerte tiene aliados subalternos como el hambre, el frío y las alimañas, sigue siendo una muerte natural, clasificada entre las causas de muerte oficiales.

Aunque hasta nosotros no llegará así. Sí que vendrá a por nosotros, como vino a por todos esos millones que nos precedieron. Sí que vendrá a por nosotros, deslizándose e invisible, incluso casi sin olor.

Pero sabemos que solo es el *Tarnkappe*, el manto de la invisibilidad, lo que no nos permite verla. Sabemos que esta muerte lleva uniforme, porque en la llave del gas hay un hombre vestido de uniforme: SS.

Por eso los anhelos se nos disparan cuando miramos con ilusión hacia las borrosas montañas azules que apenas se encuentran a

treinta y cinco kilómetros, si bien para nosotros parecen infinitamente inalcanzables.

Por eso me asomo tanto hacia la ventana del *Block* 10, donde está ella.

Por eso sus manos agarran con tanta fuerza la tela metálica que clausura las ventanas.

Por eso apoya la cabeza en el quicio de madera, porque no puede aplacar el deseo que despierto en ella, al igual que nuestro anhelo de esas elevadas y borrosas montañas azules.

*

La tierna hierba, los marrones brotes de castaño maduros a punto de estallar y el sol radiante de primavera, que día tras día crece en esplendor, parecían prometer una vida nueva, pero sobre la tierra imperaba la húmeda frialdad de la muerte. Era la primavera de 1943.

Los alemanes se habían internado en las profundidades de Rusia y aún no se habían vuelto las tornas en el devenir de los acontecimientos bélicos.

Los aliados en el oeste no habían puesto aún pie en tierra firme.

El terror que hacía estragos en Europa cada vez adoptaba formas de mayor intensidad.

Los judíos eran el juguete de los invasores. Jugaban con ellos al juego del ratón y el gato. Noche tras noche rugían los motores por las calles de Ámsterdam, las piernas enfundadas en botas de cuero pasaban pateando y por los canales semicirculares, en otro tiempo tan apacibles, se oían ladrar las órdenes.

Entonces, en Westerbork, solían volver a soltar al ratón. La gente podía moverse libremente por el campo, llegaban paquetes y las familias seguían intactas. Todo el mundo, por tanto, escribía su carta como es debido a Ámsterdam con el «estoy bien», para que los demás volvieran a entregarse sin resistencia a la *Grüne Polizei*, la policía verde encargada del orden.

En Westerbork, los judíos tenían la ilusión de que tal vez todo se arreglaría, de que si bien ya habían sido excluidos de la sociedad,

alguna vez regresarían de su aislamiento.

«Cuando la guerra haya terminado y volvamos todos a casa», así empezaba una canción popular.

No solo eran incapaces de ver su futuro destino, entre ellos había incluso quienes tenían el ánimo —¿o era la ceguera?— de comenzar aquí una nueva vida, de formar una familia nueva. Cada día llegaba al campo el Dr. Molhuijsen, en nombre del alcalde del pueblo de Westerbork, y una fabulosa mañana —uno de los nueve días buenos de abril— comparecieron Hans y Friedel ante él.

Eran dos idealistas: él era uno de los prestigiosos doctores del campo, con veintisiete años, y ella acababa de cumplir los dieciocho. Se habían conocido en la sala donde él empuñaba el cetro y ella cuidaba.

«Porque solos no somos nadie, pero juntos somos alguien», le había recitado él entonces y esa era la expresión exacta de sus sentimientos. Juntos saldrían adelante. Tal vez consiguieran quedarse en Westerbork hasta el final de la guerra y, si no, podrían luchar juntos en Polonia. Porque alguna vez se terminaría la guerra y nadie creía en una victoria alemana.

Así estuvieron juntos medio año. Vivían en el «consultorio médico», una caja de cartón separada del gran barracón con ciento treinta mujeres. No vivían solos, ya que habían alojado a otro doctor en esa habitación y, más adelante, tuvieron que compartirla con otros dos matrimonios. Bien es cierto que no era ningún entorno adecuado para construir una incipiente vida conyugal, pero todo eso no habría importado nada si no hubieran existido las deportaciones: cada martes por la mañana, mil personas.

Hombres, mujeres, viejos y jóvenes, hasta los bebés e incluso los enfermos. Solo unos pocos podían quedarse después de que Hans y los demás médicos consiguieran demostrar que estaban demasiado enfermos como para aguantar tres días en el tren. Y, además, los privilegiados: bautizados, matrimonios mixtos, los *Alte Kamp-Insassen*, que llevaban en el campo desde 1938, y aquellos que formaban parte del personal fijo, como Hans y Friedel.

Había una lista de personal con mil nombres, pero de continuo llegaban de las ciudades personas a las que había que proteger, a veces por orden de los alemanes, a veces porque realmente habían sido ciudadanos encomiables, pero casi siempre porque eran antiguos conocidos de los señores del Consejo Judío o de los *Alte-Kamp-Insassen*, que tenían en sus manos las posiciones clave. En esos casos, se revisaba la lista de los mil.

Así fue como, en la noche del lunes 13 de septiembre de 1943, un empleado del Consejo Judío vino a comunicarles a Hans y a Friedel que debían prepararse para ser trasladados. Hans se vistió rápidamente y recorrió todas las instancias que trabajaban por la noche para el transporte semanal con gran presión. El Dr. Spanier, el jefe del hospital, se enfadó mucho porque Hans llevaba ya un año en el campo y había trabajado duro, mientras que otros muchos habían llegado más tarde y nunca habían hecho nada, pero Hans se encontraba ahora en la lista del personal del Consejo Judío y, si este no podía mantenerlo, el servicio sanitario tampoco podía hacer nada.

A las ocho estaban ya con todas sus pertenencias en el tren, que atravesaba el campo dividiéndolo en dos. Había un enorme alboroto. Los miembros de las organizaciones de resistencia, Servicio de Orden y Columna Móvil, llevaban el equipaje al tren y se cargaron dos vagones hasta los topes con alimentos para el viaje. Los enfermeros del hospital transportaban con dificultad a los pacientes, la mayoría ancianos que ya no podían ni caminar, pero a los que no se les permitía quedarse porque, a la semana siguiente, seguirían siendo tan incapaces de moverse como ahora. Luego estaban los que se quedaban, que se encontraban tras el cordón a algunas decenas de metros del tren y solían llorar más que los que se iban. En la parte delantera y trasera del tren, se enganchaba un vagón con hombres de las SS para la vigilancia, que eran muy razonables y llegaban incluso a dar ánimos a la gente, ya que los holandeses no debían enterarse, después de todo, de cómo se trataba en realidad a «sus» judíos.

La partida era a las diez y media y se echó el cerrojo por fuera a las puertas de los vagones de mercancías. Un último adiós, un último gesto por las trampillas en la parte superior de los vagones y eran enviados a Polonia; más detalles del destino, desconocidos.

Hans y Friedel habían tenido suerte y coincidieron en un vagón con algunos jóvenes que eran antiguos amigos de Friedel, del grupo de sionistas al que había pertenecido ella, personas fraternales y complacientes. Metieron a treinta y ocho en un vagón, que eran relativamente pocos, y no tuvieron que darle muchas vueltas para, una vez colgado el equipaje del techo, poder encontrar todos sitios en el suelo.

De camino, comenzaba lo bueno. En la primera estación, los hombres de las SS entraron en el vagón y se pusieron a reclamar primero los cigarrillos y después los relojes. Luego les tocó el turno a las plumas estilográficas y a las joyas. Los muchachos se reían, les daban un par de cigarrillos sueltos y aseguraban que no tenían más. Muchos de ellos eran de origen alemán y ya se las habían tenido que ver varias veces con las SS; como habían salido con vida en esas ocasiones, tampoco dejarían ahora que nadie les amargara la diversión.

No recibieron comida durante los tres días y las provisiones del tren ya no volverían a verlas nunca más, pero eso no importaba, porque se habían traído bastantes cosas de Westerbork. De vez en cuando, a un par de ellos se les permitía salir del vagón para vaciar el pequeño barril donde hacían sus necesidades, que estaba a rebosar. Se alegraban cuando veían en las ciudades rastros de bombardeos, pero por lo demás el viaje careció de acontecimientos. Al tercer día, se conoció el destino: Auschwitz. Era solo una palabra sin contenido, ni bueno ni malo.

Por la noche, llegaron a la estación de trenes de carga de Auschwitz.

*

El tren estuvo mucho tiempo parado, tanto tiempo que empezaron a impacientarse y desearon que ya, de una vez por todas, se produjera claridad, ver por fin lo que era Auschwitz.

La claridad llegó.

Cuando despuntó el alba, el tren se puso en movimiento por última vez para, al cabo de un par de minutos, volver a pararse sobre un dique, en medio de la tierra llana. A lo largo del dique había grupos de entre diez y doce hombres que iban vestidos con trajes a rayas blancas y azules con gorros iguales. Muchos soldados de las SS iban de un lado a otro con incomprensible actividad.

Tan pronto como el tren se hubo detenido, los hombrecillos comparsas se precipitaron sobre los vagones y abrieron las puertas. «Tirad el equipaje afuera, todos delante del vagón». Los deportados se asustaron mucho, porque comprendieron que ahora lo habían perdido todo, y rápidamente comenzaron a meterse lo que pudieron entre la ropa para salvar lo más necesario, pero los hombres ya habían saltado al interior de los vagones y empezaban a arrojar al exterior a la gente y su equipaje. Así estuvieron, a la intemperie, un poco titubeantes, si bien ese titubeo no duró mucho, ya que por todas partes se les acercaban hombres de las SS que fueron empujándolos hacia un camino que corría paralelo a la vía del tren. Pateaban a quienes no caminaban con la suficiente rapidez o los golpeaban con los palos para que, en el espacio de tiempo más

breve posible, todo el mundo procurara incorporarse a las largas filas que se formaron.

Solo entonces le quedó bien claro a Hans que dejarían de estar juntos, ya que se separaba a los hombres de las mujeres. Besó deprisa a Friedel: «Hasta la vista», y luego ya se había terminado. Ante las filas, había un oficial con un palo y todos marchaban despacio en formación mientras el oficial echaba a cada uno un vistazo fugaz e iba indicando con el palo: «a la izquierda, a la derecha». A la izquierda iban todos los hombres mayores, inválidos y chicos hasta más o menos los dieciocho años. A la derecha, los jóvenes y vigorosos.

Hans llegó hasta donde se encontraba el oficial, pero no estaba prestando atención, ya que solo tenía ojos para Friedel, que se encontraba en su propia fila a un par de metros y aguardaba a que les tocara el turno a las mujeres. Ella le sonrió, como si quisiera decirle: «Tranquilízate, todo saldrá bien», de manera que no oyó al oficial, que era un médico, cuando le preguntó cuántos años tenía. El doctor se enfadó al no recibir respuesta y le dio un golpe con el palo que en seguida le hizo salir disparado hacia la izquierda.

Allí estaba él, entre los desdichados: los hombres mayores. Junto a él un ciego y, al otro lado, un muchacho que parecía imbécil. Hans se mordió los labios por el miedo, ya que no quería compartir el destino de los niños y de los ancianos, pues sabía que solo los fuertes tenían una oportunidad de seguir vivos, y no era posible pasarse a la otra fila, porque los hombres de las SS vigilaban por todas partes con el arma en ristre.

Friedel fue a parar con las mujeres jóvenes. Las mujeres mayores y todas las que llevaban niños volvieron a recolocarse en una fila aparte, con lo que al final se formaron cuatro filas de aproximadamente ciento cincuenta mujeres jóvenes y el mismo número de hombres jóvenes; los otros setecientos estaban en sus propias filas a un lado del camino.

Allí vino de nuevo el oficial médico y gritó a los mayores si había algún médico entre ellos. Cuatro hombres dieron un rápido paso al

frente. El doctor se dirigió a Van der Kous, un médico de familia mayor de Ámsterdam: «¿Qué enfermedades había en el campo de Holanda?».

Van der Kous titubeó y dijo algo sobre enfermedades de los ojos. El doctor se enfadó y se apartó de él.

Entonces, Hans vio que era su oportunidad:

—Usted se refiere, probablemente, a enfermedades contagiosas; pues había casos esporádicos de escarlatina que tenían un carácter inocuo.

—¿Había tifus petequeial?

—No, ningún caso.

—Bien, todos de vuelta a la fila —y luego, dirigiéndose a su ayudante—: A ese nos lo quedaremos.

El ayudante le hizo una seña y se lo llevó a la parte posterior de la fila de los jóvenes, con lo que Hans sintió que había escapado a un gran peligro. En efecto, ya que, entre tanto, habían llegado unos cuantos camiones y se dispusieron a cargarlos con hombres y mujeres mayores.

Fue entonces cuando vio por primera vez cómo funcionaban realmente las SS. Empujaban, pateaban y golpeaban a la gente. A muchos les resultaba difícil poder subirse a esos camiones tan altos, pero los palos de los hombres de asalto procuraban que todos se esforzaran al máximo.

Una señora mayor recibió un golpe en la cabeza y se puso a sangrar mucho. Unos pocos se rezagaron, porque no podían llegar realmente a los camiones, y a quien se acercaba a ayudar o a echar una mano se le ahuyentaba con una patada o un bufido.

El último vehículo pasó por delante y dos hombres de las SS cogieron a un desdichado anciano por los brazos y las piernas y lo arrojaron dentro. A continuación, la fila de las mujeres se puso también en movimiento. Ya no podía ver a Friedel, pero él sabía que ella iba en esa fila. Cuando las mujeres se habían apartado un par de metros, los hombres empezaron también a andar.

Las filas estaban muy vigiladas. A ambos lados había centinelas con sus armas en ristre. Por cada diez presos, aproximadamente, iba un

centinela. Hans caminaba bastante atrás en la fila y vio cómo los soldados a su derecha y a su izquierda se hacían señas, miraron un poco a su alrededor y el soldado de la izquierda se acercó a Hans para pedirle el reloj. Era un reloj bonito, con cronómetro, que le había regalado su madre cuando terminó la carrera de Medicina.

—Lo necesito para mi trabajo, soy médico.

El centinela se rio por un instante de oreja a oreja. «¡*Scheisse, Arzt*, mierda de médico, tú lo que eres es un perro! ¡Trae aquí ese reloj!». El soldado le agarró el brazo para arrebatarse el reloj y, al principio, Hans quiso defenderse. «Vaya, intento de fuga», dijo el hombre mientras preparaba el arma para disparar.

Hans comprendió su impotencia ante la situación y no tenía ganas de que, en su primer día en Auschwitz, lo «mataran a tiros por darse a la fuga», así que le dio el reloj.

Cuando cruzaron la vía del ferrocarril, vio a Friedel en la curva. Ella lo saludó agitando la mano y él suspiró de alivio. Tras la vía del ferrocarril, pasaron por una barrera con puestos de guardia. Ahora parecía que llegaban al recinto real del campo, donde había almacenes para materiales de construcción y se veían cobertizos y enormes pilas de madera y ladrillos. Circulaban pequeños trenes propulsados manualmente. Vagones arrastrados por hombres. Aquí y allá había construcciones y fábricas más grandes a lo largo del camino, allá sonaba el zumbido de los motores. Y, luego, otra vez madera, piedras y almacenes. Una grúa que subía contenedores de cemento. Por todas partes bullía la vida y se construía, pero más que grúas y trenes se veía a los hombres en sus trajes de presidiario. Aquí no había motorización alguna, todo era el trabajo de miles, de decenas de miles de manos.

El vapor es práctico; la electricidad es eficaz, aplicable a cientos de kilómetros; la gasolina es rápida y fuerte, pero las personas son baratas. Eso es lo que decían los ojos hambrientos, es lo que decían los torsos desnudos en los que se dibujaban las costillas como cuerdas que mantenían el cuerpo apenas unido y en pie. Era lo que se veía en las largas filas de porteadores de piedras, deslizándose hacia delante sobre su calzado de madera o a menudo descalzos. Avanzaban sin mirar arriba o a los lados, no había

expresión alguna en esos rostros, ninguna reacción ante los recién llegados. De vez en cuando, un tractor con vagones cargados de piedras detrás. El motor traqueteaba despacio: motores de petróleo. El pensamiento de Hans se retrotrajo a las veladas sobre el agua, cuando estaba tumbado en su bote y los cargueros pasaban por delante.

¡Cómo había sido la vida entonces, cuántas promesas quedaron por realizar! Se sobrepuso. Sintió que ahora no debía ponerse a pensar, sino que debía luchar. Tal vez llegara algún día en que todo volvería a ser como antes.

Estaban ante la puerta y veían por primera vez el campo. Eran grandes edificios de piedra, como cuarteles. Había unos veinticinco y tenían dos plantas con un tejado y pequeñas ventanas de buhardilla. El mantenimiento de las calles entre los edificios era estupendo. Había aceras con baldosas limpias y pequeñas zonas de césped. Todo estaba brillante, bien pintado y resplandecía al radiante sol de otoño.

Habría podido ser un pueblo modelo; un campo de miles de trabajadores realizando un gran trabajo útil. Sobre la puerta de acceso, en hierro fundido, la consigna del campo de concentración. Sugerente pero peligrosa: «ARBEIT MACHT FREI» (El trabajo libera). Una sugerencia que debía tener un efecto calmante en la infinidad de personas que habían entrado por aquí, por esta y por muchas otras puertas semejantes en otras partes de Alemania.

Aunque solo era una ilusión, porque esta puerta no era otra cosa más que la puerta del infierno y, en lugar de «Arbeit macht frei», tendrían que haber puesto: «Quien aquí entre, que abandone toda esperanza».

Porque el contorno del campo lo recorrían cables de alta tensión. Dos hileras de postes de hormigón, encalados perfectamente en blanco, de tres metros de altura. En los aislantes había un alambre de espino que tenía un aspecto sólido, difícil de penetrar, pero lo que no se veía era aún peor: ¡3000 voltios de alta tensión! Solo aquí y allá había encendida una pequeña bombilla roja para indicar que la corriente funcionaba a la perfección. Y cada diez metros se veía

un cartel con una calavera y la inscripción en alemán y polaco: *Halt, Stoj.*

Ningún vallado es suficiente si no puede estar al alcance de los disparos por todas sus partes, así que se habían construido torretas cada cien metros en las que había un hombre de las SS con una ametralladora.

No, de aquí no había manera de salir, a no ser que se produjera un milagro, era lo que también le contaban las personas con las que se encontró en el campo, porque ahora que estaban dentro de la alambrada, la vigilancia se había vuelto mucho menos estricta y los hombres de las SS habían delegado sus funciones casi siempre en los presos. Eran presos, bien es cierto, pero tenían un aspecto muy distinto del de esos miles que había fuera, trabajando. Vestían trajes a rayas de burdo lino que eran más claros y les quedaban bien. A menudo solían ir vestidos de manera casi elegante, con sus gorras negras y sus botas altas, y en el brazo izquierdo llevaban un brazalete rojo con un número.

Estos eran los *Blockältesten*, los más antiguos del *Block*: los jefes de las diferentes casas que dirigían todo en sus barracones, administraban a la gente y repartían la comida con la ayuda de un escribiente. Estaba claro que ellos no eran los que menos comían, podías verlo en sus caras de pan. Todos eran polacos y *Reichsdeutsche*, alemanes arios del Reich.

Pero también había algunos holandeses a los que los *Blockälteste* y los hombres de las SS mantenían a distancia, porque los nuevos llevaban consigo todavía toda clase de objetos de valor. Sin embargo, unos pocos lograron pasar adelante para pedir relojes y cigarrillos, ya que en poco tiempo lo iban a perder todo, aunque la mayoría creía que no y lo mantenía en sus bolsillos. Hans le dio a un holandés un paquete de cigarrillos, pero como un hombre de las SS no le quitaba ojo, recibió una bofetada mientras el holandés ya había salido corriendo, porque lo había visto venir a tiempo.

Apareció entonces un hombre pequeño, pero de constitución hercúlea. Estaba claro que se le respetaba.

—Bueno, muchachos, ¿cuándo salisteis de Westerbork?

—Hace tres días.

—¿Qué hay de nuevo?

—¿Os habéis enterado ya del desembarco en Italia?

—Por supuesto, leemos el periódico. ¿Qué tal en Holanda?

Qué responder ahora a esa pregunta, preferían saber cómo era Auschwitz, qué sería de su futuro.

—¿Quién es usted? —preguntó uno de los nuevos.

—Leen Sanders, el boxeador. Llevo ya un año aquí.

Los nuevos se tranquilizaron un poco. Así pues, aquí también era posible vivir.

—¿Quedan todavía muchos de los que vinieron con usted? —preguntó Hans, al que ya empezaba a reconcomerle el escepticismo.

—En este lugar no hay que hacer muchas preguntas, debes fijarte —respondió el boxeador—. Ver, oír y callar.

—Pero usted tiene un aspecto fabuloso.

Leen sonrió con sabiduría:

—Para eso soy boxeador.

—¿Qué vamos a tener que hacer aquí?

—Seréis distribuidos en las brigadas que trabajan fuera.

Hans vio de nuevo ante sí a esas personas, maquinitas de trabajar que caminaban en fila por el exterior, acarreando piedras y cemento, los rostros inexpresivos, la mirada muerta y los cuerpos escuálidos.

—¿Qué va a pasar con esos ancianos que se llevaron en los camiones?

—¿No has escuchado nunca la radio inglesa? —preguntó Leen.

—Sí, claro.

—Pues bueno, ya podrías estar enterado de todo.

Fue entonces cuando Hans se enteró de todo. Pensó en Friedel, en que había perdido de vista su fila. Pensó en su madre, en su hermano, en todos aquellos a los que había visto partir hacia Auschwitz. Pensó en su carrera, en su consulta, en sus ideales. Volvió a pensar en Friedel y en los planes de futuro que habían hecho. Así es como piensa alguien que cree que va a morir.

Y, sin embargo, le entraron las dudas; quizá tuviera suerte, quizá. Era médico; ay, no, no se atrevía a tener esperanzas, pero debía tenerlas. No podía creerse que fuera a morir aquí, pero tampoco podía creer ya en la vida.

Un bufido le hizo volver en sí: «Aufgehen!». Iban por la calle principal del campo, por entre los grandes *Blocks*. Aquí había muchas personas y en unos cuantos de los barracones habían colocado una placa de vidrio sobre la puerta:

Häftlingskrankenbau (Hospital de presos)

Interne Abteilung (Servicio interno)

Eintritt verboten (Prohibida la entrada)

Allí, delante de la puerta, había hombres con trajes blancos y tenían buen aspecto. En la espalda de la chaqueta una franja roja, al igual que en las costuras del pantalón. Seguro que eran los médicos. Apenas miraban a los recién llegados, pero Hans vio que su falta de interés se debía a otra causa distinta de la de los miles que había fuera. En toda esa mano de obra esclava, era el cansancio, el profundo abatimiento, lo que impedía cualquier esfuerzo espiritual. En estas personas de buen aspecto era una suerte de arrogancia. Después de todo, ellos eran los prominentes del campo. ¿Y qué eran ellos, los nuevos? A ellos les podía insultar y ridiculizar todo el mundo.

Así habían llegado al *Block* 26, que llevaba por título: *Effektenkammer*. Leen les contó lo que significaba: «Aquí se conservan todos los *Effekten*, la ropa y otros objetos de valor de cada prisionero o *Häftling*». Arriba, ante las ventanas, se veían largas filas de bolsas de papel. Cada bolsa contenía las pertenencias de un solo hombre y, si dejaban libre a alguien para que se fuera del campo, recuperaba todo lo que había dentro.

La ropa no la guardarían. A los judíos nunca los dejaban marchar, ya que no tenían ningún proceso en marcha, no les habían impuesto ninguna condena y, por tanto, tampoco podían liberarlos.

En efecto, entre el *Block* 26 y el 27 debían desnudarse. Toda la ropa, con lo que tenía dentro, se cargaba en un carro y solo podían quedarse con su cinturón de cuero y un pañuelo. Hans intentó

conservar parte de su mejor instrumental, pero en seguida le echaron el ojo. Un hombre escuálido con un brazalete en el brazo izquierdo en el que podía leerse *Lagerfriseur*, peluquero, controlaba a todo el mundo. Quien se había quedado con algo debía entregarlo y recibía además un tortazo. Hans le preguntó si podía conservar su instrumental y él se rio de oreja a oreja para meterlo después todo en su bolsa.

Así estaban las cosas entonces. Ahora ya lo habían perdido todo. El proceso había ido completándose poco a poco, pero en este momento había llegado a su fin. ¿No había llegado a decir una vez Fritz Schmidt, el representante de Hanns Albin Rauter para Asuntos Judíos y comisario general de la Seguridad Pública: «Los judíos regresarán al país de donde han venido igual de desnudos que llegaron aquí»?

Schmidt no había dicho, por lo demás, cuándo habían llegado esos judíos —en los siglos XVI y XVII— ni que no habían llegado desnudos, sino que a menudo habían traído consigo grandes tesoros de los países de donde fueron expulsados. Tampoco había mencionado los derechos históricos de los judíos neerlandeses, que les había otorgado Guillermo de Orange en aquel tiempo mediante un decreto.

Pero ¿cómo iba a hablar sobre la obra de un héroe neerlandés que había luchado por la libertad? Eso era algo que no cabría esperarse de estos héroes de la opresión, que no morirían con una oración por la patria en los labios, sino que intentarían salvar su vida con una huida miserable.

Hans se consolaba con esa idea. Desde luego, las cosas no pintaban bien para él, pero bueno: su destino era bastante sombrío, mientras que el de *ellos* estaba asegurado. Seguro que sucumbirían y, entonces, de todas sus victorias solo quedaría una: la victoria sobre los judíos. Los judíos neerlandeses marchaban hacia su perdición de forma lenta pero segura:

1940: se despidió a los judíos de todos los cargos públicos;

1941: se les prohibió el ejercicio de profesiones liberales, se les prohibió el uso de los medios de transporte públicos, se les prohibió

regentar una tienda, el acceso a los teatros, a los parques, la práctica de deporte y todo lo que, por lo demás, hacía agradable la vida; se les limitó el patrimonio hasta un máximo de 10.000 florines y, más tarde, esa limitación del patrimonio llegó hasta los 250 florines;

1942: se iniciaron las deportaciones y la prohibición de la vida misma.

Despacio, ya que los neerlandeses no habrían soportado que «sus» judíos fueran exterminados en una época en la que, de todas formas, el terror aún no había sido llevado a su extremo en Holanda.

*

Así estaban ahora, completamente desnudos al sol, que llevaba horas ardiendo sobre sus cuerpos. Entre tanto, iban sucediéndose todos los rituales que debían convertirlos en *Häftlinge*.

Tras un banco alargado había seis peluqueros que rapaban las cabezas y afeitaban todo el vello del cuerpo sin preguntar si el caballero deseaba polvos de talco o un masaje. Eran rudos y estaban de mal humor por tener que trabajar tanto durante la calurosa tarde. Al utilizar cuchillas romas, era más un arrancar el pelo que afeitar, y a quien no giraba el cuerpo y se retorció, de tal modo que ellos pudieran llegar fácilmente a todas partes, lo empujaban e incluso golpeaban. Quien ya había terminado con el *Friseur* recibía en la mano un papelito con un número escrito que debía llevar al tatuador. A Hans le tocó el número 150822.

Se limitó a sonreír con desprecio cuando le grabaron el número en el brazo. Ahora ya no era el Dr. Van Dam, ahora era el *Häftling* 150822. Qué le importaba a él si pudiera volver a ser una vez más el Dr. Van Dam. ¡Ojalá!

Y luego estaba otra vez esa idea que le rondaba por la cabeza como una gran bola. Una idea que sonaba como la voz de un gramófono pasado de revoluciones, sobre la que ya no tenía ningún poder. Un puñetazo en la espalda le hizo despertar.

En la *Effektenkammer* entraron unos cincuenta hombres. Allí se encontraba el baño, había muchas duchas correlativas y cada ducha debían compartirla tres hombres. Salía un poco de agua templada,

demasiado fría para despegar el sudor estival y el polvo y demasiado caliente como para refrescarse. Luego llegó un hombre con grandes guantes de goma que, con la misma escobilla, les untó un poco de apestoso desinfectante en las axilas y en el pubis.

Después de que los hubieran rociado con un pulverizador, ya estaban *rein*, adjetivo cuyo significado en alemán se limita a indicar limpieza, pero que en holandés tiene connotaciones de purificación. Todavía se encontraban medio mojados y pegajosos por el sudor y el desinfectante, con la piel picándoles y escociéndoles por los arañazos del afeitado, pero al menos se habían liberado de los piojos y de las pulgas.

No era fácil ponerse a buscar tan rápido algo adecuado entre las grandes pilas de ropa en el almacén. El pasillo en la *Bekleidungskammer*, como se llamaba el *Block 27*, estaba oscuro cuando llegabas de la intensa luz del sol y, en realidad, no sabías bien lo que tenías que coger. Te empujaban y te desplazaban mientras te gritaban y, si no te dabas la prisa suficiente, te golpeaban hasta que habías recogido algo para ponerte. Una camisa, un pantalón de burdo lino y una chaqueta, un gorro y un par de sandalias o zapatos de madera. Con tanta rapidez no tenías tiempo para buscar la talla adecuada y así acababan todos con ese aspecto tan de payaso, envueltos en sus trajes de presidiario.

A uno le llegaban los pantalones hasta media pierna y el otro se tropezaba con ellos, porque eran demasiado largos; a uno le faltaba una manga de la chaqueta y otro tenía que remangarse. Pero una cosa sí que tenía en común toda la ropa: toda estaba sucia y remendada. Era una mezcla de retales de tela a rayas blancas y azules.

Así se encontraban de nuevo todos ante el *Block*. Ya estaba avanzada la tarde, pero el calor del final del verano caía todavía a plomo con todo su peso en el campo. Tenían hambre y sed, pero nadie se atrevía a pedir nada.

De nuevo se pasaron una hora esperando en la Birkenallee, la calle que recorría la parte posterior de los bloques, y permanecían sentados en los bordes de la acera y en los pequeños bancos que

jalonaban el césped, o sencillamente tumbados a lo largo en la calle, abrumados por el cansancio y más aún por la miseria que sentían cernirse sobre ellos.

En la calle habían dispuesto mesas en las que iban inscribiéndolos. Se apuntaban todos los datos imaginables de carácter personal y demás: profesión y otras cualidades; y, sobre todo, enfermedades: tuberculosis, enfermedades sexuales y siempre las reiteradas preguntas consabidas sobre la nacionalidad y el número de abuelos judíos.

Hans estaba hablando con un colega, Eli Polak, que se encontraba destrozado porque había visto a su mujer cuando los camiones llegaron junto al tren. Ella se había desmayado y la habían arrojado dentro de uno, con su hijo detrás.

—Ya no volveré a verla nunca más.

Hans no se sentía capaz de consolarlo. No podía fingir.

—Eso es algo que no puedes saber —respondió, pero con poca convicción.

—¿Has oído lo que pasa en Birkenau?

—¿Qué es Birkenau? —preguntó Hans.

—Birkenau es un campo enorme —respondió Eli—. Es una parte de todo el complejo que constituye Auschwitz. A todas las personas mayores y a todos los niños los llevan allí al llegar y los introducen en una habitación grande diciéndoles que los van a bañar, pero en realidad los gasean. Luego queman los cadáveres.

—Pero eso no lo harán con todos —se obligó a consolarlo Hans.

Entonces llegó el rancho. Tres calderos de potaje. Cada uno obtendría un litro. Se colocaron en una larga fila y un par de gallitos ayudaron a repartirlo. Comían de escudillas metálicas, abolladas, con el esmalte saltado. No había suficientes escudillas y, por eso, llenaban una con dos litros y había que compartirla con alguien. También había cucharas, unas veinte aproximadamente. Quien no tenía cuchara debía beber directamente de la escudilla, algo que no era difícil, porque el potaje estaba muy aguado. Aquí y allá flotaba algo duro y había discusiones sobre si eran hojas de haya o de olmo, aunque todo eso no era importante. La mayoría de la gente

estaba todavía bien nutrida y no importaba mucho si recibías en el estómago un litro de agua caliente o un litro de comida.

De repente, los apremiaron: «¡Rápido, dentro de nada será la llamada para el recuento!». Se pusieron a sorber el potaje caliente tan deprisa como podían y, después, los llevaron a un gran almacén de madera que habían construido entre dos *Blocks*. Era una lavandería. En una parte se lavaba la ropa y en la otra mitad estaban las duchas. Hans contó ciento cuarenta y cuatro. A los lados había bancos en los que uno podía desnudarse. Se sentaron en los bancos y esperaron.

Oyeron que, tras el recuento, que en aquella época se hacía al aire libre, continuarían hacia Buna. El hombre de la administración, que fue quien se lo contó, fue acosado a preguntas: «¿Qué es eso, Buna?», «¿se está bien allí?», «¿te dan también ese potaje?». Él dijo que no estaba mal, que había que trabajar en una fábrica de goma sintética y que la comida era buena, porque estabas trabajando para una empresa industrial. El hombre sonrió con sabiduría.

Hans descubrió a un belga.

—¿Llevas mucho tiempo aquí?

—Un año.

—¿Se lleva bien esto?

—A veces, si tienes suerte y vas a parar a un buen destino.

—¿Qué es un buen destino?

—Bueno, por ejemplo, la lavandería o el *Krankenbau*, el hospital. Los destinos en los que te quedas dentro del *Lager* durante el día son casi todos buenos. También las empresas de productos alimenticios. Pero, siendo judío, no tienes ninguna posibilidad.

—Yo soy médico, ¿podría terminar en el *Krankenbau*?

—¿Te has presentado como médico?

—Sí, pero me han despachado. ¿Adónde van las mujeres?

—Las mujeres de este transporte han llegado aquí, al *Lager*. Hay un bloque de mujeres donde les hacen toda clase de experimentos.

—El corazón de Hans se detuvo. Friedel aquí, en este *Lager*. ¡Experimentos! ¿Qué significaría eso?

Le habló al belga de Friedel y le preguntó si querría transmitirle un mensaje. Después de todo, él iría a Buna. El belga le dijo que era muy difícil por los peligros que entrañaba acercarse al bloque de las mujeres. En ese momento, entró un hombre de las SS y todos se pusieron en pie de un salto como resortes, como ya habían aprendido. Formuló la gran pregunta: «¿Hay médicos aquí?».

Tres dieron un paso al frente: Hans, Eli Polak y un joven al que no conocían.

El hombre de las SS preguntó cuánto tiempo llevaban ejerciendo. El joven resultó ser médico en formación y Eli había sido médico de familia durante ocho años. El hombre de las SS rechazó a Eli. «Tú irás con esos a Buna.» Se llevó consigo a Hans y al muchacho.

*

Atravesaron el campo, pasando por delante de todos los *Blocks*, y llegaron al 28. Tuvieron que quedarse esperando en el pasillo, que era largo y de hormigón con paredes encaladas. Había puertas a ambos lados y, en las puertas, letreros: *Ambulanz* (ambulatorio), *Schreibstube* (oficina), *Operationssaal* (quirófano), *Hals-Nasen-Ohrenarzt* (otorrinolaringólogo), *Röntgenraum* (sala de rayos X) y muchos más. En mitad del pasillo se encontraba una escalera de hormigón que llevaba hasta la primera planta.

Al cabo de un par de minutos, llegó un hombre con un traje blanco y los llevó a la parte posterior del pasillo. *Aufnahme*, podía leerse en la puerta de vidrio esmerilado. Era una habitación grande, casi una sala y solo había camas en una mitad, mientras que en la otra mitad de la estancia había un par de bancos, una báscula y una mesa grande llena de libros y papeles. Aquí se inscribía a todo el mundo que ingresaba en este hospital, como enfermo o como personal.

Los recibió un pequeño polaco gordo que les soltó un bufido preguntándoles por qué tenían ese aspecto tan sucio. Tuvieron que quitarse toda la ropa y el polaco les señaló una cama. Las camas eran literas de tres cuerpos. Hans estaba tumbado en la litera superior, desnudo, bajo dos finas mantas en las que intentó enrollarse, porque le picaba la paja del jergón, y, cuando llevaba un rato tumbado, trepó un hombre a su litera. Tenía unos treinta años aproximadamente, un rostro redondo y llevaba unas gafas que le quedaban graciosas y vivarachas sobre la nariz.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó el hombre—, ¿eres médico?

—Sí, claro, me llamo Van Dam, ¿y tú?

—Yo me llamo De Hond, llevo ya tres semanas aquí. La semana pasada ya estaba trabajando con el *Lagerarzt*, el médico del *Lager*, que me tomó a su servicio, y ahora estoy en la lista de reserva de los *Pfleger*, los enfermeros.

—¿Dónde has estudiado? —preguntó Hans.

—En Utrecht, estaba en la clínica infantil.

—¿Y qué clase de trabajo haces ahora?

—Bueno, de todo. Se pasan el día requiriéndote para todo tipo de tareas, ya lo verás. Es trabajo sucio, con cadáveres y así. ¿No tienes ropa?

No, Hans no tenía ropa. Eso habría que arreglarlo al día siguiente. De Hond lo ayudaría.

—¿Sabes algo del bloque de mujeres de aquí?

—Ah, sí —respondió De Hond. Se puso claramente nervioso—. Es el *Block 10*; mi mujer, que es médico, está también allí. Llegó hace tres semanas al *Block 10*.

Hans se alegró de que hubiera una médico holandesa en ese *Block*. Le habló de Friedel y de que ella también había ido a parar al mismo lugar.

—Bueno —dijo De Hond—, ya veremos lo que puede hacerse por ella.

—¿Qué quieres decir?

—Pues sí, Samuel, el profesor que trabaja allí, me ha prometido que no cogerían a mi mujer, porque es médico. Quizá quiera también, entre unas cosas y otras, sacar a la mujer de un médico.

—¿Qué es lo que hacen con esas mujeres?

—Eso debes preguntárselo tú mismo a Samuel, que se pasa por aquí todos los días.

—¿Puedo ver a mi esposa?

—Es muy difícil. Si te pillan, te mandan al búnker, en la prisión, y puedes darte por contento si sales con veinticinco.

—¿Qué quieres decir con veinticinco?

—Oh, es el castigo habitual, veinticinco bastonazos en las posaderas.

Hans sonrió. No le daba mucho miedo algo así, no debías dejar que te pillaran. Por lo demás, él lo daría todo por ver a Friedel. De Hond le prometió llevarlo con él la noche siguiente. Entonces, dieron las nueve y se apagó la luz.

Pero la sala no estaba a oscuras. El *Block 28* era el último de su fila y la *Aufnahme* se encontraba en el lado de la alambrada, donde los focos que la recorrían estaban encendidos. Cada dos postes de hormigón había un potente foco y todo lo que se acercaba a la alambrada era iluminado por completo.

Era un espectáculo impresionante, esas largas hileras de luces claras y, entre ellas, las farolas rojas de control. La luz brillaba en el interior de la habitación e iluminaba a los enfermos que dormían en la *Aufnahme*, esperando para ser presentados al día siguiente al *Lagerarzt*.

Hans ya no quería ver la luz, le daba miedo. Cerró los ojos, pero una y otra vez se veía impelido a mirarla, como si quisiera obligarse a registrar en su fuero interno la dolorosa realidad. Se puso nervioso y giraba de un lado al otro, pero la luz lo perseguía. Se echó las mantas por encima de la cabeza, pero esa luz seguía estando allí, penetrándolo todo. No había manera de escabullirse: estaba en el *Konzentrationslager*. Y ya apartaras la cabeza o ya te ocultaras debajo de las mantas, la constancia de ese hecho seguía allí. Fuera lo que fuese aquello en lo que intentarás pensar, esa idea lo dominaba todo, como te perseguía la luz de los focos junto a la alambrada allá donde fuera que miraras.

Hans se puso a llorar. No era un llanto rabioso como de niño cuando no conseguía lo que quería, sino que era un llanto más bien tranquilo que, por así decirlo, surgía de manera natural. Ahora no había ninguna tormenta en su interior, lo que pasaba era que le embargaba la tristeza y las lágrimas fluían por sí solas, aunque por suerte se encontraba cansado, extenuado. Ni siquiera se enjugaba ya las lágrimas, ya no sentía que estaba llorando y la llama de la conciencia fue apagándose despacio.

En el campo de concentración una persona experimenta muchas horas felices a diario. Es entonces cuando se le apagan los focos,

cuando se desconecta la corriente y se cortan los alambres. Es entonces cuando el alma puede liberarse del cuerpo cansado y dolorido. En el reino donde entra el *Häftling* por la noche no hay ningún SS, ningún *Blockälteste* y ningún *Kapo*, allí solo hay un soberano: el gran anhelo; allí solo hay una ley: la libertad.

La vida es un movimiento circular y consta de dos períodos: del gong de la mañana hasta el gong de la noche y del gong de la noche hasta el gong de la mañana, y, cuando suena el gong de la mañana, los sentidos cobran vida y encadenan el alma: el paraíso se ha terminado.

*

Ya media hora después del gong llegaron los primeros pacientes y Hans podía observar desde su cama todo el procedimiento.

Los hombres se desnudaban fuera, liaban su ropa hasta formar un fardo, de manera que el número pudiera verse en la chaqueta, y entraban luego desnudos en el *Block*. En los lavabos se los bañaba a todos y se les escribía el número en el pecho, para que el señor *Lagerarzt* pudiera comprobar en seguida con quién tenía que vérselas.

De los lavabos volvían otra vez a la sala de ingresos; allí se los inscribía y, luego, a esperar. Eran unos sesenta aproximadamente. A las siete todos estaban bañados y registrados, pero el *Lagerarzt* no llegaba hasta las diez más o menos. Sin embargo, nadie se aburría. Los hombres, en su mayoría, se alegraban de poder librarse un día del trabajo. Muchos estaban demasiado enfermos como para aburrirse y podían sentarse en los pocos bancos. Por lo demás, nadie les prestaba atención. Varios tenían fiebre o dolores, pero nadie podía ayudarlos. Primero debían pasar por el *Lagerarzt* y, antes, no se le permitía a nadie que les diera nada.

A las nueve y media tuvieron que levantarse Hans y Van Lier, el médico en formación. Ellos también debían presentarse ante el *Lagerarzt*. Era raro aparecer así ante tu futuro jefe, pero por otro lado tal vez fuera mejor que te presentaran desnudo que con un traje tan sucio. Allá sonó por el pasillo: «Arztvormelder antreten!» (¡Solicitantes de servicios médicos, a formar!).

Los primeros eran los alemanes del Reich, presos que también gozaban de un estatus especial en este campo, sobre todo con respecto a los polacos y a los judíos. Después de los alemanes, les tocaba el turno a los polacos y a otros «arios». Los últimos de todos eran los judíos.

Iban por el pasillo, todos de prisa y corriendo unos detrás de otros, y así llegaban al *Ambulanz*, el ambulatorio, que tenía buen aspecto. En el medio había una barra de metal a medio metro de altura, que no debían traspasar los pacientes. Los enfermeros estaban al otro lado y tenían grandes mesas detrás en las que se apilaban los apósitos y los vendajes. Tras una pared de cristal, se encontraba el escritorio donde aguardaban los escribientes con los ficheros de todos los que habían acudido alguna vez al ambulatorio.

Ahora no había ningún paciente ni ningún enfermero, solo estaban el *Lagerarzt* con otro hombre de las SS, un *Unterscharführer*, y dos presos polacos. Eran los *Lagergälteste* polacos, los que más tiempo llevaban en el *Lager*: el jefe de los *Häftlingsärzte*, los médicos de los presos, y el médico de los ingresos. Los polacos ya habían examinado la noche anterior a todo el mundo que debía presentarse ante el doctor de las SS y ahora debían presentárselos al *Lagerarzt*.

Esa presentación no tenía mucha importancia, nada de exposiciones, nada de discusiones, nada de reconocimientos. Rápido, rápido, el *Obersturmführer* no tenía tiempo, nunca tenía tiempo. Un diagnóstico leído de una tarjeta, una mirada fugaz al paciente y la respuesta estaba lista: ingreso o *Blockschonung*. En este último caso, no hacía falta que el enfermo fuera a trabajar un determinado número de días y podía quedarse en el *Block*, algo que estaba pensado para aquellos que no debían ser ingresados en el hospital, pero que tampoco podían trabajar; por ejemplo, debido a heridas en los dedos de las manos o úlceras en las piernas.

Aunque con los enfermos judíos, en la mayoría de los casos, era necesario el ingreso, ya que su estado general era muy grave, pues eran quienes trabajaban en las brigadas de trabajo más duras, no recibían paquetes y en los *Blocks* eran a los que más robaban siempre los *Blockältesten* a la hora de repartir la comida.

Ingreso, ingreso, *Blockschonung*, ingreso. En un par de minutos se había despachado a toda la fila y allí, los últimos, estaban los dos holandeses.

—Médicos, llegaron ayer con el transporte —comunicó el doctor polaco.

El *Lagerarzt* asintió con la cabeza: «¡Incorporar!».

Pues había quedado claro. Regresaron corriendo a la sala de ingresos y tenían que volver a la cama. Hans estaba contento, después de todo esta era la oportunidad que había estado esperando. En el hospital, la vida sería muy distinta de lo que era fuera, en esas obras. Los enfermeros llevaron a los diferentes *Blocks* a los pacientes que habían sido ingresados: para cirugía, enfermedades internas y enfermedades infecciosas. Los demás salieron afuera para vestirse. Quien tenía *Blockschonung* recibía una nota para el *Blockschrijver*, el escribiente del *Block*.

De Hond vino a recoger a los dos holandeses. Salieron.

Allí se encontraba todavía la ropa de las personas que habían sido ingresadas en el hospital. Un par de enfermeros estaban ya abriendo todos los paquetes y sacaban de los bolsillos todo lo de valor. La ropa, siempre que estuviera limpia y en buen estado, la echaban a un lado, mientras que el resto iba a un pequeño carro y, de este pequeño carro, los muchachos podían escoger algo.

Así llegaron a vestirse de alguna manera pasablemente. Incluso consiguieron un par de zapatos de cuero, si bien muy rotos, más cómodos para andar que las sandalias de madera.

Pero ahora que estaban vestidos, también podían trabajar y los reclamaron de inmediato: debían llevar el carro con la ropa a que la desinfectaran.

El *Kapo* de Desinfección estaba ante la puerta, soberano absoluto que dominaba a los doce hombres que trabajaban en su pequeño edificio de madera. Cuando llegaron los dos novatos, hizo una reverencia sarcástica.

—Dos grandes señores, ¿de dónde vienen los caballeros?

Van Lier quiso ser educado: «Venimos de Holanda, señor».

El *Kapo* se rio: «Entonces reventaréis pronto. Todos los holandeses revientan aquí al cabo de un par de semanas. Vuestra constitución es demasiado delicada, no sois capaces de trabajar».

Hans se encogió de hombros, como si quisiera decir: eso ya lo veremos. Se acababa de abrir la gran caldera de vapor y el carro con la ropa desinfectada rodaba hacia fuera: «¡Adelante, a descargar!».

Se pusieron a descargar. Hacía calor, un calor terrible, la ropa estaba todavía al punto de ebullición. El vapor salía humeando por todas partes, se abrasaron las manos y se asfixiaban con el aire hirviendo. En un santiamén estaban chorreando de sudor.

Pero el *Kapo* los apremiaba y, cuando querían recuperar un poco el aliento, les daba un empujón y un bufido: «¡Más rápido, idiotas!».

Una vez que hubieron sacado toda la ropa de la caldera y Hans, mareado, intentaba recobrar el resuello, alguien le dio un golpecito amable en el hombro. Era un judío polaco, uno de los muchachos que trabajaban en Desinfección.

—Nuestro *Kapo* es un tipo estupendo, ¿no es cierto?

Hans lo miró sin comprender muy bien a qué se refería.

—Bueno, sí, os gastó una broma, pero no tienes ni idea de cómo funcionan realmente las cosas en el *Lager*.

—¿Llevas mucho tiempo aquí entonces?

El polaco señaló el número en su pecho: 62.000 y algo más.

—Llevo ya año y medio aquí y he vivido los tiempos difíciles. Ahora es como un sanatorio. Ya casi no pegan y, si no te conviertes en un «musulmán», no corres ningún peligro en absoluto.

—¿Qué quieres decir, qué es un «musulmán»?

—Ah, todavía estás muy verde. ¿Has oído hablar alguna vez de esas personas que van a la Meca de peregrinación, que están escuálidas, consumidas por completo, que son solo huesos y pellejo, uno de esos tipos como Gandhi? Esos son los musulmanes.

Hans lo comprendió.

—¿Qué es lo que hacen con ellos?

—Esos ya no pueden trabajar y van al crematorio. Antes era distinto. Yo trabajaba en Birkenau. Cuando salían entonces las brigadas y el *Kapo* comunicaba, por ejemplo: «brigada de peones

cameneros: doscientos setenta hombres», el hombre de las SS en la puerta decía: «esos son cuarenta de más». El hombre de las SS que dirigía el *Kommando* y los *Kapos* procuraban que ese día cayeran cuarenta muertos a golpes. Al retirarnos por la noche, olíamos el olor a asado de los camaradas que había de más por la mañana. Entonces no preguntaban si eran «musulmanes». Así murieron miles y quien tenía la suerte de librarse por casualidad, reventaba de alguna manera distinta. Imagínate, ocho kilómetros por la mañana de ida y ocho kilómetros por la tarde de vuelta. Te pasabas todo el día dragando grava con el agua a veces hasta los tobillos y a veces hasta la cintura. Cuando llegaba el invierno, solíamos regresar a casa con la ropa congelada, tan dura como una tabla. ¡Y a golpes! No te creas que podías dejar la pala ni un solo instante, allí había en seguida un hombre de las SS que sabía muy bien lo que hacer contigo. Mira. —Me mostró la pierna: una gran cicatriz; y a su mano izquierda le faltaban dos dedos—. Hecha papilla: mi camarada se estaba fumando un cigarrillo mientras trabajaba y le pedí una calada. Justo cuando quería darme el cigarrillo, llegó el centinela y me lanzó un golpe con la culata de su fusil. Levanté la mano para defenderme y esta terminó entre la culata y un muro. El segundo golpe fue para mi amigo. Por la tarde, lo llevamos inconsciente al campo. Tal vez habría podido salvarse, pero el recuento duró mucho esa noche, unas tres horas, y durante todo ese tiempo tuvo que quedarse allí tumbado.

—¿Por qué no se os permitía ayudarlo?

—Era el recuento y el número debía cuadrar. Aunque estuvieras malísimo, tenían que contarte.

Jacques, el judío polaco, se calló y se quedó mirando los muñones de su mano izquierda. Hans repasó el entorno con la mirada y, de repente, recibió una sacudida. En diagonal, frente a Desinfección, había un *Block* con tela metálica ante las ventanas y, tras esa tela metálica, vio a mujeres. En efecto, allí estaba: el *Block* 10. Así pues, ese era el bloque de las mujeres.

Jacques vio que se había asustado.

—¿Qué estás mirando?

Hans titubeó:

—Creo que mi mujer está allí.

Jacques se quedó asombrado:

—¿Tu mujer llegó ayer contigo? Entonces sí, hombre, eres un tipo con suerte.

—¿Podría verla?

—Por la noche. Es arriesgado, pero tienes que estar dispuesto a correr riesgos.

Allí estaba el enfermero que había ido con ellos a llevar la ropa.

—De vuelta al *Block*.

El día se pasaba en una activa ociosidad. Siempre podías volver a encontrarte una pajita en una de las camas. Siempre había una ventana en la que había un manchón. Entonces, a coger un poco de papel viejo y a limpiar. Era aburrido, pero Hans no se quejaba y volvía a pensar en las máquinas trabajadoras de fuera y en que cada día que dejaras atrás aquí sin sufrir daño era un día más cerca del final.

Así hablaba también Kalker, un médico de La Haya. Hans se lo había encontrado alguna vez en casa de familiares a los que prestaba sus servicios como médico. Ahora trabajaba en el *Block* 21, el quirúrgico, y había venido a curiosear qué clase de nuevos holandeses habían llegado.

—Sí, muchachos —les dijo a Hans y a Van Lier—, entrar aquí es una ducha de agua fría. Es algo que no nos habíamos esperado.

—¿Cuánto tiempo lleva usted aquí?

—Llevo ya tres semanas. Estuve durante dos semanas en la sala de ingresos y luego me incorporaron al *Block* 21.

—¿Asiste usted en las intervenciones quirúrgicas?

Kalker se partió de risa:

—Sí, tras el estudio anatómico-topográfico de la construcción de un retrete he pasado al trabajo de limpieza. No tienes ni idea de lo complicado e interesante que es. Cuatro veces al día fregar el suelo y cada dos días restregar las tazas de los váteres con arena. Mis cuartos de baño son un regalo para la vista. Tengo dos: uno para los pacientes con doce tazas en dos filas y otro con una fila de seis tazas para el personal. En el cuarto de baño pequeño hay un retrete

tabicado para los prominentes, el *Blockälteste* y el *Lagerälteste*, y, según dicen, alguna vez también el *Lagerarzt*, pero ese honor todavía no lo he tenido, porque este último no pasa en el campo más de media hora al día, y podrá aguantarse durante ese tiempo. Sería absurdo si tuviera que ir a sentarse en una taza donde también se sientan los *Häftlinge*.

A Hans le agradaba el tono animado en que Kalker narraba.

—¿Le dan suficiente de comer?

—Bueno, no está mal. Con el potaje casi siempre hay un pequeño complemento, así que recibo litro y medio. Y una vez que te has incorporado oficialmente, te dan dos veces a la semana ración extra de pan.

—¿Cuánta comida reparten exactamente ahora aquí? —preguntó Van Lier.

—Al día te dan un litro de potaje y una porción de pan, luego dos veces a la semana cuarenta gramos de margarina, dos veces una cuchara de mermelada y dos veces una rodaja de embutido de cuarenta gramos, pero no te hagas muchas ilusiones, porque la margarina contiene solo un quince por ciento de grasa, el resto es excipiente sintético y la mitad del embutido es solo carne húmeda de caballo.

—¿Qué valor alimenticio tiene, cuántas calorías son todo en conjunto?

—Lo he calculado más o menos —dijo Kalker—. El potaje no tiene mucho valor, unas ciento cincuenta o doscientas calorías por litro. Si lo sumas todo, al día consumes cerca de las mil quinientas calorías, lo que no es suficiente, naturalmente. En reposo, el cuerpo necesita ya mil seiscientas, así que podrás comprender que alguien que debe trabajar duro en este lugar se convierte pronto en un «musulmán».

—Pero si te fijas en esos enfermeros, todos tienen muy buen aspecto —objetó Hans.

—Desde luego, pero en primer lugar los que reciben paquetes son casi todos polacos y, en segundo lugar, suelen ser los mayores «organizadores», que es como llaman aquí a los ladrones. No puedes llegar a comprenderlo todo de inmediato, tienes que haber estado fijándote durante un par de semanas. Los enfermeros

reparten el potaje y los enfermos reciben la parte más aguada, lo que flota en la parte superior, quedando así para los enfermeros las pocas patatas y judías que hay.

En ese momento, entró un hombre alto. Era un hombre mayor que sobrepasaba con seguridad los sesenta años. Caminaba un poco encorvado y llevaba unos quevedos anticuados sobre la nariz.

De Hond se levantó de un salto: «Buenos días, profesor».

Hans se dio cuenta de que era el profesor Samuel. Se presentó y esperó a ver cómo se desarrollaba la conversación con las consabidas preguntas: cuándo has llegado, las noticias políticas, etcétera, etcétera. Hans le habló sobre el transporte y su llegada a Auschwitz, remarcando la cuestión de Friedel.

El profesor dejó que le tirara de la lengua. «En efecto, he hablado ya con varias de esas mujeres holandesas nuevas. No recuerdo el apellido Van Dam. Debe intentar hablar con su mujer por la ventana, pero tenga cuidado. Yo le transmitiré sus saludos».

A Hans le habría gustado pedirle al profesor que le llevara una nota, pero se contuvo. Esperaba cosas más importantes de él.

—¿Va usted con frecuencia al bloque de las mujeres?

—Todos los días. Trabajo allí.

Hans se hizo el tonto.

—¿Es usted el médico que trata a esas mujeres?

—No, en absoluto, debo cumplir determinadas tareas. Las mujeres que están allí son, en cierto sentido, material de estudio.

—¿No lo pasan mal esas mujeres?

El profesor se puso a la defensiva:

—Sí que hay ciertos experimentos que son muy desagradables, quizá sean incluso dañinos para ellas, pero lo que yo hago es algo muy distinto. He conseguido que las SS se interesen por una investigación sobre el origen del cáncer de útero, para la que puedo disponer de muchas mujeres y, de esa manera, no se las utiliza para otros experimentos desagradables.

Hans asintió, comprensivo. Era un poco escéptico respecto a las buenas intenciones del profesor, pero no quiso expresarlo. Todavía lo necesitaba.

—Júzguelo usted mismo —continuó Samuel—. Solo tomo una pequeña muestra de mucosidad del cuello del útero de mis mujeres y esa muestra se analiza microscópicamente. En parte de esas mujeres, encontramos determinadas anomalías de los tejidos, vemos células que se desvían mucho de la norma en su constitución y creo que de estas células surge el cáncer después. Así confío en localizar la causa de la formación de los tumores.

A juzgar por lo que contaba el profesor, las pruebas no parecían ser muy nocivas para las mujeres, pero lo que Hans no comprendía era la utilidad concreta de todo el asunto. Investigadores japoneses habían untado la piel de ratones blancos con productos de alquitrán y habían podido seguir detalladamente las transformaciones de los tejidos que surgieron después. El resultado de su investigación fue una carcinogénesis artificial. El alquitrán contenía, por tanto, sustancias carcinógenas, sustancias que generaban cáncer. Por lo demás, la experiencia había ofrecido a los médicos algo análogo: el cáncer de labio y de lengua en las personas que fumaban mucho en pipa. Antes, se pensaba que era debido a la succión, pero ahora se sabe que la causa son los productos con alquitrán que se acumulan en la boquilla de la pipa.

En realidad, a Hans le parecía ilícito en cualquier circunstancia utilizar a personas contra su voluntad para vivisecciones, con absoluta independencia de la utilidad de la prueba, pero él no podía juzgar, porque todavía no conocía suficientemente los hechos y estaba más interesado en algo distinto.

—¿Las holandesas recién llegadas tendrán que someterse también a los experimentos?

—Sin duda —respondió Samuel—. Pero yo podría ayudar a su esposa. La pondré en mi lista, así no irá a parar a manos de otros y la mantendré apartada del peligro el máximo tiempo posible.

Hans se lo agradeció al profesor. Estaba algo aliviado. Naturalmente, no sabía el valor que podía llegar a tener esa promesa, pero sí que había conseguido algo. De momento, Friedel se mantendría a salvo.



Entre tanto, ya había caído la tarde y se habían encendido las luces de la alabrada.

Allí estaba el jefe de la sala, un enfermero gordo. Llamó a los dos novatos: «¡Brigada de cadáveres!».

De Hond sonrió algo burlón:

—Ese es un buen trabajo, arremangaos para la guarrería.

Salieron. Había un camión grande y plano, la caja chapada con cinc. Los portadores iban sacando del sótano los cadáveres. Dos en cada angarilla, a los que podían llevar fácilmente a la vez, pues estas personas consumidas y deslomadas ya eran como esqueletos cuando estaban vivas, todo piel y huesos.

Cogían los cadáveres uno a uno por los brazos y las piernas y los balanceaban para impulsarlos al camión. Cuando aterrizaban allí, seguían deslizándose por sí solos hasta la parte posterior de la caja, porque el cinc estaba resbaladizo debido a los fluidos que chorreaban de los cadáveres. Hans y Van Lier debían saltar a un lado entonces para que el cadáver no entrara en contacto con su ropa. Si resbalaba hacia atrás, lo recogían y lo ponían como es debido en el montón. Entonces volvían a saltar deprisa a un lado, porque el ejemplar siguiente ya llegaba resbalando. Los portadores de cadáveres se esforzaban por lanzarlos a la ropa de Hans y Van Lier para que bailaran así sobre el camión, de un lado a otro.

Una empresa lúgubre. Ya era casi de noche y estaban alumbrados por los focos de la alabrada, mientras los cadáveres

resbalaban sin cesar por el camión con los hombres bailando encima. Tenían las manos tan resbaladizas y sucias que apenas podían agarrar ya los cuerpos, que salían disparados contra su ropa.

Hans se sentía increíblemente sucio cuando regresó a la sala de ingresos. Aunque se había lavado las manos con agua fría, no tenía jabón y nadie quería prestárselo. De lavarse la ropa, ya ni hablar.

En la lavandería se habían pintado bonitos eslóganes: «Reinlichkeit ist der Weg zur Gesundheit» (La limpieza es el camino hacia la salud), «Halte dich sauber» (Mantente limpio) y más preciosidades por el estilo. Así era como funcionaba con los alemanes: la consigna debe sustituir a la realidad y, si repetías un eslogan lo suficiente y lo pegabas por todas partes en las paredes, con el tiempo todo el mundo se lo creería. «Wir fahren gegen England» (Marchamos contra Inglaterra), «V = Victorie» (V = Victoria), «Die Juden sind unser Unglück» (Los judíos son nuestra desgracia).

Los tibetanos tienen molinillos de papel con plegarias, los molinillos giran con el viento y así la plegaria se repite una y otra vez. Si habías estado en la lavandería y te habías enjuagado con agua fría, debías leer tres veces «Halte dich sauber» y entonces todo estaba en orden. Hans habría preferido estar con los tibetanos. En lo único en lo que los alemanes los aventajaban, en el ámbito de la civilización, era en el arte de matar.

En la sala de ingresos, De Hond ya lo andaba buscando.

—Ven conmigo, Van Dam, que es casi de noche. Vamos al *Block* 10.

Llegaron a la Birkenallee, donde había bastantes personas deambulando sin rumbo de un lado a otro. Cerca del *Block* 10 había un par de hombres y De Hond se dirigió hacia ellos. Hizo las presentaciones: «El colega Adriaans».

Adriaans formuló infinidad de preguntas sobre Westerbork y sobre sus suegros, pero Hans apenas le prestaba oídos. Miraba hacia las

ventanas enrejadas, allá a diez metros de distancia, donde de vez en cuando podía verse un rostro de mujer.

Adriaans seguía hablando. Llevaba aquí ya un par de meses y había tenido mucha suerte, porque Ima se encontraba en este *Block*, trabajaba de enfermera y estaba en el Instituto Higiénico. Para ser exactos: *Hygiänisches Institut zu bakteriologischen und serologischen Untersuchungen der Waffen-SS Süd-Ost* (Instituto Higiénico para Investigaciones Bacteriológicas y Serológicas de las Waffen-SS Sudeste). Allí se llevaba a cabo la investigación de laboratorio para los campos y los *Lagers* de las SS de toda la comarca. Era un trabajo bastante normal, aunque también te achuchaban los técnicos de laboratorio de las SS. Luego, sin darse la vuelta, dijo:

—Hola, Ima; hola, mi niña; ¿qué tal te ha ido hoy?

Ante la última ventana de la Birkenallee había aparecido una muchacha que tenía un pañuelo rojo enrollado a la cabeza y llevaba un delantal blanco. Apenas se entendió su respuesta.

Hans no pudo contenerse entonces y le gritó a Ima si quería ir a buscar a Friedel, pero los muchachos le dieron un puñetazo y le dejaron claro que debía estarse callado, ya que a cincuenta metros de distancia, como mucho, se terminaba el campo y allí —fuera de la primera alambrada— se encontraba el centinela en su torreta. Una palabra en un tono elevado gritada a una mujer, un disparo y el idilio se habría perdido para siempre.

El esperar nunca había sido el punto más fuerte de Hans, aunque ahora le parecía como si llevara años esperando y ya no pudiera soportar la tensión por más tiempo. La atmósfera estaba cargada, hacía su entrada el crepúsculo y tras las ventanas se dibujaban las formas femeninas como siluetas de un teatro de ensueño. Era una bochornosa noche de finales de verano y el misterio pendía en el aire. Como en un cuento de *Las mil y una noches*, los muchachos se encontraban aquí junto a este gran harén, rebosantes de deseo hacia aquella que les pertenecía.

Y allí estaba su voz, entonada como una canción desde un lejano minarete, atravesando una silenciosa noche oriental, como un sueño lleno de melancolía y deseo. Suave como el susurro de los

enamorados en un lugar escondido y melancólica como la tonada de un sacerdote que, con el cuerpo inclinado hacia el suelo, canta al Profeta.

—Hans, mi amor. Gracias a Dios que tú también estás aquí.

—Mi pequeña Friedel, ahora que estamos juntos todo será muy distinto.

Él buscó su figura, pues con la creciente oscuridad las mujeres habían hecho acopio de valor y se agolpaban ante las ventanas, pero todas parecían iguales con sus pañuelos rojos en la cabeza. Se lo dijo.

—Me quitaré el pañuelo, así podrás ver en seguida lo guapa que estoy ahora.

Allí, ante la segunda ventana, era ella, su chica. Él sonrió. Por supuesto que estaba guapa. Siempre le parecería guapa, ya tuviera pelo o estuviera calva, y, si pudiera volver a poseerla, sería lo mismo para él, por mucho que la hubieran mancillado.

—¿Qué tal estáis en vuestro *Block*?

Los muchachos se habían colocado ante Hans de tal manera que el centinela no podía verlo y ahora tenía la oportunidad de hablar un poco más libremente.

—Bueno, querido, pues no está tan mal. No hace falta trabajar y todo está limpio.

—Friedel, he hablado con el profesor. No tienes por qué tener miedo, dice que te respetará por ser esposa de médico.

—Estupendo, porque aquí parece ser que pasan cosas malas.

Hans vio cómo la mujer que estaba al lado de Friedel le daba con el codo. Por lo visto, no se podía hablar de ese tipo de cosas.

—Mi niña Friedel, yo estoy en el hospital, allí lo llevo también bastante bien...

Entonces se acabó. Sonó un silbato y los muchachos le dieron un empujón a Hans. Tomaron por la Birkenallee y dejaron de preocuparse por el bloque de mujeres.

Un muchacho se acercó a ellos. «He silbado, Claussen está en el campo».

Claussen era el *Rapportführer*, el encargado de los informes, y llegaba a horas intempestivas al campo para poder remitirle por la

noche los informes sobre el estado de las cosas al *Lagerführer*, el comandante del campo. Tenía las trazas de un auténtico teutón alto y rubio, como salido de un cartel de propaganda. Por las mañanas era malvado y por las noches muy peligroso, porque para entonces casi siempre estaba borracho.

Al afán de crueldad, reprimido sistemáticamente en cualquier persona civilizada desde la más tierna infancia por el entorno y la educación, se le daba rienda suelta en el pueblo alemán. La moral nacionalsocialista, mezclada con el alcohol necesario, convertían al ser humano en un diablo, si bien esto supone una ofensa para el diablo, ya que él es un vengador justo y solo se ensaña cuando el castigo es merecido, como con Fausto, y está autorizado por un contrato de compraventa. En cambio, el nazi se abalanza sobre víctimas indefensas sin justificación alguna.

Así ocurrió también esa noche con Claussen, el *Rapportführer*. Los muchachos lo observaban a una distancia prudencial, pues todo el que se le acercaba recibía lo suyo, una patada o un golpe, y quien no conseguía largarse a tiempo, se veía arrojado al suelo con golpes y entablaba terrible conocimiento con las coces propinadas por las patatas enfundadas en cuero de Claussen.

Aunque allí estaba Willy, el *Lagerälteste*, el representante más antiguo de los *Häftlingen*. Se dirigió riendo a Claussen, con la gorra en la mano. El temido vaciló durante un instante, pero cuando vio al hombre franco que lo saludaba tan simpático con un gesto de la cabeza, se tranquilizó. Golpeó jovial en el hombro al *Lagerälteste* y se lo llevó consigo. Irían a beberse unas copas juntos.

El campo volvía a respirar: Willy había salvado la situación. Willy era un tipo estupendo. Sentía que su obligación era estar al lado de los *Häftlingen* y, mientras cumplía con su cometido, siempre se atrevía a arriesgar algo. Era alemán, pero llevaba ya ocho años internado en el KZ por comunista.

No, Dering era distinto. Dering era el «veterano» del hospital. Los SS elegían a los que llevaban más tiempo en el campo de entre los presos. Hans entabló conocimiento con él a la mañana siguiente.

—¿Qué clase de médico eres tú?

Hans se lo dijo con una sola palabra. Sentía repugnancia por este hombre que estaba repantingado en la silla y se dirigía a un colega como si fuera un granuja.

—Es suficiente, espera en el pasillo.

En el pasillo se encontraban esperando también varios *Häftlinge*. La mayoría eran jóvenes polacos que debían presentarse al veterano del hospital para ser enfermeros. Entre ellos había tres judíos: Hans, el médico en formación Van Lier y un hombre mayor que se presentó como Dr. Benjamin, pediatra de Berlín. Había llegado en el mismo transporte que Hans, pero el profesor Samuel se lo había llevado de inmediato al hospital tras la desinfección. Conocía al profesor de los años de estudio en la universidad.

Cuando el último de los jóvenes polacos hubo pasado por el veterano del hospital, llegó un escribiente con una lista: puso a los doctores judíos aparte y se llevó a los polacos. Al cabo de unos cuantos minutos, regresó.

—Deberéis pasar primero la cuarentena. Después se os podrá destinar al *Krankenbau*.

Cuando el día anterior Hans había llegado del despacho del *Lagerarzt*, pensaba que ya estaba dentro, pero De Hond le había advertido: «Con el alemán ya has terminado, pero con el polaco todavía no».

Por desgracia, De Hond tenía razón.

El *Lagerarzt* los había aceptado, pero el jefe polaco de hospital los había desviado a la Cuarentena. ¿Regresarían alguna vez al hospital o había sido solo una excusa del veterano?

Hans tuvo miedo. ¿Por qué no iban con ellos a la Cuarentena también esos muchachos polacos? ¿Por qué solo los tres judíos?



En la Cuarentena, Hans llegó a conocer la vida del *Lager*. Dormían en unas literas de tres alturas: Hans, el anciano Dr. Benjamin y un ruso. Por la mañana, a las cuatro y media, sonaba el gran gong que había en el tejado de la cocina y en menos de diez segundos se había desencadenado la marabunta en el interior. Todos se levantaban de un salto y bajaban de las literas; luego subían los veteranos de las salas para controlar si acaso había habido alguien que se hubiera quedado tumbado. A ese lo bajaban a golpes.

Se colocaron en la parte trasera de la larga fila, que estaba esperando en el pasillo central, hasta que les tocara el turno de ir a lavarse. Esa hora de espera para Hans era una dura prueba, porque cuando se despertaba, lo primero que había hecho siempre era ir al cuarto de baño. Así había funcionado durante toda su vida, pero ahora debía quedarse de pie una hora en la fila solo con una camisa puesta y ninguna posibilidad de escaparse ni un minuto. Si intentabas explicarle la emergencia al veterano de la sala o al guardián de la puerta, solo conseguías recibir un par de guantazos.

También esa hora tenía un fin. Luego, junto a la puerta, te daban un par de sandalias de madera y bajabas. Allí estaban los retretes y los lavabos. En las letrinas, el *Scheissmeister*, o maestro de la mierda, se encargaba de la vigilancia para que el recinto no se ensuciara. Tenía un palo en la mano y sabía muy bien cómo manejarlo. De los lavabos se encargaba el *Bademeister*, también con un palo. En las paredes, las máximas: «Sauberkeit ist der halbe

Weg zur Gesundheit» (La limpieza es medio camino hacia la salud) y más de esas monerías. *Sauberkeit*: un par de gotas de agua fría, nada de jabón y a secarte con tu propia camisa. Tras el lavado había controles y ¡ay de aquel que no estuviera limpio!

Y después, a hacer las camas. En toda Alemania tienen una manía especial con las camas. En primer lugar, no parece que sean para dormir en ellas, sino para mirarlas. Y si las mantas están sucias, el jergón está vacío de paja o ha yacido allí un muerto o un enfermo, no importa nada en absoluto siempre y cuando esté bien *gebaut*, bien hecha, sin un solo pliegue en las mantas, sin una pajita encima. Y luego a ponerse en fila, en esa fila inconmensurable entre doscientos polacos y rusos, por detrás de las camas, para un sorbo de café. Ya tuvieras sed o no, debías permanecer en la fila. Las escudillas eran demasiado escasas, así que de una escudilla bebían dos y luego tenías que darte prisa, porque había otros que estaban esperándola. *Halte dich sauber*, mantente limpio, podía leerse en las paredes, y luego todos bebiendo de la misma escudilla, sorbiendo de ella el café, comiendo de ella el potaje con una cuchara de madera.

A Hans le vino a la cabeza la historia de ese pastor protestante que estaba sentado a la mesa de uno de sus campesinos — parroquianos— y que comía con la cuchara potaje de cebada de un puchero común. Cuando se metía un grumo en la boca, el campesino le decía: «Escúpalo dentro otra vez, padre, que yo acabo de tenerlo en la boca». ¿Qué cosas no se habrán vuelto a escupir dentro de esas escudillas?

Hans se lo tomaba todo con bastante sentido del humor. Pero con el Dr. Benjamin era distinto. El anciano estaba abatido, no podía soportar que lo apremiaran y lo golpearan todo el día y, precisamente por su desvalimiento, era quien recibía la mayoría de los golpes. Cuando les habían dado el café, él no podía deglutir lo bastante rápido su porción, lo que le costaba un golpe. Tras el café, la orden: «¡Todo sobre las camas!», le costaba al Dr. Benjamin una patada.

Después se quedaban sentados durante un par de horas en las camas mientras los privilegiados fregaban el suelo. Privilegiados,

porque se ganaban una cucharada de potaje extra. Hans se aburría, pues él siempre había sido una persona muy inquieta, pero pensaba en las palabras de Leen Sanders: «Cada día que estés en la Cuarentena será un día que has ganado. Comes lo mismo que en una brigada de trabajo y no trabajas».

Desde luego, ahorrabas fuerzas, pero se te consumían los nervios. Esperar el café, esperar el potaje, esperar los golpes y los bufidos.

A veces salían afuera durante el día. Se estaba bien entre los *Blocks*, pero al mediodía todo se convertía en un horno al sol de septiembre. Una cosa era buena cuando salías: Al ser el Dr. Benjamin y Hans los únicos judíos en una sala llena de rusos y polacos, con los que no podías hablar ni una palabra, los compañeros presos también se comportaban de manera hostil con ellos, mientras que estando fuera, te relacionabas con personas de otras salas de cuarentena. Había checos y austriacos, y lo mejor era que siempre podías encontrar a alguien que estuviera dispuesto a explicarte que la guerra, a lo sumo, podría durar todavía tres meses.

Y luego, al cabo de tres días, la gran fiesta: un paquetito de Friedel, un par de rebanadas de pan con margarina y mermelada. En la Cuarentena solo partían el pan en trozos, mientras que estas rebanadas estaban bien cortadas, entreveradas de margarina y mermelada, preparadas por la mano de una mujer: su mujer.

Tan cerca estaba ella, trescientos metros a lo sumo, aunque en las puertas se encontraban los guardianes y, si lo pillaban, eso significaría una buena paliza. Era demasiado arriesgado, porque también podía llegar a convertirse en un informe para las SS, lo que suponía brigada de castigo. No podía jugársela. Así estuvo viviendo durante una semana entre la tensión de no hacer nada, esperar, pan y palos, aburrimiento y anhelo.

Al cabo de una semana, se produjo un cambio...

*

Hacía calor entre los *Blocks*, mucho calor. A lo largo del 13, se arrastraba el estrecho borde de una sombra que iba ensanchándose muy despacio, porque despacio transcurría el tiempo en ese interminable día soleado abrasador. En ese estrecho borde se apretujaba media Europa Central y del Este. La otra mitad ya no podía encontrar allí ninguna zona sombreada y se apoyaba en cuclillas contra el muro del *Block* 12, iluminado por el sol, o estaba tendida a todo lo largo sobre el polvo, mezclada y desordenada. Los torsos desnudos se veían sucios por la mugrienta mezcla de arena y sudor. Con el gorro sobre el rostro, así estaban durmiendo.

Hans prefirió el calor del sol al de las emanaciones de los apelmazados en el borde de sombra. Seguía deambulando con Oppenheim, que le iba dando explicaciones sobre su tema favorito: el final de la guerra en relación con la escasez de petróleo.

Entonces se oyó una voz gritando: «¡Todos los que tengan zapatos de madera, a formar!». Hans dudó, porque él era uno de los pocos con zapatos. Todos los demás habían ido directamente de la Desinfección a la Cuarentena e iban todavía con sandalias.

La duda le resultó fatal, porque allí estaba el *Blockälteste* que lo había gritado. Se llevó a Hans a rastras, profiriendo maldiciones, porque había visto cómo intentaba escurrir el bulto. Reunió a quince hombres. La mayoría eran polacos, tipos jóvenes fornidos y rudos, todavía bien alimentados de casa. Se encaminaron en fila de a dos al *Block* 1. Allí había carros, les pusieron cinchas que engancharon

con alambre a un carro y tiraron de este hacia la puerta. El *Blockälteste*, que vigilaba, informó: *Häftling 27903 mit 15 Häftlingen zur Strassenbau* (Preso 27903 con quince presos para la construcción de carreteras).

Así que se trataba de eso: *Strassenbau*. El hombre de las SS apuntó a la brigada en un libro que había tras la ventanilla de la *Blockführerstube*, la residencia del SS encargado del barracón, y continuó.

Hans sonreía cuando pensaba en el día de su llegada, hacía ahora una semana. Todos esos hombrecillos máquina que tiraban de carros. Ahora era él quien también estaba tirando de uno, era una ruedecilla de una máquina con quince ruedas de esas y, si no tiraba lo suficientemente fuerte, recibía al instante una patada del polaco que iba detrás de él.

«Dalej-Dalej!», gritaban los polacos; «Davai, bistro!», los rusos; «Los, Schweinehunde!», el *Blockälteste* y, si pasaba por allí un hombre de las SS, gritaba el doble de fuerte y golpeaba al más cercano con su palo en la espalda o en la cabeza, eso daba lo mismo, porque tenía que mostrar lo diligente que era como *Blockälteste*.

Así era en todas partes con los nazis. Los hombres de las SS le gritaban a todo el mundo, también a los *Blockältesten*, los *Blockältesten* gritaban y golpeaban, también a los polacos, y estos elegían a los más débiles para gritarles a su vez, y los más débiles eran Hans y un judío polaco que se llamaba Leib.

Ellos no les respondían nada. Hans sentía cómo los polacos gritaban para descargar la tensión, como si se gritaran a sí mismos. El Führer gritaba a sus generales, que podían soportarlo muy bien, porque ellos volvían a gritar a su vez a sus oficiales. Y los oficiales le gritaban de nuevo a la tropa. Como una bola de billar que se sosiega al golpear a otra bola, la tropa se sosegaba golpeando y gritando a los presos.

El *Blockälteste* golpeaba a los polacos y los polacos golpeaban a Hans. Así, el bofetón del Führer había llegado hasta Hans y, a partir de ahí, dejaba de ser peligroso, porque Hans era inofensivo.

Era impotente también una vez hubieron llegado a la montaña de grava. Cargarían la grava en dos equipos, pero a él le tocaba en los dos siempre y, cuando el equipo era relevado y él quería soltar la pala, no había nadie que se la aceptara. Lógico: $15 = 7 + 8$. Allí trabajaban ocho y había siete para relevar, así que el octavo no disponía de ningún relevo y ese octavo era siempre Hans. Se quejó a Leib, que habló un poco en polaco con los demás, que se rieron, pero no ocurrió nada.

El carro iba muchas veces de un lado a otro, a recoger grava fuera y llevarla al campo, donde otros de la Cuarentena ya se encontraban trabajando en endurecer las calles con ella.

Hans estaba empapado. Tenía ampollas en las manos por la pala y le escocían los pies, donde los bordes de los zapatos de madera le rozaban la piel sin protección. Después de que los polacos le hubieran empujado tantas veces hacia delante, se dirigió al hombre de las SS, que hacía guardia junto a la montaña de grava, pero no tuvo ninguna oportunidad de quejarse. El señor *Sturmmann* no deseaba que lo molestaran. Hans encajó, contenido, la bofetada en el rostro y volvió a hacer lo mismo entre los empujones del *Blockälteste* y entre las burlas de los polacos.

Cuando entraron en el campo con el carro lleno después de seis viajes, ya se habían retirado todas las brigadas y los hombres estaban formados en fila ante los *Blocks* para el recuento. Se les gritaba por todas partes que debían darse prisa y seguían arrastrando su carro a paso ligero, porque se levantaban muchos puños amenazantes y cada hombre de las SS por delante del que pasaban lograba repartirles un par de golpes certeros.

Llegaron jadeando al *Block* de Cuarentena. Dejaron el carro y subieron corriendo. En los pasillos, los hombres llevaban ya mucho tiempo formados para el recuento. Se les insultaba por doquier, todo el mundo los golpeaba, ¡como si fuera culpa suya el haber estado trabajando durante tanto tiempo!

El recuento duró mucho. Aunque hacía ya tiempo que el hombre de las SS había pasado, ellos seguían esperando todavía. Hans estaba mareándose y su corazón no quería apaciguarse, seguía con

un nudo en la garganta y le escocían tanto los pies agrietados que se le saltaban las lágrimas una y otra vez. Y, cuando se agachaba un momento o quería apoyarse en las literas que tenía a sus espaldas, siempre había de inmediato un «camarada» dándole un codazo y diciéndole que debía cuadrarse.

Tras el recuento, tocaba ir a por el pan, otra vez ponerse a hacer cola en esa fila, que parecía infinita. Luego, el pan y el café. En el pan, una pizca de mermelada que se tomaba de un lametón. Se bebió el café, pero el pan no conseguía pasarlo por la garganta. Más tarde, después de haber estado tumbado un poco, sí que le entraría hambre. Se desnudó con resolución y se tumbó en la litera. El sueño descendió sobre él como una redención, una liberación de la cincha que lo mantenía encadenado al carro. Ahora le habían quitado la pala de las manos, todo el dolor se había acallado y el deseo sosegado, porque había vuelto a hundirse en las profundidades del oscuro pozo de la no conciencia.

Un grito de repente, una sacudida: «Allen aufstehen!» (Todos en pie).

¿Qué sería eso? ¿Qué turbación en el pensamiento recurrente una y otra vez procedente de las profundidades insondables? ¿Era la madre quien había llamado? ¿Había un incendio? ¿Estaba enfermo? ¿Fiebre? Casi no se podía mover. Entonces resultó claro, llegó la claridad. El ruso con quien compartía la litera le estaba moliendo a golpes.

—¡Control de pies!

¿Ahora qué? Por la noche se había quedado dormido, vencido por la miseria y el cansancio, y no se había lavado. Se encontraban en plena noche y tenía los pies sucios, pero esta vez tuvo suerte, porque el hombre de las SS estaba bastante borracho y no lo veía todo con tanta claridad. Pasó por delante de Hans y, al cabo de media hora, volvía a estar tumbado para quedarse dormido de inmediato.

No había descansado, eran las cuatro de la madrugada. Todos los músculos, la piel entera, por todas partes dolor. Confiaba en no tener que volver a trabajar, aunque fuera una esperanza vana. Cuando estuvieron formados, llegó el *Stubendienst*, el asistente de

la sala, con una nota. Tenía exactamente los números del equipo de peones camineros y Hans debía volver a ir con ellos.

Ahora sería un día entero. Once horas de cargar grava, llevar grava, descargar grava. A veces una variación, extender la grava por las partes nuevas de la calle, o tamizar el pavimento viejo. Luego otra vez con el carro.

Hans se mantenía bien. Siguió trabajando, aunque parecía como si se le desgarrara la espalda, aunque la pala en sus manos semejaba plomo incandescente. Sin embargo, eso era lo único correcto, porque cuando los polacos vieron que no se rendía, fueron haciéndose poco a poco algo más considerados y, de vez en cuando, alguien le cogía la pala, en efecto. Pero ese par de minutos de descanso apenas era una ventaja, porque cuando debía ponerse a trabajar de nuevo, estaba tan anquilosado que cada movimiento le exigía una multiplicación del esfuerzo.

Sin embargo, ese día terminó también y el siguiente y el cuarto y los días transcurrieron sin muchos incidentes. Una bofetada, un bufido, insultos. Pero ¿quién llevaba la cuenta? Luego el cansancio y el dolor, que no hacían nada más que aumentar, pero ¿qué importaba? Las rozaduras en los pies se ulceraban. El *Sanitäter* le puso algo de sepsa —un sucedáneo del yodo— en las heridas, pero ¿de qué servía? Tenía inflamados los ojos por la arena y el sol, pero ¿qué más daba?

Una vez se inscribió por la mañana en la lista de bajas por enfermedad y el *Sanitäter* se rio de él: «Por un par de rasguñitos de nada».

¡Y luego esa hambre! ¡Hambre y más hambre! ¿Qué es una sola porción de pan y un litro de potaje al día? ¡Y qué potaje! Agua con remolacha dentro, o tubérculos rallados. De vez en cuando, una patata y media en un litro de potaje, y además debías arreglártelas para conseguirlo de la parte inferior de la marmita, aquello que los ordenanzas de la sala reservaban para sí y sus amigos. A veces te daban un litro más si tenías suerte o un amigo, pero en realidad era mejor no tomarlo, porque estaba claro que no era bueno comer demasiado potaje: al cabo de una o dos semanas, todos los mayores —que en un campo son los que tienen de cuarenta a

cuarenta y cinco años— tenían edemas en las piernas. Qué pasaría si le salieran edemas, con esas heridas. ¡Ya nunca se curaría!

Al quinto día —iban arrastrando como siempre el carro lleno—, ¡el incidente! Allí a la izquierda, en un camino lateral, llegaron mujeres. A cincuenta metros del cruce tuvo que parar el carro para que los hombres no pudieran entrar en contacto con ellas.

Hans contuvo la respiración cuando enfocó la mirada, entornando los ojos. Entonces, perdiendo todo el control, un grito: «¡Friedel!». Se quitó la cincha de un tirón y salió corriendo en dirección a las mujeres, pero apenas había dado un par de pasos cuando lo agarraron. Era Leib, el judío polaco, que hizo que recuperara el juicio.

«¡Du Idiot, te molerán a palos hasta que ya no puedas tenerte en pie!». Hans dijo que a él le daba lo mismo. «Pero también la golpearán a ella». Cedió ante ese argumento. Se quedó mirando asustadizo al *Blockälteste*, que vigilaba el trabajo pero no se había dado cuenta de nada, ya que él mismo se había adelantado un trecho para mirar a las muchachas.

Sin embargo, Friedel lo había visto y lo saludó desde lejos, con precaución, con pequeños movimientos de la mano. A él le pareció como si ella quisiera decir: «yo también estoy aquí todavía, ¿piensas de vez en cuando en mí?» Y él respondía: «ay, estoy tan cansado, demasiado cansado como para pensar en ti. Pero tú sí que debes pensar en mí, porque solo así podrás aguantarlo». Era verdad y él le respondió el gesto con cautela, como si quisiera telegrafiarle que lo había comprendido, que tenía razón y que él seguiría luchando, llevando siempre su imagen en la mente.

Llegaron días más duros todavía. El tiempo cambió, hacía más fresco y al principio supuso un alivio, porque la piel ya no escocía tanto, los músculos estaban algo más ágiles y no te quedabas tan pronto sin aliento como con ese calor, pero entonces llegó la lluvia y la ropa no ofrecía ninguna protección: una chaqueta de burdo lino y una camisa. Te calabas hasta los huesos.

Aunque eso no era lo peor. Tras dos días de lluvia, todos los caminos habían desaparecido y la ruta hacia la montaña de grava

era una sucesión de estanques y cenagosas colinas de barro. El agua llegaba por encima de los tobillos, los zapatos se quedaban pegados al suelo y las ruedas eran absorbidas hasta los ejes por la suciedad.

Sin embargo, el carro debía continuar. Y, si se quedaba atascado en el lodo con su carga de grava, el palo del *Blockälteste* sabía bien lo que hacer. Y, si en alguna escasa ocasión el *Blockälteste* no lograba bramar lo suficiente como para hacer que los hombres consiguieran sacar el carro, entonces venía un hombre de las SS que sabía hacerlo mejor. Llegaba vadeando por el lodo con sus botas y al primero con el que se cruzaba le daba tal patada que las salpicaduras de barro pasaban silbando alrededor de todo el mundo.

Luego cogían los radios de las ruedas y tiraban de ellos y giraban y el *Sturmmann* gritaba y golpeaba y el *Blockälteste* reía, como para mostrar lo machote que le parecía el *Sturmmann*. Y así siempre se producía movimiento en el carro, porque los hombres estarían mojados y cansados, pero tras una o dos semanas de trabajo las fuerzas no se habían agotado todavía y, si se debía hacer algo, se podía. Todos tenían ya arañazos y chichones por los golpes que habían recibido, pero todavía nadie había resultado realmente herido.

Aunque ellos sabían que también podía ser mucho peor. ¿No había golpeado ayer durante el recuento el *Blockführer*, el hombre de las SS que vigilaba los *Blocks*, a un muchacho gitano hasta el punto de llegar a desgarrarle toda la mejilla? Su posición de firmes no había sido la adecuada y, tras el recuento, se lo habían tenido que llevar al *Krankenbau*.

Y así oían hablar de golpes y heridas casi cada día. Por eso se esforzaban todavía más. Así, ahora todos corrían el mismo peligro frente al iracundo hombre de las SS y surgió un sentimiento de colectividad y camaradería. Los polacos animaban a Hans y Hans quería ayudar a los polacos. Ya no sentían el dolor de los golpes, solo la voluntad enconada: ¡debían sacar el carro! «Hau ruck». «Hau ruck».

Quince pares de brazos masculinos consiguieron aquello en lo que con seguridad habrían fracasado dos caballos, pero entonces

estaban todavía fuertes, tenían aún reservas. ¿Qué pasaría dentro de una semana, dentro de un mes?, cavilaba Hans cuando estaba en la cama por la noche. Se sentía enfermo, se había quitado la camisa húmeda, pero la fiebre le hacía tiritar bajo la escasa manta que debía compartir con otros dos hombres. A pesar del calor en la planta de arriba, a pesar de las muchas personas apelmazadas, tiritaba. ¿Qué pasaría?

Los polacos, que llevaban allí ya varias semanas, solían recibir paquetes de casa. Los rusos solían conseguir comida traída por amigos del campo. Nadie era tan hábil en la «organización» como un ruso. Aunque hubiera diez hombres de las SS en la cocina, un ruso no tenía miedo y siempre conseguía robar sacos llenos de patatas. Y siempre lograba encender un fuego oculto para hervirlas. Además, no había una camaradería tan grande como la existente entre esos rusos, que siempre tenían un amigo en la Cuarentena con el que compartir el botín.

Pero ¿quién se preocupaba de él? ¿Y de los pocos holandeses que había allí? Ya se había dado cuenta de que los holandeses en el campo no tenían muy buena reputación. Tanto judíos como no judíos, a todos los holandeses se los consideraba flojos y vagos.

Tal vez tuvieran razón, porque el holandés es una persona tranquila y amante de los negocios, que no está acostumbrada a perseguir sus objetivos con excesivo celo y prácticas subrepticias ni a dejarse apremiar. ¿Y por qué deberían ser diligentes en este trabajo de chinos? O bien era un trabajo sin sentido, en cuyo caso el celo suponía un disparate, o bien era para la industria bélica, por lo que la obligación del holandés era ser vago.

De este modo casi ningún holandés obtenía en el campo un puesto en el que se pudiera «organizar» algo. Ninguno trabajaba en la cocina o en el almacén, y los pocos que tenían algo mostraban —salvo tal vez Leen Sanders— un muy escaso sentido comunitario.

De Friedel volvió a recibir un par de veces un paquete con pan de contrabando y para él volvió a ser un gozo tan grande como nunca antes.

Pero ¿de qué podía servir con esa hambre, con ese trabajo?
¿Durante cuánto tiempo podría aguantarlo?

Y al cabo de tres semanas: la sorpresa. Todavía era muy temprano y Hans rumiaba precisamente por tercera vez la pequeña rebanada de pan que había conservado del día anterior, cuando el escribiente del *Block* entró en la sala. Llamó a varios números, y el suyo estaba entre ellos.

Cuatro números se quedaron en el pasillo y, cuando las brigadas de trabajo habían salido, ellos fueron al *Krankenbau*. En el *Block* 21 ya había todo un grupo.

Hans se puso a conversar con un hombre pequeño y mayor. Daba la impresión de que estaba gordo, pero si te fijabas mejor, veías su condición de edematoso. Toda la «grasa» era solo agua y en la frente tenía un gran forúnculo. Se llamaba Dr. Cohn, era dermatólogo y llevaba ya un mes en un *Strassenbaukommando*, la brigada de los peones camineros. Esta era la tercera vez que debía acudir al *Lagerarzt* y también en esta ocasión sería en vano.

Hans era más optimista y, al final, con razón. Un par de preguntas breves sobre la formación y cosas así y tuvo el presentimiento de que todo estaba en orden. Una vez más al *Krankenbau*, una vez más otra oportunidad. Se había acabado el carro, el trabajo desmesurado, los días enteros bajo la lluvia. Y, a pesar de sus manos ásperas —ya no podía escribir notas—, a pesar de las heridas en los pies, a pesar de la espalda que no podía doblar ni estirar, llegó de nuevo a la *Aufnahme* del *Block* 28 pleno de ánimo y espíritu combativo.

*

¿Puede imaginarse alguien que en un campo de concentración uno también pueda llegar a aburrirse? Hans se aburría, porque no había trabajo para ellos en el *Block 28* y debían esperar hasta que los distribuyeran por los diferentes bloques de enfermos donde se necesitaran enfermeros.

A Hans le hubiera gustado descansar un poco, quedarse más tiempo en cama por las mañanas, salir un poco al mediodía con el sol de otoño, pero de nuevo volvía a ser imposible, ya que el principio del campo de concentración es, después de todo, *Bewegung*: movimiento. Aunque no hubiera nada que hacer, siempre debías estar moviéndote.

Había que levantarse por la mañana con el gong, lavarse y vestirse para empezar a trabajar cuando volviera a sonar el gong, tres cuartos de hora más tarde. Los encargados de las habitaciones fregaban el suelo y no permitían que los ayudaras, porque entonces a ellos les quitarían el trabajo y quién sabe en qué clase de duros *Kommandos* exteriores se los metería.

Luego a limpiar los cristales. Con un trozo de periódico u otro papel viejo empezabas a las seis de la mañana a limpiar los cristales y a las doce, cuando llegaba el potaje, habías limpiado dos. Si los limpiabas demasiado deprisa, volvías a ensuciarlos y volvías a limpiarlos desde el principio.

Ay de ti si el *Blockälteste* o un hombre de las SS se acercaba y no estabas limpiando con diligencia. Un berrido o una bofetada era lo

mínimo, pero también podían decirte que ese no era sitio para enfermeros vagos y que a la mañana siguiente debías estar ya levantado «al toque de campana», lo que quiere decir que por la mañana debías estar formado fuera de los *Blocks*, bajo el gong, al segundo tañido, y luego te incorporarían a cualquier *Kommando*.

Por eso limpiaban con tanta diligencia los cristales.

A pesar de todo, Hans estaba muy contento. Este trabajo podía ser aburrido y pasarte todo el día en pie era también muy cansado, pero no minaba las fuerzas. El potaje en el *Krankenbau* solía ser de mejor calidad que en la Cuarentena y casi siempre sobraba medio litro extra debido a que muchos enfermeros polacos, que recibían paquetes enormes, no comían nunca *Lagersuppe*.

En el campo, el recuento duraba eternamente y los hombres se pasaban a veces dos horas o más bajo la lluvia, pero el *Krankenbau* tenía su propio recuento, que se ventilaba siempre en un par de minutos. Luego, tras el recuento, podías irte a dormir o a caminar o a hacer algo distinto, lo que quisieras. No había ningún control de pies u otra molestia de esa clase porque se suponía que los enfermeros se mantenían lo suficientemente limpios.

Era un sitio donde se podía vivir. Y lo más importante para él: ahora volvía a poder tener contacto con Friedel. Las noches iban haciéndose más cortas y, cuando anochecía, casi siempre se podía encontrar a alguien que quisiera acompañarlo para vigilar y, de esa manera, tener la posibilidad de hablar un par de minutos con ella junto a la ventana.

—Friedel, no necesito comida tuya, todos los días tengo un poco más de potaje.

—¿De qué te sirve ese potaje?

—Hoy me he ganado una porción de pan. He lavado ropa interior para un polaco gordo.

Friedel se acariciaba, nerviosa, los pocos centímetros de su cabello. Guardaron silencio. En la habitación, tras Friedel, se oyeron gritos. Un poco después:

—La escribiente del *Block* estaba al acecho, pero no se ha dado cuenta de que era yo quien hablaba.

—¿Qué tal estás tú?

—Ay, cariño, no trabajamos. Nos dan suplemento alimenticio, al igual que a los trabajadores que realizan las tareas más duras, así que se lleva muy bien, pero...

—¿Pero qué? —insistió él.

—Ay, todo esto es tan lúgubre. Ahora de nuevo con esas chicas griegas. No sé lo que pasa con exactitud. Las abrasan por dentro. Eran quince. Han tenido unos dolores terribles tras el tratamiento y una de ellas ha muerto.

—No te harán nada de eso también a ti, ¿no?

—Estas pruebas parece que ya han pasado. Las semanas anteriores estuvo aquí un tal profesor Schumann, un cabeza cuadrada gordo, pero ya no he vuelto a verlo más. Creo que han empezado con otra cosa distinta, algo con inyecciones por abajo.

—No te cogerán a ti para esas cosas, ¿no?

—Tal vez no, ahora soy enfermera en la sala donde están todas las mujeres holandesas y no es tan normal que le toque al personal.

Entonces tuvieron que cortar, porque por el campo sonaba el consabido silbido estridente.

Cada tarde llegaba el *Rapportführer* al campo. Era un señor peligroso, el *Oberscharführer* Claussen, que iba siempre con una fusta. Podías darte por contento si pasabas cerca de él y todo lo que recibías era solo un latigazo. Cuando entraba en el campo, sonaba un estridente silbido como advertencia. Todo el que lo oía se hacía cargo y, por mucho que se enfadara Claussen, nunca pudo atrapar a nadie silbando.

Pero sí que descargaba su ira. Ay de ti si tenía algo que objetar, si llevabas el pelo demasiado largo, si no habías saludado con la suficiente rigidez, si te reías o si no le gustabas sin más. No pasaba ninguna tarde sin que por lo menos un hombre fuera molido a palos. Y pensar que esas situaciones eran muy razonables si lo comparabas, por ejemplo, con Birkenau o Buna, el llamado Auschwitz II.

Este de aquí, Auschwitz I, era el campo modélico, los *Blocks* estaban contruidos con ladrillo y había literas para todas las personas. Aquí se encontraban los grandes almacenes, de los que

todo el mundo podía robar alguna vez algo y aquí estaba el hospital modélico. No, las condiciones en Auschwitz I no eran ninguna pauta para el complejo de Auschwitz en general. Eso era lo que contaba el muchacho con el que Hans hablaba esa noche. Él venía de Buna, había llegado la semana anterior a la vez que Hans y se lo habían llevado a Buna con 228 hombres. Eran dos horas caminando; un enorme complejo industrial en el que se seguía construyendo por todas partes.

La mayoría de los jóvenes debía tirar de cables y algunos estaban en la brigada del hormigón. No era nada fácil, todo el día arrastrando sacos de cemento de 75 kilos, y eso a paso ligero. Hans debía intentar imaginarse cómo te sentías entonces por la noche, cuando había que acarrear los sacos a una distancia de más de cien metros, desde el tren de vía estrecha hasta las hormigoneras, y cada diez metros había un *Kapo* o un hombre de las SS que no hacían más que golpear por golpear, para mantener el ritmo. El primer día ya había caído una víctima.

¿Recordaba Hans a Plaut, el competente enfermero diplomado de Westerbork? Con él habían aplicado el viejo truco. En las cuatro esquinas del solar donde trabajaban había postes y no estaba permitido salir fuera del terreno que delimitaban. El hombre de las SS junto a la hormigonera ordenó a Plaut ir a por una caja que estaba fuera de la cadena de postes y, como Plaut se puso a dudar, le dio un palazo en la cabeza, así que no le quedó más remedio que ir a por la caja, pero lo abatieron a tiros al sobrepasar la línea entre los postes.

—No le digas nada a su mujer, que está aquí, en el *Block* 10. Al día siguiente fue el viejo Jacobson, un hombre de cuarenta y cinco años, lo que para los estándares del campo era ser muy viejo. Yendo a paso ligero con la calurosa tarde asfixiante bajo un saco de setenta y cinco kilos, se desplomó sin más. Al que iba a preocuparse por él, lo ahuyentaban a bastonazos. Al cabo de media hora, permitieron que alguien fuera a mirar qué le pasaba, pero el hombre ya estaba muerto.

»Quisimos llevarnos el cadáver, pero no nos lo permitieron, ya que lo habían contado por la mañana, al salir, y por la noche el

número debía cuadrar, de manera que tuvimos que acarrear el cadáver para el recuento vespertino, donde debían volver a contarlo. Ahora, al cabo de cinco semanas, ya han muerto veinte de nuestros jóvenes y la mortalidad crecerá cada vez más deprisa, porque todo el mundo está extenuado y tiene heridas.

»Ayer fue Joop van Dijk, un tipo enorme que, mientras iba cargando, tuvo que detenerse un instante para recobrar el aliento. El vigilante lo observa y le da un culatazo con el fusil y, cuando está tendido en el suelo, una patada en la cabeza. Joop se quedó allí inconsciente. Por lo visto, fue un golpe desafortunado porque, al querer llevárnoslo por la noche, todavía no había recuperado el conocimiento.

»Sangraba por el oído y nadie pudo ayudarlo. Antes teníamos que formar para el recuento. Durante el recuento recuperó un poco el conocimiento, gemía y pedía agua, pero duró unas dos horas. Una vez terminado el recuento, se lo llevaron al hospital, pero esta mañana estaba muerto.

—¿Y cómo has llegado tú hasta aquí? —preguntó Hans.

—Ayer por la noche me apunté para la revisión en el hospital, porque tenía dolor de garganta y fiebre. Dijeron que era difteria y allí no está permitido que haya nadie con enfermedades contagiosas, por eso me han traído aquí y me alegro de veras. Ese hospital de Buna es algo terrible. Las literas tienen tres alturas, al igual que aquí, pero allí los enfermos más graves están arriba; según dicen, para que tengan más aire. Esta noche tenía encima de mí un paciente de disentería con fuerte diarrea que se ha pasado todo el tiempo gritando para que le trajeran un orinal, pero naturalmente no había nadie que pudiera ayudarlo, así que se lo ha estado haciendo una y otra vez en la cama. Al amanecer, empezó a filtrarse por el jergón y estuve arrimándome lo máximo posible al borde para que no me manchara. Cuando llegó el enfermero y vio la que había montada, empezó a pegarle al pobre hombre. Y en medio del rostro, unas cinco veces. El enfermero es gordo, reparte el potaje y se come los restos de la parte baja de la marmita. Si se muere alguien, y cada día hay un par, sobra pan. Si alguien se va a otra sección o a otro hospital, el pan no se devuelve. Mi pan de esta noche se lo

estará comiendo ahora ese enfermero. En fin, me duele demasiado la garganta como para tragármelo.

—Así pues, tienes suerte de tener difteria.

—No lo sé, creo que todo el mundo que viene al hospital de Auschwitz termina en la cámara de gas.

No, eso era algo que Hans no se creía. Desde luego, de vez en cuando venía el *Lagerarzt*, pero no se llevaban a tipos jóvenes y fuertes.

—¿Puedes avisar a mi mujer?

—¿Tenías hijos?

—No.

—Entonces estará en el *Block* 10, como todas las mujeres de nuestro transporte. Durante el día es demasiado peligroso, pero mañana por la noche puedo intentarlo. ¿Cómo te llamabas?

—¿Ya no te acuerdas? Boekbinder, el dirigente sionista.

Hans lo recordó y siguieron hablando un poco más sobre el sionismo y cosas semejantes, porque uno no quiere atontarse del todo, aunque esté metido en la mierda. Hans no era sionista:

—No existe ningún problema específicamente judío, sino problemas sociales generales, desigualdades sociales generales que se descargan sobre los judíos. Una vez que sean debatidos, el problema judío dejará de existir por sí solo.

—Pero los judíos que siguen aferrados a una religión y a una tradición propias continuarán conformando siempre un elemento extraño.

—Aunque sea así, ¿qué importa? En Rusia viven juntos sin ningún tipo de conflicto decenas de pueblos, pequeños y grandes, con una cultura propia.

Pero la conversación no transcurría con cordialidad y Hans se alegró cuando sonó el gong: las nueve, así que se fueron a dormir.

Los pacientes de difteria dormían entre los enfermeros de reserva, en la sala de ingresos. No debería importar mucho, ya que el final sería el mismo para todos, a no ser que los aliados llegaran de repente. ¿Quién estaría vivo todavía? Ay, tardaba todo tanto, para ellos demasiado, y allí estaba de nuevo esa bola de barro dando

vueltas en su cabeza, adquiriendo a veces entidad propia, como un golem, esgrimiendo razonamientos sobre la vida y la muerte. Pero Hans conocía ahora la palabra mágica para conjurarlo: «Friedel». Como ella estaba allí, el golem debía callar. Evocó su imagen y la bola de barro perdió vitalidad, encogiéndose.

Lo envolvió la calma y, donde hacía un instante había habido miedo y duda, ahora solo quedaba un anhelo silencioso. Así se quedó dormido.

*

Llevaba dos semanas en el *Block* 28 cuando, una tarde, llegó la noticia: «¡A formar todos los enfermeros de reserva!».

¿Qué podía ser? El *Blockälteste* entró en la sala de ingresos con un *Häftling* muy bien vestido, un auténtico «prominente». El hombre llevaba una chaqueta de tela negra y una boina negra; el pantalón a rayas era de lana. Todo como lo llevaban los prominentes.

Hablaron un poco entre ellos y el hombre extraño dijo que podía utilizar a cinco.

—Coge a seis —dijo el *Blockälteste*—, porque de lo contrario nunca se me terminarán.

Eligieron a seis de los jóvenes. Cuatro eran holandeses: Hans; Gerard van Wijk, el joven psicólogo; Tony Haaksteen, que estaba estudiando Medicina, y Van Lier, el médico en formación. Tuvieron que ir a buscar sus cosas y recogerlas, y luego el hombre, que resultó ser el nuevo *Blockälteste* del *Block* 9, se los llevó. Tenía un trato amistoso con los muchachos y les contó que llevaba ya nueve años en varios *Konzentrationslager*. Lo habían pillado por comunista durante el primer año del régimen de Hitler y ahora tenía cincuenta años.

—Bueno, se lleva bastante bien una vez que te has habituado un poco a la vida del campo. ¿Sabéis?, el noventa por ciento revienta el primer año, pero si llegas a superarlo, el resto viene por sí solo. Te acostumbras a la comida, tienes mejor ropa y, cuando eres *Alter*

Häftling, o preso antiguo, también recibes un poco de respeto por parte de las SS.

—¿No le gustaría irse entonces? —preguntó Hans.

—Pues me gustaría y no me gustaría. Fuera tampoco se está tan bien. Yo soy carpintero, ¿tengo que empezar ahora de nuevo, a mi edad, a aguantar a un jefe? En el campo soy mi propio jefe.

—Yo creía que las SS eran el jefe.

—Bueno, todos son unos mocosos, iban todavía en pañales cuando yo ya estaba en el campo de concentración de Oranienburg. El campo ya no es lo que era. Ahora se ha convertido en un sanatorio. Vosotros sois holandeses, ¿no es cierto? Ya conocí a holandeses en otra ocasión. Eso fue, veamos, en 1941, en Buchenwald. Cuatrocientos judíos holandeses. Yo era el *Blockälteste* en el *Block* de Cuarentena. Pasaron tres meses conmigo y ya se habían adaptado un poco, pues yo procuraba que no tuvieran que trabajar demasiado duro. A fin de cuentas, eran mejores chicos que esos polacos y gente semejante. Entonces, de repente se fueron todos a Mauthausen. Más tarde, me he enterado de que acabaron en graveras. Todo el día con cajones de grava a paso ligero pendiente arriba. El más duro sobrevivió cinco semanas.

Era cierto. Hans recordaba esa historia de Ámsterdam. En febrero, Koot, el hombre de las fuerzas paramilitares, fue asesinado a golpes en el barrio judío. Entonces, la *Grüne Polizei* pilló a cuatrocientos muchachos de la calle y, al cabo de un par de meses, llegaron las primeras esquelas mortuorias. En esa ocasión, se acabó pronto.

Entre tanto, ya habían llegado al *Block* 9. Tuvieron que esperar un momento en el pasillo y, a continuación, entrar en la Sala 1.

Tras la mesa había un hombre pequeño, un tipo achaparrado que llevaba un triángulo rojo con una P dentro; un polaco político, por tanto. El hombre tenía una cabeza gorda y redonda, la boca era fuerte, pero la mirada de sus ojos era bonachona y algo ausente. Jugaba nervioso con un lapicero y seguro que habría pasado ya por muchas, tal vez llevara también mucho tiempo en el campo.

Los muchachos debían acudir a él uno a uno, porque como lugarteniente del *Blockälteste* y médico más antiguo del *Block*, él

sería quien repartiera el trabajo.

Al primero al que le tocó fue a Tony Haaksteen. ¿Era médico? Empezó a echar balones fuera. El *Blockarzt*, el médico del barracón, le preguntó cuántos años tenía en realidad: veintidós. Los circunstantes se rieron y se murmuró algo sobre *blöde Holländer*, estúpido holandés, y cosas por el estilo. Luego Gerard van Wijk, que comunicó que había estudiado Medicina y ahora era psicólogo. Eso no lo comprendió bien el *Blockarzt*. ¿Era psiquiatra? Gerard no se atrevió a decir que no.

—Ve entonces a la sala 3 con tu compatriota Polak, que en Buna no pudieron utilizarlo. En esa sala están todos los locos.

Hans tenía la sensación de que le estaban cortando la hierba bajo los pies. Durante dos años había sido asistente psiquiátrico y mucho más psiquiatra que Gerard, el teórico, pero no le pareció sensato empezar a competir ahí. Gerard tal vez solo tuviera una oportunidad como «psiquiatra» y por eso Hans declaró que era internista.

—Bien —dijo el jefe—. Quédate entonces en esta sala. Aquí está el médico de ingresos, el Dr. Ochodsky, y puedes ayudarlo en algo. —A Van Lier no le tocó. El *Blockälteste* del 28 ya le había dicho a su nuevo colega del 9 que Van Lier tenía una herida en un pie y que por eso debía pasarse antes por la sala de los enfermos, hasta que la herida se le hubiera curado.

Hans estaba encantadísimo. «Ayudante del doctor de ingresos», debía de ser un buen trabajo.

Todavía seguía sin comprender nada de cómo funcionaban las cosas en el *Lager*. ¿Quiénes se ocupaban del consultorio médico? Pues los muchachos de dieciocho y veinte años, que llevaban la voz cantante en el ambulatorio y que vendían los medicamentos a cambio de cigarrillos y margarina, pero no a aquellos que los necesitaban, sino a aquellos que podían pagarlos.

¿Quiénes eran los jefes en el *Block 9*? No el *Blockälteste* ni el *Blockarzt*, sino el oficial de intendencia y sus compinches: rudos polacos con un único ruso.

¿Labor médica? El Dr. Ochodsky, que era un tipo más bueno que el pan, no tenía nada que hacer. Llegaban unos diez ingresos al día

y Ochodsky decía entonces a qué sala debían ir, lo que significaba cinco minutos de trabajo; por lo demás, estaba todo el día tumbado en su cama. Si el portero daba la alarma, sabía que se acercaba un hombre de las SS y empezaba a examinar a alguien rápidamente. No, labor médica no había, pero trabajo había suficiente. Sin embargo, el *Block* 9 tenía una ventaja inestimable. Como todo el mundo sabe y como a la noche le sigue el día, ¡al 9 siempre le sigue el 10!

*

Eran las cuatro y media. «¡Arriba, gong!», gritó el centinela cuando encendió la luz en la sala de personal. Casi todos se incorporaron de golpe, ya que Paul había estado despotricando sin parar el día anterior contra un par de hombres, que seguían en cama cinco minutos después del gong, hoy nadie se atrevía a darse la vuelta. Solo Gerard se quedó un momento tumbado.

—¡Levanta, muchacho! ¿Te apetece pasar una semana extra arrastrando marmitas?

—Ay, Hans, no puedo, he dormido muy mal. No queda ni una paja en mi jergón y me he pasado la noche tosiendo.

—Esa tos es bastante fea, pero que no tengas paja es culpa tuya, porque ayer había cinco sacos de paja en el *Block 21*.

Gerard, en efecto, no era especialmente bueno con ese tipo de cosas. Por decirlo de algún modo, dejaba que le comieran la tostada. Pero ¿qué querías de un muchacho así? Casa de buena familia burguesa, padre funcionario, que no habían vivido con grandes lujos, pero tampoco habían tenido que luchar para sobrevivir. ¿Cómo podía un muchacho así enfrentarse a todos esos *Häftlinge*? El grupo con el que estabas todo el día relacionándote era encantador: estraperlistas, descuideros e inadaptados. Y si había presos políticos polacos entre ellos, llevaban ya años en el campo y tampoco es que fueran un dechado de bondad.

Volvieron a experimentar lo mismo después de haberse levantado deprisa, haberse medio vestido y haberse presentado en el pasillo.

«¡Dónde os metéis, maldita gentuza, miserables holandeses!». Para ambos tenía Kuczemba reservado un empujón: así eran los «buenos días» en el campo. Luego había que echar a correr a la cocina y, sobre todo, buscar una marmita grande con té. Si llegabas con una marmita pequeña, te ponían verde o te obligaban a que volvieras otra vez corriendo, y si llegabas con una marmita grande, la mitad se te derramaba. En la cocina siempre se podía obtener más agua sucia hervida de la que les apetecía a los pacientes. Así iban corriendo en cuatro grupos de dos a la cocina, donde ya estaban esperando veinte hombres de los otros *Blocks*.

En la cocina otra vez jaleo. El *Unterscharführer* acababa de pillar a un ruso que estaba «organizando» patatas. No contento con golpearlo hasta sangrar, les había estado echando la bronca a un par de cocineros y al portero. Así pues, la atmósfera no era muy cordial esa mañana en la cocina, y por eso tampoco se les permitía entrar, sino que debían esperar fuera hasta que se sirviera el té en las marmitas.

Hacía frío, los copos de nieve húmeda revoloteaban por el patio y ya tenían los pies mojados. No pasaría mucho tiempo antes de que terminaran calados hasta los huesos, ya que una camisa y una chaqueta de lino no podían contener mucho la humedad. Se apretaban cerca del muro de escayola porque el canalón del tejado impedía que cayera algo más de nieve, pero allí estaba de nuevo el *Unterscharführer*.

—¿Qué hacéis vosotros ahí, cerdos asquerosos? ¡Firmes! — Gerard, que no se había puesto en la fila lo suficientemente rápido, recibió un buen puntapié en el tobillo. Una pequeña patada, pero ¿cómo iba a llevar ahora la marmita? En fin, ¿quién se preocupaba por eso? Así estaban pasmándose de frío el Dr. Van Dam y el joven psicólogo Van Wijk en la latosa y húmeda mañana de noviembre.

—¿Por qué tenemos que estar esperando tanto? —preguntó Gerard.

—Pregunta mejor por qué tuvimos que salir tan pronto del *Block*. Ya lo sabes: *Bewegung, Bewegung, los, Eile!*, ¡a moverse, a moverse, vamos, deprisa! Te acosan por principio para que derroches el máximo de energía posible.

Al cabo de media hora, entraron por fin en la cocina. Las calderas estaban humeando. El aire húmedo y cálido penetró por su ropa y devolvió un poco a la vida a los ateridos hombres. Los cocineros estaban junto a las calderas con sus mugrientos trajes blancos. Eran polacos grandes, muy musculados y con una buena boca. No debías acercarte demasiado, porque llevaban horas sin parar, azuzados y apremiados.

Allí estaba de nuevo el *Kapo*. «¡Du Drecksau, cerdo asqueroso, no tires la mitad fuera de la marmita! Voy a volver a partirte esa fea jeta».

El polaco se encogió de hombros. El *Kapo* era un preso alemán con triángulo verde, la marca de los criminales. Tal vez tuviera cinco asesinatos sobre su conciencia, pero había sido designado por las SS como vigilante y, por tanto, debías consentirle todo.

Hans y Gerard habían escogido una marmita y pusieron abrazaderas de hierro debajo de las asas para llevarla. Hans vio un tonel con sal y recordó que Friedel le había preguntado si podía conseguir un poco. Mientras se metía un puñado en el bolsillo, un chorro de agua fría lo golpeó en la cara, ya que lo había pillado un cocinero que estaba limpiando una caldera con una manguera. Ahora sí que estaba calado hasta los huesos, pero también sobreviviría a esto. Se quedó mirando al cocinero y se puso a reír un poco tontamente. ¿Cómo debías reaccionar ante una ducha semejante? ¿Devolver el golpe? Era una locura, porque el cocinero era mucho más fuerte que él, se le veía bien alimentado y además estaba en su derecho, ya que si pillabas a alguien «organizando», se te permitía castigarlo de inmediato.

Cogieron su marmita y salieron arrastrando los pies. Tras veinticinco metros, Gerard tuvo que posarla en el suelo. No era fuerte, un muchacho delicado que nunca había realizado trabajos físicos, y la marmita pesaba más de cien kilos. Así llegaron al *Block* arrastrándose prácticamente. Debían de ser las seis. En el *Block*, el único que tenía reloj era el *Blockälteste*, pero habían desarrollado un fino sentido del tiempo. Dentro de una hora se abría el *Block* 10, pero él tenía todavía mucho que hacer.

Janus, el veterano de la sala, ya había empezado a fregar el suelo cuando entró Hans. Era una sala pequeña en la que había cincuenta y ocho enfermos, todos polacos y rusos: «arios». Los enfermos estaban en literas de tres alturas y el de arriba era el que más calor tenía, mientras que el de abajo se llevaba la mayor parte de las pulgas, porque las pulgas puede que salten mucho, pero la fuerza de la gravedad hace que caigan hacia abajo. Por eso, los prominentes dormían arriba: polacos famosos, a menudo con títulos y condecoraciones. Eran presos políticos tenidos en gran estima por los demás presos. Debajo estaban las personas sencillas, campesinos y obreros que habían sacrificado de manera clandestina un cerdo, habían insultado a un soldado alemán o, con frecuencia, no tenían ni idea de por qué estaban allí.

Para Hans no era fácil vivir en medio de estas personas. Los prominentes eran muy exigentes y a menudo no querían someterse a la disciplina del campo, no querían levantarse a las cuatro y media para ir a lavarse, querían conservar comida en su cama y se sentían muy ofendidos si les decías algo cuando tiraban al suelo las mondas de cebolla y otras porquerías.

La gente normal de las literas inferiores y del medio no disimulaba en absoluto su antisemitismo y Hans estaba encantado de no poder entender lo que decían de él, pero sí que notaba algo. Él no prestaba atención. ¿Acaso era importante?

Miró por la ventana y vio en ese instante cómo venían del *Block* 19, a paso de tortuga, con las marmitas de té para el *Block* 10. Por suerte, Janus no era el más malvado y dejó salir a Hans, que corrió afuera. Ojalá no llegara ahora el *Blockälteste*. No, todo estaba seguro. Un griego del *Block* 19 le entregó su marmita, alegrándose él y el griego también. Mientras jadeaba nervioso, Hans subió la pequeña escalera del *Block* 10 arrastrando los pies.

No había ninguna mujer en el pasillo. Sí, allí, una sola mujer, una niña todavía. Miraba a hurtadillas a los hombres, pero salió corriendo en el momento en que apareció la portera. Entonces llegaron con su marmita junto a la escalera que llevaba a la parte de arriba del *Block*, abarrotada de mujeres que se apretujaban para

coger el té, pero una gorda jefa de sala eslovaca mantenía cerrada la escalera.

—¡Nadie va a bajar! ¡Atrás, atrás, cerdas estúpidas, *blöde Sauen!*
—Empujaba y golpeaba a las mujeres para que regresaran arriba por la escalera y Hans se angustió. ¿Cómo podría llegar hasta Friedel ahora? Pero allí estaba Betty, que lo vio y salió disparada por las escaleras arriba. Cuánto duraba todo esto y la portera ya estaba gritando—: ¡Hombres, fuera, vamos, vamos! —No llegaría a ver a Friedel, no..., ¡pero sí! Por allí venía.

Se fue abriendo paso por entre la agitación hasta la escalera y se topó contra la eslovaca. Entonces Hans le echó una mano: «Mi mujer, déjala, es solo un minuto». La eslovaca quitó la mano de la barandilla y Friedel saltó los últimos peldaños hacia abajo.

Él le cogió la mano. Ella quiso besarlo, pero él tenía miedo. Por un momento no dijeron palabra. Ella fue la primera que se sobrepuso:

—Hans, ¿hay algo nuevo?

—Pequeña Friedel, no, nada.

—¿Tienes suficiente comida, Hans?

—Sí, puedo darte pan, si lo necesitas. Un polaco me ha dado un poco de un paquete.

—No, cariño, cómetelo tú. Tú trabajas duro y yo no hago nada durante todo el día. Esperar y esperar. En fin, tengo suerte, otras...

—Se interrumpió.

—¿Cómo? —insistió él.

Ella miró nerviosa a su alrededor.

—Ayer les pusieron una inyección a Loulou y a Ans.

Se mordió por un instante el labio y comprendió su nerviosismo. No sabían exactamente qué eran esas inyecciones, pero resultaba horrible. Friedel contó que, sobre todo Ans, tenía un dolor de vientre espantoso. Había estado sangrando durante toda la noche y la sangre había llegado con espasmos, diez veces más que con una hemorragia normal. Ahora estaba en cama, extenuada y en estado deplorable, y a la semana siguiente tendría que volver a la consulta del profesor.

Los dos guardaron silencio. En sus ojos se leía el miedo de que también ella tuviera que sufrir lo mismo.

Entonces llegó la portera, que se había olvidado de hablar durante el tiempo en que llevaba en el campo, y solo sabía gritar. Por eso también era una buena portera. «¡Fuera, estás loco! ¡Ya se han ido todos los hombres! ¡Rápido, si viene la Aufseherin, la vigilante de las SS, me va a costar el cuello!». Gritaba tan fuerte que la *Aufseherin* no tendría más remedio que venir y, por eso, lo mejor era largarse.

Friedel ya no podía controlarse. Se apretó contra él y lo besó y lo besó y él le devolvió los besos. La portera se volvió loca y amenazó con denunciarlos al *Blockälteste*, por eso Hans apartó de sí a la muchacha y se obligó a mantener la calma.

—Friedel, sé fuerte.

—Si yo soy fuerte, pero esto es tan horrible para esas chicas...

—Lo entiendo, pero tampoco durará eternamente.

—¿Cuánto más va a durar?

—No lo sé, cariño, todo saldrá bien.

¿Qué más debía decir, qué más podía predecir? Friedel, ella era de oro, pero el oro puro es un metal blando y ojalá hubiera sido de acero, porque entonces no habría resultado tan fácil que todo el dolor dejara su huella en ella.

Se fue. En realidad huyó, porque se sentía incapaz de consolarla. ¿De qué servían sus palabras frente a semejantes actos? Hans solo comprendía a medias lo que ocurría en el *Block 10* y con qué fin. ¿No era la esterilización a gran escala uno de los puntos en el programa de los alemanes? ¿No querían esterilizar a todas las judías, polacas, rusas y tal vez de otras nacionalidades? ¿Qué otra cosa podían significar estos experimentos ginecológicos, sino que se trataba de intentos de esterilización? Las mujeres judías eran animales de laboratorio baratos. De sus sufrimientos solo podían alegrarse y, si reventaban, importaba muy poco. Con ese estado de ánimo regresó al *Block 9*.

*

El recibimiento en el *Block 9* no fue cordial. Paul, el *Blockälteste*, lo estaba esperando en el pasillo y empezó a insultar a Hans como un energúmeno cuando lo vio entrar.

Hizo un repaso por todo su repertorio de insultos: «Himmel, Arsch und Zwirn, Herrgott Sakrament, du verfluchter Idiot, eso se nos va en tiempo de trabajo. Seguro que has estado en ese burdel de aquí al lado. No comprendo cómo son capaces de habilitar algo así en un KZ decente. En Buchenwald no he visto literalmente una falda en cinco años, hasta que abrieron el prostíbulo, el *Puff*».

Zielina, el médico jefe que estaba a su lado, le dio un puñetazo:

—Pues seguro que irías allí entonces cada día.

—¡¿Tú qué te piensas?! Ni siquiera llegué a entrar. Soy un comunista, uno de esos malditos cerdos rojos, pero nunca me encontrarás con las putas. Por lo demás, allí en Buchenwald los mejores nunca iban. Ni por asomo verías entrar alguna vez en ese *Puff* a un triángulo rojo, a un preso político. No comprendo qué tipo de tíos hay aquí en Auschwitz sin cojones. Se pasan toda la noche esperando, haciendo cola.

—Es porque la comida de aquí es demasiado buena —bromeó Zielina.

—Pero mira que volver una y otra vez allí, a ese macilento pedazo de tristeza —continuó Paul su discurso hacia Hans—, cuánto me reiría si el *Rapportführer* se tropezara allí contigo. Ya sabes lo que pasó con Florek, nuestro barbero, ¿verdad?

—No.

—Florek estaba junto a la ventana, conversando con una de esas señoras del *Block* 10. Ya sabes cómo es ese Florek, las pertinentes charletas sucias, los pertinentes gestos sucios. Y resulta que llega justo entonces Kaduk, el segundo *Rapportführer*. Lo coge por el cuello, hace una albóndiga con él y se lo lleva a la *Blockführerstube*. Allí lo presentó a Heissler, el *Lagerführer*, y veinticinco en el culo. Recibió su ración en seguida, allí mismo, en el búnker, con el rabo de buey.

—¿Qué es eso?

—Justo lo que acabo de decir, un rabo de buey deshidratado, una herramienta de castigo germana de primera. Florek tuvo que dormir boca abajo durante tres días; todavía hoy no se atreve a sentarse, y eso que ya ocurrió hace dos semanas.

—¿Nunca has oído hablar de «el país de los veinticinco»? —Zielina lo dejó con la palabra en la boca—. Era el África Sudoriental alemana. Para los negros de allí, el castigo habitual eran veinticinco bastonazos o latigazos, y así fue como recibió ese mote todo el país.

Paul lo interrumpió:

—Nosotros, los alemanes, somos un pueblo salvaje después de todo. —Se quedó mirando a Hans con una furia terrible, maldijo un poco más y luego lo envió al *Block* 21. Porque de eso se trataba, hoy había una brigada de peones camineros.

En el *Block* 21 ya había quince hombres. El portero del *Block* gesticulaba ajetreado, empujaba a los hombres para que se colocaran en su sitio, en filas de a cinco, e insultaba como un poseso a los *Blocks* que todavía no habían enviado a su contingente de obreros.

Era otra vez *schnell, los, Tempo*, pero cuando el grupo de treinta hombres ya se hubo reunido, pasó media hora antes de que llegara el hombre de las SS que los acompañaría. Y, cuando acababan de salir marchando por la puerta y llegaron al *SS-Revier*, el hospital de las SS, no había ningún carromato para llevar los trastos. El *Rottenführer*, el comandante de los peones camineros, se puso a negociar y así estuvieron esperando una hora. Hacía frío, un frío

que pelaba, y ellos estaban tiritando con sus trajes de lino. Se encontraban en mitad de la calle, porque las aceras, de donde los presos habían barrido la nieve, eran para los hombres de las SS que salían y entraban de los edificios. Tres edificios grandes: *SS-Revier* (Hospital para las SS), *SS-Standortverwaltung Süd-Ost* (Administración de los Territorios Sur y Este de las SS) y *Kommandantur* (Comandancia).

Eran auténticas colmenas; los hombres entraban y salían revoloteando; entre ellos, muchachas jóvenes con ropa de calidad que seguramente había pertenecido a una u otra jovencita judía, ahora asesinada. Algunos *Häftlinge* del llamado *Kommando SS-Revier*, que trabajaban allí como personal de limpieza, e incluso algunos prominentes como farmacéuticos o protésicos dentales, se desenvolvían allí de maravilla, comían comida de las SS y disponían de todos los artículos de aseo y medicamentos. El *Kommando SS-Revier* era la fuente más importante de medicamentos para el campo, ya que los *Häftlinge* que trabajaban allí los pasaban de contrabando al interior y los vendían a cambio de margarina, embutido y ropa que otros robaban también en la *Bekleidungskammer*. Aquí, a la enorme farmacia y a los grandes desvanes, venían a parar todos los medicamentos que se requisaban a los miles que llegaban en tren. Junto con los envíos del *Sanitätslager der Waffen-SS*, Berlín-Lichtenberg, se conformaban así gigantescas existencias. Desde este punto central, se repartían esos medicamentos entre todas las dependencias de las SS en el Frente Sureste. Igualmente, el *Bauhof* de Auschwitz era la central de materiales de construcción para todas esas tropas y todas las *Waffen-SS* del sureste eran provistas de materiales de guerra desde las fábricas de Auschwitz. Los *Deutsche Ausrüstungswerkstätte*, conocidos por su abreviatura D. A. W., procuraban todo lo que fuera de madera, en especial las cajas de municiones, mientras que la propia munición era fabricada en la Auto-Union y en las fábricas de Buna. En Buna también se fabricaba goma sintética.

Y aquí, en estos edificios, estaba el centro neurálgico del enorme complejo de Auschwitz, que constaba de más de treinta campos:

Auschwitz I, el campo de Hans; Birkenau, la central de los asesinatos; Monowitz, con las fábricas de Buna, y muchos campos más pequeños con brigadas mineras y agrícolas, todo en conjunto con más de 250.000 obreros. Aquí, en estas *Kommandantur* y *Standortsverwaltung*, se encontraba la administración, donde se gestionaba a todos los trabajadores y los materiales.

No, Auschwitz era más que un tormento a gran escala. Con sus fábricas y sus minas constituía una parte importante de la zona industrial de Alta Silesia y los obreros allí resultaban más baratos que en cualquier otra parte del mundo. No necesitaban ningún salario y no comían casi nada. Y, cuando estaban extenuados y caían presos de la cámara de gas, entonces había en Europa suficientes judíos y opositores políticos para completar de nuevo el cupo.

Berlín lo organizaba todo. En la Wilhelmstrasse había un Departamento de Campos de Concentración especial, dependiente de Himmler, desde donde se organizaban los transportes a los campos por toda Europa. De ahí llegaba la orden a Westerbork: tantos miles para el transporte a tal o cual campo, y allí se calculaba el porcentaje del transporte que debía aniquilarse inmediatamente y cuántas personas se necesitaban para el trabajo.

Sí, Grün, el dentista, que ya llevaba año y medio en el campo, lo contaba todo de maravilla. Él era el modelo del polaco que no retrocedía ante nada ni nadie y nunca tenía en cuenta los intereses de los demás. Lo conocían en todo el campo y siempre había disfrutado de los mejores trabajos. Tenía sus amigos, que trabajaban en el departamento político y que le habían contado toda clase de secretos: resoluciones de la *Kommandantur*, telegramas de Berlín. Había tenido relaciones con chicas que trabajaban en el *SS-Revier* y, cuando lo pillaban, no le costaba el cuello, porque de nuevo había un amigo en las cocinas de las SS que traía un litro de aguardiente para el hombre de las SS que sabía demasiado de Grün. Pero ahora le estaba yendo un poco mal. Era así:

—¿Sabes lo que es Biogás?

—No.

—Biogás es una brigada de seiscientos hombres que viven en los *Blocks* 1 y 2. Todos los días caminan cinco kilómetros, hasta un lugar donde se está construyendo una fábrica junto a un pantano para sacar energía de biogás a partir de los gases putrefactos del pantano. En esa instalación trabajan también algunos *Zivilarbeiter*, trabajadores civiles. Biogás es la mayor brigada de contrabando. Los muchachos que trabajan allí se llevan ropa de todo tipo escondida en sus cuerpos y la venden a los civiles a cambio de productos alimenticios. También joyas y relojes. Reciben sus mercancías de otros, que trabajan en «Canadá», la *Effektenkammer*, que es el lugar donde llega todo lo que suministran los trenes; los de Canadá participan en los beneficios.

»Hace dos meses me estaba trayendo yo un bonito negocio entre manos, pero ha salido mal. Un muchacho en Canadá había encontrado un par de fabulosos brillantes en el forro de un abrigo y vino a mí con ellos, porque sabía que yo estaba en Biogás, y para esos brillantes solo había un precio: la libertad.

»Lo primero que hice fue pagar en la división de trabajo un litro de aguardiente y así mi camarada vendría también a Biogás. A continuación, le echamos la caña a un chófer polaco para saber si podía poner un par de tablas debajo de la caja del camión, sobre las que poder ir los dos; entre el cigüeñal y la caja del camión, por tanto. Pero elegí al equivocado, porque el hombre estaba relacionado con uno de los vigilantes de la brigada. Lo vi por casualidad mientras estaban negociando. Fue entonces cuando le dije al *Kommandoführer*, el SS encargado de la brigada, que estaba enfermo. Costó bastante, pero me mandó de regreso al campo con un vigilante. A mi amigo no lo pude avisar y ese mismo día lo mataron a golpes, pero no le encontraron los brillantes, porque yo ya los había puesto a buen recaudo. Comprenderás que desde entonces me haya estado manteniendo en segundo plano, porque seguro que hay varios hombres de las SS que ahora van por ahí empeñados en conseguir esos brillantes.

Hans comprendía algo más: que Grün, cuando el asunto se había puesto feo, había sacrificado a su amigo para tomar las de Villadiego con los brillantes.

—Si quieres escurrir el bulto —continuó Grün—, el *Krankenbau* es lo mejor. Por medio litro de aguardiente ya eres enfermero.

En efecto, Grün sabía escurrir el bulto.

Llegó el *Rottenführer*. Se había hecho con un carromato y debían ir a por sacos del tren para descargarlos aquí. Grün estuvo hablando un momento con él y el *Rottenführer* le dio un bloc con un lapicero: quedó encargado de contar el número de sacos.

Se pusieron en camino con el carromato y había bastante tranquilidad. Todos eran enfermeros y en la manga izquierda llevaban el pequeño escudo negro, con las letras bordadas H. K. B.: *Häftlings-Krankenbau*. Las letras de los enfermeros eran azules, rojas las del personal técnico y los médicos las tenían blancas. Pero esa división solo era en teoría, porque aquí todos estaban empujando detrás del mismo carromato.

El H. K. B. era un distintivo milagroso. Con todo su rechazo al intelectualismo, la gente de las SS le tenía un poco de miedo. ¿Es casualidad que en Westerbork fueran los intelectuales quienes lograran aguantar durante más tiempo y que luego casi siempre se los mandara al privilegiado campo de Theresiënstadt? ¿Es casualidad que los médicos, aquellas personas que tienen que ver con la vida y la muerte, tuvieran las mayores expectativas de vida?

Desde luego que no. El hombre primitivo vive en temor constante del mundo espiritual y ese mundo, al fin y al cabo, está constituido por las almas de los difuntos. Si matas a alguien a golpes, su alma estará predispuesta a la hostilidad hacia ti y un espíritu así enfadado es tanto más peligroso a medida que ya en vida ha sido un «espíritu superior». Especialmente peligrosos son los doctores, que gestionan la herencia espiritual de los antiguos magos, que tenían poder sobre el reino de los espíritus de vivos y muertos. ¿Y quiénes son hombres más primitivos que los «nobles germanos»?

Por lo demás, con los doctores debes tener cuidado. Incluso en el mayor bruto de las SS se esconde el presentimiento de que «podrías llegar a necesitarlo algún día». Gracias a eso, a los doctores y al personal técnico sanitario se los azuzaba poco y apenas se les pegaba.

Pero el trabajo había que hacerlo y fuera como fuese era desagradable. Había un carromato lleno de sacos de papel: «veneno contra los mosquitos de la malaria», aparecía allí escrito, y luego la fórmula química: un compuesto de azufre. Muchos sacos estaban rotos y, por eso, todo aparecía cubierto de una fina capa de polvo verde. Cuando levantabas los sacos, el polvo te penetraba por el cuello y se te pegaba en la cabeza sudada, entre el cabello milimétrico. Se te metía por la nariz, que empezaba a moquear, y en los ojos, que empezaban a llorar.

Primero tomabas tantas precauciones como te fuera posible, poniendo el saco en mitad de la espalda y procurando que no se saliera nada, pero cada saco pesaba cincuenta kilos y, cuando ya estabas cansado, te lo ponías alguna vez sobre el hombro. A veces salía mal, así que acababas perdido de polvo: la ropa verde y los rostros verdes.

Lo peor eran los ojos, que picaban y escocían y, si te los restregabas con las manos polvorientas, te empezaban a arder y a llorar. Estabas cegado, ya no aguantabas más y dejabas el saco en el suelo, algo que tampoco estaba permitido, ya que el trabajo debía realizarse dentro de un tiempo determinado y esa era la responsabilidad del *Rottenführer* que, por tanto, tenía que apremiar. Si te quejabas entonces de ese polvo asqueroso, que te dolían mucho los ojos, que te escocía tanto la piel, el *Rottenführer* se reía enigmático. Sabía más de lo que dejaba entrever.

Cuando llegaron a los *Blocks* por la noche, extenuados y con los ojos rojos, todos se sentían fatal. Uno tenía escalofríos, el otro estaba mareado, a todos les dolían los ojos y algunos tenían la piel llena de ampollas. Hans se sintió enfermo y se fue a la cama nada más terminar el recuento; al día siguiente, no podía ni levantarse, tenía fiebre y la piel roja e irritada en los hombros, en la espalda y en todas las partes del cuerpo que habían entrado en contacto con el polvo.

Él no era el único; cuatro de los enfermeros tuvieron que guardar cama. Paul fue bastante razonable y ese día envió a otros, porque el trabajo debía continuar.

Los nuevos le preguntaron al *Rottenführer* si no podían obtener algo de goma para ponérselo sobre la espalda y los hombros, y si no había gafas de protección para salvaguardar los ojos, pero el *Rottenführer* se encogió de hombros, despreocupado. Qué importaba un par de *Häftlinge* enfermos. Uno de los enfermeros se había cogido un pequeño hule de goma de una sala de tratamiento y el SDG, *Sanitäter des Gesundheitsamts* (Sanitario del Departamento de Sanidad) y controlador diario del hospital, cuando lo encontró con él, le puso a caer de un burro, le dio un par de bofetadas y se llevó el hule: «Sabotaje».

Sabotaje, si querías conservar la salud, si querías protegerte contra el veneno con el que debías trabajar. Entonces, la leche que se les da en Holanda a los obreros de las fábricas de pintura seguro que era un despilfarro imperdonable. En fin, por la noche un par de enfermos nuevos.

Paul puso cara de preocupación.

Lo mismo al día siguiente. Ahora ya tenía enfermos a siete de los treinta y cinco enfermeros del *Block 9* solo por ese polvo de malaria, pero el trabajo ya se había terminado.

Hans no estaba descontento. Esa fiebre se pasaría, el cuerpo expulsaría otra vez el veneno y los eccemas que le habían salido por todas partes se le descamarían. El reposo le hizo bien. Lo único malo era que no tenía ningún contacto con Friedel. Le había enviado una nota diciendo que no se encontraba muy bien, pero no había recibido respuesta, ya que los muchachos que llevaban la comida al *Block 10* no se atrevieron a dársela, pues acababan de azotar a unos cuantos, y uno, al que habían encontrado notas, fue enviado a Birkenau a una brigada de castigo.

*

Entonces, el quinto día: ¡Alarma! Paul entró en el *Pflegerstube*, el cuarto de los enfermeros: «¡Los, venga, vamos, todos a vestirse, Eile, de prisa! ¡El Lagerarzt está en el Block 19 y puede pasarse por aquí en cualquier momento!».

No sabían bien qué estaba pasando, pero Hans se encontró en el pasillo con Grün, al que se veía muy compungido. «Nos ha estado yendo bien durante demasiado tiempo. Hacía tres semanas que no se pasaba por aquí».

En ese momento, se abrieron las puertas. «Achtung!», gritó el portero.

Grün se llevó a Hans al cuarto de baño mientras oían cómo subía el *Lagerarzt*. Entraron un par de enfermos. Tony Haaksteen, que era el *Scheissmeister*, quería ponerse a insultar ya, pero Grün le hizo un gesto para que se estuviera callado.

—Vienen a esconderse, mentecato.

Grün no pudo reprimir su curiosidad y se llevó a Hans arriba; se deslizaron en la sala con precaución y se colocaron entre los otros enfermeros. Casi todas las camas estaban vacías y los hombres permanecían formados en el pasillo central. El SDG apuntaba los números de aquellos que estaban gravemente enfermos y no podían salir de la cama. Cuando hubo terminado, comenzó la revista.

Era repugnante, sobre todo cuando sabías de qué se trataba. Los pobres esqueletos, las osamentas agotadas de ojos hundidos, el

cuerpo lleno de heridas, estaban completamente desnudos en una fila larga, apoyándose los unos en los otros o agarrándose a las literas. El *Lagerarzt* echaba un vistazo rápido a cada uno y el SDG apuntaba los números de aquellos a los que señalaba, aproximadamente la mitad.

—¿Esto para qué es? —se atrevió a preguntarle al *Lagerarzt* uno de los desgraciados.

—*Halt's Maul*, cierra el pico.

Pero el SDG era algo más complaciente:

—Los débiles se van a otro campo; allí hay un hospital especial.

Los enfermeros que lo oyeron se sonrieron de oreja a oreja entre sí: «Hospital especial, indicado para todos los males».

El *Lagerarzt* había terminado y se marchó escaleras abajo. Hans se asustó: en la sala 3, entre los locos, estaba tumbado Van Lier, el médico en formación. Había sido testarudo y no solo se había quedado en cama por sus heriditas de chichinabo, sino que también se había tumbado entre los locos de la habitación 3 para estar acompañado, porque allí trabajaban dos holandeses: Van Wijk y Eli Polak. Ojalá le hubieran escondido.

Pero cuando el *Lagerarzt* se hubo ido, se encontró a Eli en el pasillo. Tenía la cara de palo:

—Solo pueden quedarse tres alemanes del Reich y han apuntado los números de todos los demás.

—¿También el de Van Lier?

—También el de Van Lier, con los locos.

Fueron a ver a Paul, el *Blockälteste*, por si tal vez podía hacer algo. Paul era un tipo extraño. No era malo, nunca pegaba. Gritaba y amenazaba, en eso se quedaba, pero llevaba demasiado tiempo en el campo como para que le quedase algo de compasión. «Van Lier, él mismo se lo ha buscado, por no haberse esforzado lo suficiente. ¿Por qué a vosotros no os ha pasado nada? Habéis estado trabajando aquí desde el principio y por eso os he puesto con los enfermeros, pero ese haragán...».

Naturalmente, esa no era ninguna argumentación. A fin de cuentas, Van Lier también había sido admitido por el *Lagerarzt* como

enfermero. Si Paul tenía algo contra él, podía echarlo de la cama, o incluso —tenía ese derecho como *Blockälteste*— despedirlo del *Krankenbau*, pero no tendría que haberle dejado que cayera en esa trampa, aunque también los mejores desarrollan un «sentido de la justicia» propio tras años de *Konzentrationslager*. Se vuelven como cabras. *Ein Vogel*, un pájaro, lo llaman en el KZ.

Así, Van Lier se quedó en la lista y se lo llevaron al día siguiente. A las once llegaron los camiones con un aluvión de hombres de las SS como Hans no había visto nunca antes en el *Krankenbau*. Allí estaban el *Lagerführer* con los dos *Rapportführer*, el *Lagerarzt* con el *Sanitäter des Gesundheitsamts*, los conductores de los camiones y muchos otros más.

Gesticulaban, apremiantes, y eran especialmente rudos y gruñones. No, eso seguro que no se parecía en nada al transporte a «un hospital especial», como había dicho el SDG.

El *Blockälteste* cogió una lista con los nombres y números de las víctimas. Debían formar en el mínimo tiempo posible, recibieron un pantalón y un par de sandalias y se los apremió para que subieran a los camiones.

A los enfermos graves que no podían andar los bajaban los enfermeros en angarillas. Si no iban lo suficientemente rápido, los enfermeros recibían una patada, luego los hombres de las SS se hacían cargo del desgraciado y, como un saco de harina, lo lanzaban al interior del camión.

Estas personas no pesaban mucho. Un hombre, en origen un tipo robusto y corpulento, que digamos había pesado ochenta kilos, ahora pesaba cincuenta o cincuenta y dos, y había pobrecillos de estatura normal que no pesaban más de treinta y ocho kilos.

Hay una ley en la dietética que dice que, con el adelgazamiento, el corazón y el cerebro son los órganos que durante más tiempo mantienen su mismo peso. De este modo, la mayoría era muy consciente de lo que ocurría con ellos y seguían teniendo todavía una enorme voluntad de vivir. Muchos lloraban y se quejaban a los enfermeros. Un muchacho de dieciséis años se puso a despotricar a lo bestia. Entonces, llegó un hombre de las SS y lo golpeó con su cinturón. El joven se puso a gritar aún más fuerte y el hombre de las

SS volvió a golpearlo con más fuerza. La pedagogía alemana, sin embargo, no servía de nada.

¿Han visto ustedes alguna vez a un hombre borracho dando una patada a un perro que está ladrando? El perro se pone a ladrar más fuerte y, aunque el hombre esté borracho, percibe esos ladridos, con toda la razón, como una acusación contra su brutalidad. El hombre no es capaz del sentimiento consciente del «arrepentimiento», pero la acusación despierta en él sentimientos desagradables que enmascara mediante un comportamiento cada vez más brutal. Patear más fuerte, ladrar más fuerte, hasta que al final mata al perro a patadas. De este modo, al menos, ya no puede seguir acusando más al hombre.

Así golpeaba también el hombre de las SS, cada vez con más fuerza, y el niño gritaba cada vez más alto. Al final, cogió al chiquillo y lo lanzó al camión como una pelota. Entonces, se hizo el silencio.

Hans estaba en el pasillo de abajo, ante la puerta de la Sala 1, y pensaba. No, nunca se podría educar a estas «personas» para que llegaran a sentir un arrepentimiento sincero en el caso de que alguna vez se les exigiera una rendición de cuentas. El «justo castigo» solo despertaría en ellos un mayor odio y, aunque simularan «mejora», conspirarían otra vez tan pronto como se los soltara de nuevo entre la humanidad. Para ellos, en el futuro solo podría haber un castigo: la muerte, para proteger a la nueva sociedad.

Hans se clavó las uñas en la carne para contenerse. La protesta, incluso la muestra de compasión, significaría un suicidio inútil. En una de las selecciones anteriores, un enfermero había ido a ayudar a uno de los desgraciados, pero al hombre de las SS que estaba vigilando no le pareció bien que todo el discurrir del asunto se retrasara por una pequeña venda de nada. El enfermero protestó. El *Lagerarzt* acudió, apuntó el número del enfermero y se lo llevó con los demás en el camión.

Entonces, Van Lier salió al pasillo y se acercó despacio a Hans. Tenía un aspecto deplorable con sus largos brazos agitándose, la cabeza gacha por encima del largo cuerpo escuálido con la camisa

sucia y las sandalias golpeteando. Era como si la muerte, hacia la que iba, ya hubiera entrado en él. Quería hablar con Hans.

Pero Hans ya no tenía ánimos, se sentía desesperado. Sabía lo que le pediría Van Lier, si bien él no sabía qué debería responder. Por eso se dio la vuelta. Fue una huida, una huida cobarde. Se escondió en la Sala 1, detrás de la estufa de mampostería, aunque no pudo reprimir su doliente curiosidad y se asomó a la ventana.

Ya habían terminado, las tapas del camión se habían cerrado, en la parte de atrás había subido un hombre de las SS y el transporte partiría ya hacia Birkenau. Las manos de Hans aferraron con fuerza el alféizar. Oyó cómo los polacos discutían a gritos en sus literas. Habría querido gritar, llevado por la vaga sensación de que alguien debería oír su grito y acudir corriendo en su ayuda, pero no le salió ningún sonido por la boca. Las lágrimas le brotaron en silencio y entonces alguien lo rodeó con un brazo. Era Zimmer, el polaco gordo de Posen.

—Bueno, muchacho, ya no volverán a quejarse más. Para ellos ya se ha cantado la última elegía.

Hans se estremeció y el hombre lo percibió.

—Vamos, tienes que ser más valiente. Tu situación es muy distinta. Te va bastante bien aquí con nosotros en la sala. Eres joven y fuerte y sabes que el médico jefe te aprecia.

—Usted tiene razón, Zimmer. Tampoco es por mí, sino por esas personas que van tan calladas al matadero.

Zimmer sonrió un poco.

—Miles, millones ya se han ido así. ¿Has llorado entonces? Solo ahora que lo tienes delante de tus narices te desquicias. Pero no te culpo, oye. Has visto tan poco todavía... Cuando los alemanes entraron en nuestro país, en 1939, se metieron en las casas de los judíos. A los hombres se los condujo como ganado para ser transportados a los campos de trabajo y violaron a las mujeres. La contaminación racial no importaba en absoluto por aquel entonces. Yo he visto cómo cogían a los niños pequeños por los pies y les destrozaban la cabeza golpeándosela contra un árbol o una puerta. Esa era la moda entonces. Cada año parece que las SS sacan una moda nueva. En 1940, la moda era partir a los niños literalmente en

dos. En 1941, cogían una cubeta de agua y metían dentro la cabeza del niño, y así ahogaban a los pobrecitos en diez centímetros de agua. Últimamente se han calmado un poco. Ahora liquidan a los judíos con gas, los campos son ahora sanatorios comparados con lo que eran hace un par de años, porque ahora exterminan a las personas de manera mucho más sistemática.

—¿Entonces han sucedido muchas cosas en su tierra?

—No me hables de eso, muchacho. Nosotros, los polacos, nosotros conocemos a los alemanes. Siempre han arremetido contra nosotros, una y otra vez; siempre han dividido nuestro país y se han anexionado los mejores territorios una y otra vez. Posen, Poznan en polaco; Danzig, Gdansk, y Stettin, los pedazos más bellos de Polonia se los están zampando ahora otra vez. Pero no importa dónde fijen ahora sus fronteras. Si ganaran la guerra, toda Polonia sería su esclava. Lo que pasa es que van a perderla y, entonces, se nos hará justicia.

Así fue como distrajo a Hans de los terribles acontecimientos que se habían producido esa mañana.

*

Entre tanto, había *Kesselkommando* y los cinco bloques del hospital debían llevar ahora por turnos el potaje durante una semana al *Block* 10. Esta semana le tocaba al *Block* 9.

Hans llevaba una marmita junto con Majzel, el tranquilo y simplón médico belga que también tenía a su esposa en el *Block* 10.

A la mayoría de los enfermeros les gustaba ir al *Block* 10. Muchos tenían allí una novia, pero también quien no conociera a nadie quería estar un par de segundos entre mujeres y, por eso, se convertía en una carrera frenética el ir de la cocina al *Block* 10, porque las cuatro parejas que llegaran primero podían entregar allí su potaje, mientras que los demás tenían que ir al bloque 9 de los hombres.

A eso se añadía que Hans y Majzel siempre buscaban una marmita pesada. Veían como una traición lo que hacían otros muchos que querían ir a ver a las mujeres y buscaban una marmita pequeña, con lo que perjudicaban a esas mismas mujeres llevándoles menos potaje.

Pero eso no importaba nada en absoluto, porque tenían otro objetivo distinto que el de una novia. Eran más capaces que los otros de realizar el máximo esfuerzo. Y si Majzel, que era diez años mayor que Hans, a veces tenía dificultades para avanzar, tomaban la marmita por los palos de tal manera que el mayor peso se apoyara en el lado de Hans, porque él era fuerte y tenía un intenso tesón. Así llegaban casi siempre los primeros con su marmita.

Friedel estaba esperando ya en el pasillo. La portera, la bruja, ya los conocía un poco y despotricaba algo menos que antes. Friedel reía y le ponía la mano a Hans en el pecho.

—Chico tonto, mira que esforzarte tanto... Cómo te late el corazón, te va a dar algo.

—Da gracias a que esté latiendo todavía.

Y en seguida volvía a sentir una punzada de intenso dolor por lo que había visto esa mañana. Intentaba no hablar del asunto, pero ella ya lo había presentido. Después de todo, también habían visto a través de las ventanas todo lo que había pasado.

—¿Qué tal les va a los hombres de las chicas de aquí?

—Miel Boekbinder está bien, Heini y Günther también, pero a un tal Geitenman se lo han llevado del *Block* 19.

—Dios mío, ¿¡qué voy a decirle!?. Ha estado toda la mañana yendo de acá para allá como una loca. Tenían mucho miedo porque él estaba muy mal. Sin embargo, no se atrevía a pensarlo. Aquí hay incluso un paquetito de pan que me ha dado para él.

A Hans le pareció lo mejor hacer como si todo estuviera en orden y así podrían decirle dentro de un par de días que se había ido de repente, trasladado a otro campo. En cualquier caso, no podía saber que se había ido con la selección de hoy.

—Esa pobre niña, esta semana Samuel le ha puesto también las manos encima. Ha sufrido mucho dolor y ha sangrado una barbaridad. ¿Podrías conseguir un poco de algodón o de celulosa? Aquí me resulta imposible tener lo suficiente si siguen haciendo tantas pruebas como en la última semana.

Por allí venía Bettie, la mujer de Miel. Llevaba dos paquetitos, uno para Miel y otro para Heini Spittel, de su mujer.

—¿No hay cartas dentro? —preguntó Hans. Que te pillaran con un paquete de pan, todavía podía pasar, más si eras capaz de demostrar que era de una mujer para su marido, pero las cartas, eso sí que no.

—En mi paquete hay una carta.

—Sácala entonces ahora mismo, la esconderé mejor entre la ropa. —Hans empezó a ponerse nervioso, porque la portera ya había echado a casi todos los hombres y le habría gustado discutir

un par de cosas más con Friedel, pero estos líos de los paquetes costaban siempre mucho tiempo. Friedel vio que se estaba impacientando.

—Déjalas, al fin y al cabo eres la única oportunidad de que estén en contacto con sus maridos.

Pero antes de que hubiera podido responderle, la portera lo había descubierto, aunque se había escondido un poco entre las mujeres.

—Pareces un loco, oye —empezó con su habitual retahíla de insultos. Él quiso ahorrarse la posterior riña y le dio un beso fugaz a Friedel, aunque eso no era algo que fuera a aceptar Friedel, y lo agarró para despedirse al menos como es debido.

De repente, se abrió una puerta en algún sitio. Una mujer grande y gorda apareció, como salida de una pescadería, aunque sin la sana lozanía de una pescadera holandesa. Greñas de un sucio rubio claro, una cara redonda y pálida que ofrecían un contraste asqueroso con los labios pintados de color rojo encendido. Estaba en avanzado estado de gestación y eso le confería un aspecto desfigurado dentro del uniforme, que le quedaba muy mal. «Was ist hier los, ihr Dreckhuren?!» (¿Qué está pasando aquí, putas asquerosas?!)

Era una farsa que esa mujer, esa *Ehrenbraut*, como se referían los holandeses a las putas nazis, llamara «putas» a su Friedel y al resto de las mujeres que le daban el pan que se habían quitado de la boca para sus maridos. Pero el palo, con el que jugaba descuidada, no era ninguna farsa, y por eso Hans se deslizó por delante de la *Frau Aufseherin*, utilizando a las mujeres como parapeto. Mantuvo los paquetes ocultos debajo de la ropa y respiró con alivio cuando estuvo de nuevo en el *Block 9*, ya que esto había podido acabar mal.

*

En el *Block 9* ya se habían repartido las marmitas de potaje por los diferentes cuartos y salas. En los dormitorios pequeños de abajo —«pequeños» quiere decir: cincuenta enfermos por dormitorio—, a los pacientes se les permitía quedarse en cama. Los enfermeros iban distribuyendo por allí el potaje.

Janus estaba junto a la marmita y servía: un litro por persona. Hans distribuía las escudillas rojas de hojalata. Había varios que no querían y comían sobre todo de sus paquetes, así que sobraba potaje, por lo que Hans pudo llenar una escudilla con dos litros y fue con ella arriba para darle un poco a un compatriota.

Arriba, la cosa era diferente: los enfermos estaban de pie en largas filas con una escudilla en la mano para recibir su cucharada junto a la marmita. Solo los enfermos más graves podían quedarse en cama y a estos les llevaban la comida los *Stubendiensten*, asistentes de sala.

Los señores enfermeros eran demasiado vagos como para mantener limpia la sala y llevarles la comida a los enfermos, de manera que se había buscado para esta tarea a un par de enfermos leves. A todo el mundo le gustaba realizar ese trabajo, porque así recibías un litro de potaje extra al día y no te expulsaban del hospital para colocarte en una brigada del exterior. Naturalmente, era peligroso. Si el *Lagerarzt* venía para buscar «musulmanes», los *Stubendiensten* debían esconderse entonces en el cuarto de baño o en el desván.

Cuando Hans llegó a la sala con su escudilla de potaje, empezaron a gritarle desde diversos lados: «Enfermero, dame un poco de potaje». Sacaban el pan del día anterior y la margarina atesorada para comprarle el potaje.

Había bastantes enfermeros que se inmiscuían. En el campo había todo un mercado negro con precios bastante fijos incluso. Un litro de potaje equivalía a media porción de pan o a una porción entera de margarina. Así, los enfermeros y los *Stubendiensten* cambiaban todos los días cinco litros o más de potaje por una clase mejor de alimentos. Había incluso médicos que hacían contrabando con los platos de potaje para recibir a cambio margarina. Si se los pillaba, tendrían que levantar el vuelo del *Krankenbau*, pero no se dejaban pillar. Hans no participaba en ese comercio y tal vez eso no fuera ningún mérito, ya que él no lo necesitaba tanto.

Cuando regresó abajo, Zimmer lo llamó aparte y le puso un paquete en la mano. «Hoy ha llegado el paquete de esta semana».

Hans debía desaparecer a toda prisa con su paquete. Los otros polacos no podían verlo, porque se burlarían de Zimmer si lo vieran. Lo abrió en un rincón del cuarto de enfermeros y se encontró con dos manzanas, una porción de bizcocho y un trozo de tocino. Se comió allí mismo una manzana y un trozo de bizcocho, ya que el resto sería para Friedel. Lo escondió debajo de su jergón. Después, lo de siempre: a lavar escudillas y a barrer la sala. Kuczemba, el conserje, gritó. Había que sacar pan y necesitaba a un par de muchachos robustos: ciento veinte panes, lo que hacen ciento setenta kilos, en un arnés. Luego, otra vez el *Kesselkommando*: el té de la tarde y, además, una reprimenda de Paul: «Du Dreckhund, sucio perro, ¿no ves que se ha caído el té en la escalera exterior?». La escalera exterior formaba parte de uno de los cometidos de Hans. «Algo así es un trabajo honorífico. La escalera es la tarjeta de visita de nuestro *Block*, de manera que debes esforzarte por salvaguardar el honor de nuestro *Block*. Ve a fregarla rápido. Y a base de bien, échale un par de cubos de agua y luego hay que pasar la escoba. Sí, ya lo sabes».

Desde luego que Hans lo sabía muy bien. Corrió como un poseso por el pasillo con los cubos de agua y armó el máximo follón posible

para mostrar a todo el mundo lo duro que estaba trabajando, así evitó que alguno de todos sus jefes lo reservara para la siguiente tarea, y pudo colarse por un instante en la sala 3, cuando la acera fregada estuvo seca.

Era la sección de los locos, donde Eli Polak era el doctor. Eli estaba sentado a la mesa en su rincón, dormitando. Siempre se encontraba un poco deprimido y no parecía especialmente fuerte. Aunque solo tenía treinta y cinco años y era de constitución robusta, solía tener el aspecto de un hombre viejo y agotado, al que todo le resultaba demasiado.

Era comprensible. Tres semanas después de su llegada a Auschwitz se había enterado ya de que, nada más llegar de Holanda, a su mujer con el niño —como a todas las mujeres con niños pequeños— la habían trasladado a Birkenau y se los habían «ventilado».

—¿Sabes? —empezó a decirle a Hans—, yo estaba en mi fila. Cargaron a mi mujer en el camión y creo que cuando la subieron se desmayó. Creo que de una u otra manera comprendió lo que iba a suceder.

—No digas tonterías —le respondió Hans con un bufido. Se sentía incapaz de consolar a Eli y, en una situación así, una persona oculta su recato tras la grosería—. ¿Qué iba a notar ella? Y luego sabes muy bien que habrían ido al crematorio de todas las formas, se hubiera desmayado o no.

Entonces empezó Walter:

—En el nombre del Führer yo, Walter, he sido elegido como enviado eterno del reino milenario en la Luna. Soy el soberano de todas las estrellas y planetas. Mi hermana me ha dado tres Reichsmark y con ellos he conseguido mantener bajo mi control económico el conglomerado industrial Hermann Goering. Con nuestras armas nuevas he conseguido mantener subyugado bajo mis pies al universo y, en nombre de la trinidad Hitler, Goebbels y Goering he sido nombrado estatúder de las grandes provincias. Mi poder es ilimitado. El Führer ordena. Todos los locos de la sala están celebrando ahora unas elecciones libres. Elegid, elegid, elegid. Tú primero; tú, haragán; tú, dormilón eterno, opta por el

bienestar de nuestro Gran Imperio Germánico. Tú, maldito demócrata, ¿quieres despertarte ya de una vez?

Zarandeo al pobre imbécil que compartía la cama con él y lo golpeó fuertemente en la cabeza. El hombre se incorporó y gruñó algo ininteligible.

—Millones, miles de millones marchan bajo nuestros pendones. Nuestra sangre fecunda a la eterna Diosa de la Verdad y ella da a luz al Líder que nos llevará al mayor imperio de perfección. Mis hijos son los gusanos de la sangre y el suelo, con sus excrementos fecundan la tierra que produce el grano con el que podremos resistir el bloqueo de Inglaterra. Tú, perro asqueroso e incrédulo. Levantad. Marchad en nuestras filas. *Judenblut spritzt vom Messer*, la sangre judía sale salpicando del cuchillo. Ahora todo nos va bien. ¡Marchad!

Y volvió a patear y a golpear al pobre estúpido pelón que, implorando en su miedo, alzaba las manos hacia Walter. Eli se había acercado e intentaba calmarlo.

—Por supuesto, Walter, mañana será la parada militar, pero hoy tienes que irte a dormir.

—Nunca dormiré, doctor, soy Sigfrido, custodio a la virgen eterna Brunilda, que dormita en la taberna con el dragón, el padre del Führer. Soy el guardia personal de la sangre marrón. Soy el pendón del triunfo. ¡Hurra, hurra! Soy el hijo de Germania. Nuestras columnas marchan. ¡Marchad, marchad!

Había saltado de la cama y marchaba, vociferando de éxtasis, arriba y abajo por la sala. Todos los locos estaban trastornados por la sugestión de Walter como agitador. Estaban sentados al borde de sus camas y agitaban brazos y piernas. Los tristes idiotas, cuyos días transcurrían en una perfecta calma chicha por lo demás, cantaban ahora de forma ininteligible canciones inarticuladas.

Un hombre hidrocéfalo llevaba el compás con su escudilla, con una sonrisa de felicidad rodeándole los ojos velados por las cataratas que se le salían por su terrible hidrocefalia.

Walter marchaba y Eli iba tras él.

—Yo soy el jefe, yo soy el apóstol, yo soy el Führer de todo el manicomio.

—Es cierto —dijo Hans.

De repente, un rugido que acalló todo el tumulto. «*Herrgott Sakrament, verflucht noch einmal*, ¡por los clavos de Cristo, maldita sea!, ¿qué está pasando aquí?». Era Paul que, alarmado por el alboroto, había acudido a ver qué pasaba.

Ahora se acabó todo de inmediato. Lo cogió a Walter por el cuello y se lo llevó a su cama. Todo el mitin fue atenuándose. «Ponle una inyección, Polak. ¿Qué estás haciendo allí pasmado?».

Eli le puso a Walter su inyección y poco a poco todo fue calmándose. Paul se sentó a la mesa.

—Escuchadme bien, muchachos, no debéis permitir que el desánimo haga presa de vosotros tan rápido. Yo ya llevo diez años en este manicomio. ¿Debo entonces dejarme chafar por un loco así que se imagina que es el Führer? Ni siquiera el propio Führer me ha amilanado todavía en estos diez años.

«Achtung!», sonó por todo el edificio. Paul salió corriendo de la habitación, Eli fue a lavar la jeringuilla y Hans cogió una escoba y empezó a barrer, hacendoso. «Bewegung!».

Era el SDG, que estaba haciendo su ronda diaria. Al principio había vociferado mucho, pero últimamente estaba bastante dócil. Zielina había descubierto el motivo de su sensibilidad: cuando entraba ahora en la habitación del *Blockälteste*, siempre encontraba allí una cajetilla de cigarrillos para él. Los polacos la sacrificaban gustosos por turno de sus respectivos paquetes y así se ahorraban engorrosos controles. Podían tener ropa en sus camas, a veces cocinar algo en la estufa grande y cometer muchas más pequeñas faltas. Ya no duraría mucho más, porque pronto iban a trasladar al *Sanitäter des Gesundheitsamts* y entonces vendría uno nuevo. La dirección del campo sabía muy bien que todo vigilante, por muy apasionado que fuera, a la larga acababa integrándose algo con sus presos. Por eso, se trasladaba con regularidad a los centinelas, a los SDG y a todos aquellos que tuvieran contacto frecuente con los presos.

Tres semanas después, el nuevo SDG estaba allí. Era un hombre alto con un bigote rubio. Vino el primer día a echar un vistazo y parecía muy razonable, pero al cabo de un par de días hizo que

salieran de sus camas todos los pacientes de la sala de los polacos.
¿A qué se debería?

Si hubiera sido con los judíos, habrían pensado: una selección, porque la elección de los desdichados se repetía más o menos cada semana. Pero ¿con los polacos?

Hans y el jefe de la sala tuvieron que vaciar todas las camas y abrir todos los paquetes. Apareció de todo: ropa, zapatos, trapos viejos, pan duro y cientos de cosas distintas. Lo lanzaron todo a un montón. Los alimentos de los paquetes podían conservarlos, pero el tabaco y las cosas especiales, como el chocolate y las sardinas, se los metía el SDG en el bolsillo.

Entre tanto, realizó controles aleatorios, miró bajo los jergones para comprobar si se había sacado todo y controló a los pacientes. Quien llevaba puesto algo más que una sola camisa, debía echarlo al montón y recibía un par de golpes de propina.

Zimmer tenía la cara avinagrada porque le habían enviado un fabuloso jersey de lana de oveja y un par de botines en el doble fondo de un paquete. Ahora lo perdería todo. Ya era invierno y un día de estos tal vez tuviera que participar en una brigada de trabajo.

La ropa y el resto de los objetos fueron empaquetados en mantas y el SDG dijo que todo debía ir al cuarto del *Blockälteste*. Estaba empezando a contar los bultos, cuando sonó un disparo en la calle. El SDG fue al otro lado de la sala para mirar por la ventana y Hans no dejó escapar su oportunidad: salió deslizándose por la puerta con un fardo debajo de cada brazo.

Cuando regresó, el SDG estaba con los fardos y Hans se adelantó:

—Ya me he llevado un fardo.

—Bien, quedan cinco todavía.

Hans fue cinco veces y el SDG tuvo mucho cuidado de que no desapareciera nada de los fardos. Cuando todo estuvo en el cuarto del *Blockälteste*, cerró la puerta con llave y se la llevó. Más tarde haría que fueran a recogerlo todo, pero para entonces el jersey y los botines de Zimmer, además de las mejores cosas, estaban en el desván.

Por la noche, Hans era rico. Zimmer le había dado media libra de tocino después de recuperar sus cosas. Así sin más, en público, y los otros de los que Hans había rescatado algo no se atrevieron a ser menos. Tocino, azúcar, manzanas, pan blanco y aún más. Se encontraba radiante cuando estuvo junto a la ventana del *Block 10*, contándole a Friedel sus aventuras.

—Mañana te traeré algo.

—Quédate con lo suficiente para ti.

—Desde luego.

Pero él sabía que le daría a ella la mayor parte porque, al verla ante la ventana, la oía toser y ella ya había pedido un remedio contra la tos. Además, él le había pedido que se tomara la temperatura y ella lo había hecho un par de noches. 37,3; 37,5 en la axila. «Carece de importancia», le dijo.

Pero Hans tenía miedo. Ya había advertido al nuevo enemigo: la tuberculosis. La combatiría y cuidaría de ella. Le enviaría comida, eso era todo lo que podía hacer, pero lo haría. Cuando estaba en la cama recordándolo, cómo le había tomado el pelo al SDG, se sentía contento. Descendió una tranquilidad sobre él como nunca había conocido y se quedó dormido sonriendo.

*

Una mañana, el *Blockälteste* llamó a Hans: «Van Dam, tienes que ir a la Cuarentena».

Hans se asustó, pensaba que iban a volver a echarlo del *Krankenbau*, pero Zielina, que estaba al lado, se rio y lo tranquilizó: «En la Cuarentena hay escarlatina y ahora necesitan un doctor allí. No permiten que los enfermos ingresen en el *Krankenbau* ni tampoco pueden ir por la noche al ambulatorio grande a que los venden, por eso tenemos que enviar a un médico para hacer todo el trabajo *in situ*».

Una hora más tarde, Hans llegaba a la Cuarentena y lo llevaron ante el *Blockälteste*, que lo recibió con una sonrisa irónica: «Vaya, este es el señor doctor. Así que usted ahora es el jefe aquí. Bueno, estará bien».

Se llevó a Hans a una de las salas y en un rincón había un pequeño apartado, tapado con mantas, tras las que se encontraba una litera de tres alturas con colchones y almohadas sencillos. En la de abajo dormía el veterano de la sala y encima de él el escribiente de la sala. La litera de arriba era para Hans.

El veterano de la sala le dio un par de indicaciones sobre cómo tenía que comportarse aquí, en el bloque de la Cuarentena. Debía estar tranquilo y, sobre todo, no agobiarse.

Ojalá hubiera hecho más caso de ese consejo, porque todo habría salido mejor, pero desde el primer momento empezó a exigir todas las medidas que le parecían necesarias tan diligente y

minuciosamente como fuera posible. En la puerta de cada sala debía haber una fuente con una solución desinfectante para poder lavarse las manos. Cada mañana todo el mundo debía pasar un control médico para descubrir lo más rápido posible los nuevos casos de escarlatina. Cada noche debía realizarse una consulta ambulatoria. Había que desalojar una sala pequeña para los enfermos que, conforme a las instrucciones, no podían ser trasladados al *Krankenbau* y para los casos dudosos de escarlatina. Un par de médicos franceses, que estaban en cuarentena, ayudarían a Hans. Cuando presentó la lista de deseos al *Blockälteste*, esbozó de nuevo esa sonrisa irónica: «Todo se arreglará, señor doctor».

Hans estaba en danza durante todo el día con todas esas medidas que en ningún caso llegaron a ser puestas en práctica. No había fuentes para desinfectante, la farmacia del *Krankenbau* se negaba a entregar medicamentos a un bloque que no fuera el hospital y el *Blockälteste* no tenía sitio para una pequeña sala de enfermos; después de todo, en su *Block* había mil doscientas personas y ya tenían que compartir tres una sola cama.

Pero Hans sentía que se trataba más de un obstruccionismo deliberado que de la imposibilidad de poner en práctica las medidas. Por lo demás, eso era algo que también decía Heinrich, el veterano de la sala con quien dormía Hans, que llevaba un triángulo morado junto al número en el pecho, la señal de los estudiosos de la Biblia. Todas las noches había una pequeña asamblea y, entonces, se reunían todos los estudiosos de la Biblia con Heinrich. No eran muchos, en todo Auschwitz cinco o seis, pero en otro tiempo había sido distinto, contaba Heinrich.

En Alemania habían sido detenidos sistemáticamente todos aquellos que demostraban la maldad del nazismo y que presagiaban su perdición basándose en la Biblia: los «Testigos de Jehová». Lo mismo ocurría con aquellos que creían en otras profecías, como el significado mágico de las pirámides o los presagios ocultos en Stonehenge, y las profecías de Nostradamus.

Una vez llegaron a reunir incluso a ochocientos en Dachau. El *Lagerführer* les hizo formar a todos en el patio de armas y preguntó:

«¿Quién cree todavía en la verdad de las profecías bíblicas?». Se alzaron todas las manos y los hombres de asalto seleccionaron a diez personas al azar que fueron abatidas a tiros allí mismo. Luego, otra vez: «¿Quién cree todavía...?». Todas las manos volvieron a alzarse y volvieron a caer otras diez víctimas.

Continuó así, pero en cada ronda de esa danza macabra había más indecisos, se alzaban menos brazos y, a la larga, solo quedaron «conversos», pero no hasta que hubieron caído un par de cientos de los mejores.

Esos estudiosos de la Biblia a veces eran muy pesados, porque para todo lo que decías, para todo lo que ocurría, tenían preparada una palabra bíblica viniera o no a cuento. Pero eran honrados, tenían las mejores intenciones para contigo y sabían cómo funcionaba el campo. «Ten cuidado, muchacho», le advirtió Heinrich a Hans. «No los molestes demasiado con todas tus reglas, porque de lo contrario te granjearás las mayores complicaciones».

Un par de días después, llegó el doctor de las SS. Se puso a vociferar terriblemente y reprendió a Hans por no haber tomado todo tipo de precauciones para evitar una epidemia. Fue estúpido por su parte ser demasiado honesto como para responderle que él sí que había ordenado todas esas medidas, pero que solo había encontrado oposición por parte del *Blockälteste*. Ahora, el *Blockälteste* le tenía atravesado por completo, al pensar que había sido el miedo de Hans lo que había impedido que le dijera la verdad al *Lagerarzt*.

El único del que recibía ayuda Hans era un joven colega checo. Había entrado en el campo por homosexual, pero como no era judío y, siendo checo, era capaz de hablar polaco con el *Blockälteste*, podía hacer alguna vez algo. Ivar se convirtió en un buen camarada para Hans y le contó cómo había obtenido el triángulo rosa.

—Un hombre del partido en Praga tenía una deuda antigua conmigo. Cuando le insistí para que me la pagara, me puso en manos de la Gestapo, testificando que me había sorprendido manteniendo relaciones homosexuales. Bueno, sí, Hans, ya sabes cómo funciona la jurisprudencia alemana. Nunca he reconocido

nada y nunca se pudo demostrar nada, pero el testimonio de un testigo nazi cuenta más que la mejor coartada. Habría podido demostrar que el día del «delito» ni siquiera estaba en Praga, pero simplemente no se te ofrece ninguna posibilidad de demostrarlo.

Esos procedimientos legales alemanes los sufrió Hans al día siguiente. Estaba atareado arriba, en un rincón del desván donde yacían sobre un sucio montón de paja diez enfermos desgraciados, cuando sonó el gong para el recuento. Como transcurría por lo menos media hora desde que sonaba el gong hasta la llegada del hombre de las SS, el veterano de la sala subió para avisarlos, pero cuando Hans bajó un poco más tarde, el recuento no había cuadrado. El *Blockälteste* había intervenido y, al entrar Hans en la sala, arremetió contra él como un poseso. «Cholera...» y otros cien insultos polacos más.

Hans intentó aclarar el asunto, disculparse, pero el *Blockälteste* se iba excitando cada vez más y le dio un par de puñetazos en el rostro de improviso. La sangre le brotó de la nariz y sus gafas se hicieron añicos en el suelo.

Pero peor que las gafas rotas y la nariz torcida —porque el tabique nasal se había roto al instante— fue que ahora era un hombre que había perdido toda la dignidad en esta Cuarentena. Todos los encargados de sala y sus ayudantes, los escribientes y los limpiadores, se reían de él. Nadie lo escuchaba ya.

Por la noche, estuvo hablando del asunto con Krutkow, uno de los pocos rusos que sabían algo de alemán. Había sido el jefe de un *koljós*, una explotación agrícola colectiva con unos dos mil quinientos trabajadores. Cuando los alemanes llegaron, todos se habían negado a seguir trabajando y muchos fueron fusilados allí mismo. Él estaba aquí en el campo con un par de cientos de sus hombres.

Todos llevaban un triángulo negro: «Inadaptados, perezosos». Imagínate, personas que han trabajado durante toda su vida como mulas, que habían creado una fabulosa explotación agrícola partiendo de sus chabolas con campos de barro; personas que

también sabían mejor que nadie en el mundo lo que significaba la comunidad, la comunidad de obreros y campesinos, y trabajar para esa comunidad, eran tachados aquí y ahora de inadaptados. ¿De qué dependía la clase de triángulo que llevabas en el campo, el tipo de estima de que gozabas aquí?

—Mira a tu alrededor qué clase de personas hay aquí —continuó el ruso—. La mayoría son polacos, con esos triángulos rojos con una P dentro, presos políticos, pero te garantizo que el noventa por ciento son estraperlistas, o que sus acciones políticas a lo sumo son estupideces que han dicho cuando estaban borrachos. Los alemanes con un triángulo rojo son más a menudo auténticos presos políticos y algunos llevan ya diez años, pero aquí no hay muchos. La mayoría, por lo demás, ha muerto ya. Luego tienes a los rusos que, como acababa de contarte, tienen un triángulo negro en su mayoría. En realidad, estos sí que son presos políticos, porque su negativa a trabajar era una acción política. La peor gentuza suele llevar el triángulo verde. Si el triángulo está con la punta hacia arriba, son los BV, *Berufsverbrecher*, criminales profesionales; la punta hacia abajo significa criminales ocasionales y en los campos pueden desempeñar la función de grandes señores. Algunos de ellos llevan en su conciencia, como *Lagerältesten*, la muerte de sus compañeros prisioneros. Sin embargo, eso es también muy arbitrario. Conocí a un alemán de Colonia que en 1936 estuvo esparciendo panfletos políticos por todo el país, desde luego antinazis, con un avión. Lo atraparon y se demostró que, para imprimir los panfletos, había aceptado dinero de una organización ilegal, lo que los llevó a asignarle un triángulo verde de delincuente. Si los hubiera imprimido con su propio dinero, se habría convertido en un triángulo rojo.

Entre tanto, ya se había hecho de noche y Hans debía subir un momento a echar un vistazo al desván, que era un espacio grande con trescientos hombres durmiendo sobre el suelo de cemento. Todos eran judíos y un par de días antes habían pillado a uno orinando en una escudilla, porque tenía una enfermedad de la vejiga y no podía contenerse durante tanto tiempo, cuando a veces no se

les permitía salir durante medio día. Por eso, un amigo del Bloque de Trabajo le había traído una escudilla aparte, pero esas excusas no se aceptaban. Lo molieron a palos y, como siempre, si un judío ha hecho algo mal, todos los judíos son cerdos. El *Blockälteste* aprovechó la oportunidad para llevárselos a todos al desván y así dejar más espacio en las salas para los polacos, que ahora debían compartir a lo sumo una cama entre dos.

En el desván había un terrible desorden: un suelo de cemento sin pulir, el tejado tenía goteras y dos pequeños ventanucos debían procurar aire fresco para trescientas personas. Los hombres estaban tumbados en el suelo con sus trajes de lino y una manta para cada dos. Durante el día se apiñaban en un par de vigas o debían quedarse en pie, porque no había ni mesas ni sillas. Así llevaban viviendo ya cinco semanas, porque no podían salir del *Block* debido a la escarlatina.

En un rincón cerrado con tablas yacían apelmazados los enfermos de todo el *Block*. Estaba terriblemente asqueroso. Sin embargo, había una ventaja, porque no te pisoteaban los cientos que iban arrastrando los pies de un lado a otro del desván. Pero si un polaco o un ruso enfermaba, se abrían toda clase de posibilidades. El paciente prefería, desde luego, quedarse en cama en la sala de abajo a tener que ir al asqueroso rincón de los enfermos, pero a los enfermos no se les permitía quedarse en las salas por el peligro de contagio. Nunca podías asegurar con antelación si esas anginas con cuarenta grados de fiebre iban a acabar siendo escarlatina y, entonces, el paciente intrigaba un poco con el veterano de la sala, este hablaba después con el *Blockälteste* y, aunque Hans viniera con órdenes, el enfermo se quedaba donde estaba.

Por supuesto, desde un punto de vista higiénico no debía quedarse en la sala, pero visto desde su lado, era comprensible que el enfermo no quisiera ir al desván, donde no tendría ningún reposo ni ningún aire fresco ni tampoco podría ser tratado como abajo.

No había casi vendas y menos aún medicamentos. En dos días, Hans recibió treinta aspirinas para mil doscientas personas. Y cuántos enfermos no habría entre esta masa apelmazada. Había

costado mucho esfuerzo conseguir esas treinta pastillas, teniendo que dirigirse a Dering, el jefe del *Krankenbau*.

Así estaban las personas en su rincón. Varios tenían fiebre alta y no podían comer durante días por el dolor de garganta. Desde luego, había una cocina dietética en el *Krankenbau*, pero debías tener una nota del *Blockälteste* y este no tenía tiempo. Sin embargo, fue muy estúpido por parte de Hans quejarse al día siguiente a Dering de la situación en el *Block* y de los golpes del *Blockälteste*.

Primero Dering se puso a vociferar terriblemente que era una vergüenza, una ofensa para todo el *Krankenbau* que un *Blockälteste* golpeará a un médico, pero luego llegó el propio *Blockälteste*, estuvieron hablando algo en polaco y Dering se calmó. Estudiaría el asunto con más detalle.

Una hora después, Hans fue llamado a su presencia: «Veo que no tienes el tacto suficiente como para manejar la situación. Regresarás al *Block* donde estuviste trabajando».



Cuando regresó al *Block 9*, ya se habían enterado los demás. Zielina, el médico jefe, se rio de él por haberse dejado tomar el pelo.

Hans fue a ver a Valentin, el jefe del ambulatorio:

—Y has tenido suerte, porque Dering te habría podido denunciar de inmediato al *Lagerarzt* y entonces habrías entrado a trabajar directamente en una mina de carbón. Bueno, o te liquidarían ya hoy o la semana que viene.

—¿A qué se refiere?

—Ah, naturalmente, que todavía estás en las nubes, alma de cántaro. ¿No has oído hablar del *Pflegerabbau* (la desintegración de enfermeros), uy, perdón, del *Pflegertransport* (el traslado de enfermeros)?

—¿Qué es eso?

—La semana que viene deben ir sesenta enfermeros a Buna. Según se dice, van a levantar allí un hospital nuevo.

—Pero eso no es tan grave —le pareció a Hans.

—Muchacho, qué ingenuo eres —se mofó Valentin—. Se dice que van a Buna como enfermeros y médicos, pero ya verás como no llega ni uno al *Krankenbau* o, si llega, será como paciente después de haberse deslomado trabajando antes.

Eso no tenía buena pinta. Hans llevaba todavía relativamente poco tiempo en el campo y no iban a mandar a aquellos que ya llevaran mucho más tiempo que él. Por la noche, habló de la situación con Eli Polak y con Klempfner, un colega checo de la sala

de arriba. Klempfner llevaba ya cuatro años en distintos campos y se conocía la situación al dedillo.

—No te preocupes —dijo—. Tienen que ir diez de este *Block*, pero ya verás como vosotros no vais a estar entre esos diez.

—¿Cómo lo sabes?

—Zielina es el que hace la lista y a vosotros os tiene en gran estima.

—Bueno, a mí no me tendrá ahora en tan gran estima, tras ese papelón que he hecho en el *Block* de Cuarentena —se burló Hans.

—No digas eso, no has hecho ningún papelón en absoluto. Naturalmente, has sido demasiado honesto y estás lleno de escrúpulos. Has querido salir en defensa de los enfermos y por eso has disgustado al señor *Blockälteste*, porque eso era algo que le procuraba demasiado trabajo. Pero Zielina es un buen tipo y comprende muy bien cómo están las cosas. Tampoco puedes medir a todos los polacos por el mismo rasero.

Klempfner había tenido razón. Un par de días después, Zielina le dijo oficiosamente a Hans que todo estaba arreglado; les mantendría a él y a Eli, porque los holandeses le parecían gente maja. Sin embargo, entre los holandeses también hubo víctimas: Tony Haaksteen y Gerard van Wijk. Era comprensible que Zielina no pudiera mantenerlos, ya que no eran doctores de verdad y eran los que menos tiempo llevaban en el campo. Tony no se encontraba entre los más populares; era nervioso, les gritaba mucho a los pacientes y solía tener conflictos con otros enfermeros. Lo de Gerard lo lamentó mucho Hans, pues era un muchacho dulce e inteligente, bastante blando, y ya había escupido sangre un par de veces.

—¿Qué van a hacer con nosotros? —preguntaba Gerard.

—Bueno, pues vais a ir al hospital nuevo que hay allí.

Hans no se creía lo que decía, pero de qué serviría preocupar aún más a ese pobre hombre.

Los enfermeros partieron un miércoles. Se habían bañado y llevaban «ropa nueva», lo que resultaba una mala señal, porque los

enfermeros o los médicos que realmente seguían en su «oficio» no necesitaban cambiar sus trajes limpios por harapos.

El jueves al mediodía, cuando Hans llegó con una marmita de potaje al *Block* 10, se percibía allí un ligero pánico. Se habían llevado al profesor Samuel por la mañana, mientras estaba trabajando, por orden del *Standortarzt* Eduard Wirths, el doctor de las SS, que estaba por encima de todos los *Lagerärzten* de todo el distrito de Auschwitz. Corría el rumor de que debía ir a Birkenau con el fin de buscar nuevo material femenino para las pruebas. Las chicas creían que las antiguas residentes del *Block* irían a parar entonces a las brigadas exteriores. Ya se habían sometido a las pruebas y el resultado sería que reventarían en una cantera de grava.

Hans creía estar enterado de todo. Tranquilizó a Friedel:

—Desde hace un par de semanas existe un conflicto entre Samuel y Clauberg. Samuel parece que quiere seguir protegiendo al personal y ha preguntado al *Standortarzt* si puede liberar de las pruebas de Clauberg a cuarenta mujeres «encomiables» que trabajaban en el *Block* y que ya estaban en su lista.

—Eso sí que puede ser cierto —dijo Friedel—. Se intriga tanto aquí... Brewda ha tenido ayer una pelea enorme con Sylvia, la asistente de Clauberg, una guarra. Ya había dicho hace un mes que al personal también le iba a llegar su turno. Como semejantes tipejas llevan ya dos o tres años en el campo y han conseguido poder, se olvidan de que ellas también son presas.

—¿Quién es Brewda? —preguntó Hans.

—Es nuestra actual *Blockälteste*. Es médico, pero sabotea las pruebas en cuanto puede.

Hans subió a la planta de arriba del *Block* 9 para oír el juicio de Klempfner.

—Si se cargan a Samuel en Birkenau, Brewda tampoco permanecerá en su puesto como *Blockälteste* —opinó Klempfner.

—¿Entonces se llevarían al personal también para las pruebas?

—Probablemente, pero ¿es eso tan grave? Mejor que la primera lectura, que Samuel vaya a recoger nuevos conejillos de Indias. Es preferible que te pongan inyecciones a que te envíen a Birkenau.

Esas pruebas no son tan terribles. Desde luego, esas chicas griegas han sido horriblemente maltratadas, pero con los objetos de investigación de Clauberg solo se ha producido un fallecimiento esporádico y un par de casos de peritonitis, y no sabemos nada de los porcentajes de esterilidad.

Hans estaba de acuerdo con Klempfner en lo concerniente a un punto, que cualquier cosa era mejor que Birkenau. Pero no podía compartir su opinión de que las pruebas «no eran tan graves».

—Aunque se les hubiera dañado un solo pelo a esas mujeres, como crimen era igual de execrable que la cirugía más terrible, porque el carácter del crimen no se determina por la gravedad de la prueba, sino por la coacción bajo la que se llevó a cabo. Por lo demás, si la prueba no es grave, no necesitan obligar a ninguna presa. Si quiero iniciar una investigación, puedo encontrar también en cualquier clínica personas que quieran colaborar. Por tanto, el hecho de que cojan a presas es ya una prueba de que algo no es como debería ser. El progreso capitalista suele ir económicamente en detrimento de los trabajadores, pero que la IG-Farbenindustrie quiera desarrollarse a costa de los cadáveres de nuestras mujeres es algo que no podría aprobarse en ningún otro país que no fuera Alemania, ni siquiera en el capitalismo moderno.

—En eso tienes razón —respondió Klempfner—. Es llamativo, en efecto, que los fascistas, para proteger al gran capital, del que son sus instrumentos, suelen remontarse tan a menudo a métodos precapitalistas.

—¿Cómo?

—Toma su maquinaria de poder. Funciona de una manera puramente feudal. Aquí en el campo puedes verlo de forma estilizada. Un campo es una suerte de ducado. El *Lagerälteste* es el señor feudal por la gracia de las SS. Él ejerce su poder otorgando privilegios. Los *Blockältesten* son los condes, que pueden «organizar» por su posición como potentados más pequeños, y su personal es como la baja nobleza, que aterroriza al país. Toma, por ejemplo, al portero de nuestro *Block*. En un hospital normal, el portero recibe su salario por el trabajo que ha hecho, pero aquí es una personita con poder que exige un cigarrillo o más de cada

visitante al que deja entrar. Cada servicio que realiza para un paciente debe ser remunerado y así recibe su parte. Solo la gran masa, que no tiene ninguna posición de poder, se muere de hambre con un litro de potaje y un pedazo de pan al día. El cortocircuito más grosero imaginable entre el poder y la ley. Totalmente antidemocrático, feudal.

En el momento en que Hans quería volver a bajar, lo llamaron:

—Hola, Van Dam, ¿tú también estás aquí?

En alguna de las literas de en medio había un chico alto, escuálido hasta los huesos, demasiado débil como para incorporarse en la cama.

—Lex, muchacho, ¿desde cuándo estás aquí?

Era Lex van Weren, el trompetista de *jazz* con el que Hans había tocado alguna vez en el pasado.

—¿Sabes que Jack de Vries también se encuentra entre nosotros? —le dijo Lex—. Trabaja en una de las brigadas mineras, y Maurice van Kleef, que está en la orquesta de Birkenau.

--¿Cómo es posible?

—En Birkenau se permite que los judíos entren en la orquesta y hay un buen número de holandeses famosos allí, Johnny & Jones y Han Hollander se encuentran también entre ellos.

Recordaron viejos tiempos y Lex le contó cómo estaba la situación en Jawischowitz, en la mina de carbón:

—Debías suministrar cuarenta carretas al día entre dos personas, lo mismo que los *Zivilarbeiter*, los mineros de profesión, pero ellos conocen el oficio y, si no sabes cómo arreglártelas con un pico, no consigues ni un carboncillo, lo que significa paliza. El primer día solo suministramos cinco carretas. Era tan poco que lo calificaron de sabotaje, pero puedo asegurártelo: no sacas más. Como castigo, esa noche la pasamos en el *Stehbunker*, que es un sótano demasiado bajo como para poder estar de pie dentro, pero en el que tampoco puedes tumbarte, porque en el suelo hay un par de centímetros de agua. Así pues, te pasas toda la noche agachado en la más absoluta oscuridad. Ya podrás imaginarte lo fatal que te encuentras al día siguiente y lo imposible que te resulta trabajar, lo

que implica que recibes una nueva paliza y otros castigos. No hay ser humano que lo aguante. Los civiles reciben alimentación normal con suplemento para mineros, mientras que nosotros tenemos que vivir con un mendrugo de pan y un litro de potaje. Cuando los mineros llegan a casa, pueden descansar, se van a dormir o se pasan una horita por la taberna. Pero para nosotros estaba el recuento, de nuevo con genuflexiones, tumbados boca abajo en el barro, de pie, tumbados, de pie, y así durante una hora seguida sin parar. Luego, en tu jaula, ocho hombres en una sola cama de madera, ningún descanso, frío. A las cuatro de la madrugada te despiertan y entonces empieza todo desde el principio. No te dan ni siquiera la oportunidad de ponerte enfermo. ¿Diarrea? A trabajar. ¿Fiebre? A trabajar, hasta que estás a punto de morir. ¡Y luego los riesgos de allí abajo! No se toman apenas medidas de seguridad en las galerías donde trabajan los presos y hay accidentes a cada momento. Algo estúpido, porque su propia producción también se ve afectada por esos accidentes. Hace medio año llegamos mil personas de Holanda, se eligieron a trescientos hombres y el resto debe de haber sido gaseado. Nosotros, los trescientos, fuimos a la mina y ahora quedan unos quince aproximadamente. Yo tuve suerte: un día vino el *Lagerälteste* con una vieja trompa de caza. No sé cómo se le ocurrió, pero me preguntó si era verdad que yo sabía tocar la trompeta. Entonces toqué para el *Rapportführer: Noche de paz, noche de amor*. Era en la época navideña y durante toda la velada querían oír lo mismo. *Noche de paz, noche de amor*. Tuve que pensar en la noche del *Stehbunker*. En fin, después me convertí en *Stubendienst* y así ya no tenía que bajar a la mina; debía limpiar el barracón, ir a por pan y tareas semejantes. De vez en cuando, tocar un poco para los señores y luego me daban un poco de comida extra. Sí, aquí debes encontrar algo especial, porque de lo contrario te vas al garete, sin piedad.

—En efecto, en efecto, caballeros. —Una voz con fingida distinción desde la litera de arriba.

—¿Qué clase de bromista eres tú? —preguntó Hans hacia arriba.

—Me llamo Menko y soy, en efecto, un bromista, pero hago bromas con las SS. Estoy preso desde enero de 1941.

Hans se quedó mirándolo incrédulo.

—En enero de 1941 no había todavía deportaciones a Polonia.

—No, me cogieron con el grupo de la resistencia de los Geuzen. En el juicio contra los Geuzen, en 1941, me condenaron a muerte.

—Entonces, ¿qué es lo que haces aquí todavía? —se inmiscuyó en la conversación otro holandés.

—Usted también es un bromista, caballero, pero uno jodidamente flojo. Sin embargo, le ofreceré una respuesta. He pasado por al menos doce cárceles y un mismo número de campos, pero como ocurre tan a menudo con los condenados a muerte, estás esperando a que se cumpla tu sentencia y nunca llega. Lo más duro fue en Buchenwald; allí hay cientos de condenados a muerte. De vez en cuando, sale un transporte hacia el *Nebellager* Natzweiler.

—¿Por qué se llama *Nebellager*?

—Paciencia, caballeros. En Natzweiler las ejecuciones se llevan a cabo *zwischen Nacht und Nebel*, entre la noche y la niebla, con las primeras luces del alba, lo que es algo místico y pagano. Los alemanotes rebosan de esos rasgos atávicos. En fin, yo habría tenido que ir con un transporte a Natzweiler, pero en Buchenwald los presos políticos estaban en posiciones clave, en la administración y cosas por el estilo. Cuando un transporte de obreros cualificados debía ir a Sachsenhausen, el antiguo Oranienburg, metían allí a tantos condenados a muerte como les era posible. Tras un tremendo vagabundeo, vine a dar con mis huesos en Auschwitz y aquí estoy de maravilla. La semana pasada se me apuntó para la selección con mi pobre cuerpo de «musulmán». Al día siguiente, vinieron a recoger a los pobres desgraciados, pero volví a gastarles una broma, porque no estoy aquí consignado en el fichero como judío, sino como *Schutzhäftling*, prisionero en prisión preventiva. No pertenezco al ejército de millones de los sin nombre que se convertirán aquí en humo. De mí existen actas, de mí hay un juicio que sigue su curso y solo pueden matarme mediante ejecución, y aquí en Auschwitz tampoco me ejecutan. Cuentan con que reviente de manera natural como judío.

—Eso ocurre muy a menudo —contó Hans—. En Birkenau hay un tal Boas, un profesor francés de Ámsterdam. Trabajaba de intérprete

con papeles falsos para los obreros en la costa del canal de la Mancha y lo detuvieron con dos amigos: juicio por espionaje y todos fueron condenados a muerte. Los amigos, que habían ocultado que eran judíos, fueron fusilados de inmediato, pero Boas admitió que era judío.

»El oficial de las SS le dijo: «Tú, judío, vete a Auschwitz, allí implorarás de rodillas que te maten, así de horrible será», pero ahora Boas está en una buena brigada y, si sigue teniendo suerte, salvará la vida precisamente por ser judío.

*

Ahora que se habían ido tantos enfermeros, Hans tenía mucho trabajo. Trajinaba desde el gong de la mañana hasta la noche, hasta el gong de irse a dormir. Por la mañana temprano, nada más levantarse, estaba la brigada del caldero: ir a por el té, repartirlo, lavar los platos y hacer la cama. Entre tanto, el encargado de la sala ya había empezado a fregar, porque a las ocho, como muy tarde, todo debía estar limpio. Era entonces cuando llegaba el SDG para controlar.

Después, había que hacer todo tipo de pequeños trabajos para el *Block*. Un día, el pasillo debía tener una revisión general y durante toda la mañana se chapoteaba con cubos de agua, cepillos y bayetas; al otro día, había que ayudar al *Scheissmeister* si tenían que restregar su cuarto de baño. Ahora, tocaba descargar el carbón, luego despiojar la sala de arriba cuando volvían a encontrarse piojos una vez más. Era un trabajo duro, porque en todo el *Block*, con sus cuatrocientos enfermos, solo había treinta enfermeros y, de ellos, la mitad eran «prominentes»: polacos, alemanes del Reich y números bajos que no tenían otra preocupación que «organizar» tanta comida como les fuera posible. A lo sumo, quedaban diez para el trabajo duro. Luego, llegaba el potaje del mediodía, con una repetición de los rituales de por la mañana.

Un día, después del potaje, se presentó un mensajero del *Block 21*: brigada de peones camineros. Salieron treinta hombres, esta vez sin

carromato, y fueron al antiguo crematorio que estaba a doscientos metros del campo. Ya no estaba en uso. Desde que todas las aniquilaciones se organizaban en Birkenau y en Auschwitz solo había una mortalidad «normal», los pocos cadáveres iban por la noche en las carretas fúnebres a los hornos de Birkenau.

En una de las salas del crematorio había enormes pilas de latas de estaño; urnas de los polacos que habían sido incinerados allí. Al contrario que los judíos, a los «arios» se los incineraba individualmente. Sobre el cadáver se colocaba un número de piedra y las cenizas iban a una urna de hojalata. La familia recibía entonces la noticia de la muerte y podía reclamar la urna, pero con el curso de los años se habían quedado allí cuarenta mil urnas que ahora debían llevarse a otra sala.

Los hombres formaban una larga cadena que atravesaba los sótanos donde estaban los tres grandes hornos, y se lanzaban entre sí las urnas como si fueran quesos o panes. Nunca antes habían pasado por las manos de Hans tantos muertos como en ese par de horas. Las latas estaban oxidadas y, cuando una se caía al suelo, se rompía, pero no importaba: uno de los muchachos tenía una escoba y barría toda la ceniza juntándola en un montón. ¿Quién iba a reclamarla?

Regresaron al *Block* más o menos a la hora del recuento, que duró solo unos cuantos minutos. A alinearse, llegaba el SDG, el *Blockälteste* informaba: «Block 9 con 31 enfermeros formados para el recuento, ningún enfermo». Luego, el SDG hacía una seña y podían *romper filas*.

Tras el recuento, Hans debía subir para ayudar en el ambulatorio al doctor Valentin. En la escalera había un enorme jaleo. Zielina, nervioso como siempre, había arremetido salvajemente contra un hombre que quería ir al cuarto de baño sin las pantuflas de madera y, por tanto, descalzo, lo que estaba terminantemente prohibido. En su arrebató, le golpeó en la cara, pero Zielina tenía un buen corazón y, cuando el hombre rompió a llorar, él estaba más trastornado que su víctima. Salió corriendo escaleras abajo y regresó con un mendrugo de pan, pan casero de su paquete, que le entregó al

golpeado. Los años en el KZ no habían pasado sin dejar su sello en Zielina, pero tampoco habían conseguido estropearlo.

En el ambulatorio, Valentin ya estaba chillando. Él era medio judío y antes había sido médico de la Armada. No era malo, pero sí que era un prusiano de verdad. Le gritaba a todo el mundo tan pronto como se presentaba la más nimia ocasión, pero cuando mirabas atónito a tu alrededor, se echaba a reír.

—Vaya, ¿vienes también a echar un vistazo? En Holanda seguro que solo tenéis esteras de mimbre ante las puertas y por eso las dejáis siempre abiertas. Tú, ingenuo, ¿acaso pensabas que los enfermeros en Buna habían llegado al *Krankenbau*? Ya he recibido noticias. Todos están en la brigada exterior. En fin... —Y a los diferentes doctores que habían acudido para ayudarlo con los vendajes—: Venid conmigo, os mostraré algo.

Llegaron a una cama junto a un paciente que tenía un hipo terrible.

—Lleva ya tres días así —relató Valentin—, y no han servido de nada todos los remedios que he intentado. Además, tiene fiebre alta, durante toda una semana le sube a cuarenta grados por la noche. ¿Qué pensáis vosotros que es?

Se quedaron cavilando.

Hans sugirió:

—Puede ser meningitis; con la infección de la meninge, después de todo, a menudo se observan síntomas de excitación, como el hipo.

—Error —dijo Valentin—. Es tifus petequial sin enrojecimiento, como habéis visto a menudo. Viene de un campo infectado.

—¿No es peligroso entonces mantenerlo aquí en la sala? —preguntó uno de los franceses.

—No, qué va, de momento estamos libres de piojos y él está bien desinfectado. Por lo demás, no pienso comunicarlo. No sería la primera vez que envían a todo un *Block* a la cámara de gas después de que se haya localizado un caso de tifus petequial. Tened cuidado y cerrad el pico.

Entonces empezó la revista en el ambulatorio. Los enfermos entraban por la puerta posterior con la camisa levantada o quitada

del todo, dependiendo del lugar que debía vendarse. A menudo eran heridas deplorables: forúnculos y abscesos, y lo peor era que todo debía vendarse con papel. Tras media hora, en el ambulatorio apestaba tanto que ya casi era imposible soportarlo. Además, todo estaba sucio y grasiento por el mitigal, el remedio contra la sarna, uno de los fármacos que había disponibles.

De repente, Eli entró corriendo:

—¿Sabéis que Kalker ha muerto?

Se asustaron.

—¿No ha servido de nada el remedio al final? —preguntó Hans.

—No, era demasiado caro. Tendríamos que haberle suministrado muchas más sulfamidas, pero ninguno de los holandeses tenía las suficientes provisiones para pagarlo todo.

Siguieron hablando durante un momento, hasta que Valentin estalló:

—Guardaos vuestras charlas de té para la hora del té. Igual que en casa, allí también tenía que ser yo quien se encargara de todo, pero ahora ni hablar.

Allí llegaba el *Blockälteste*. Necesitaba cuatro hombres. Hans fue con él. Se dirigieron con el SDG al *Block 21* y allí cogieron una silla de reconocimiento que había que llevar al *Puff*. Delante del *Puff* había un ajetreo importante, con una larga fila de alemanes del Reich y polacos. A los judíos no se les permitía el acceso allí.

El negocio no había empezado todavía y arriba se encontraban las damas amontonadas argumentando con el doctor y el enfermero, que estaban controlando. El doctor tenía que estar presente cuando entraran los hombres y pagaran su marco, marcos que ganaban como prima por su trabajo. Les ponía una inyección y un sello en el brazo izquierdo y, cuando volvían a salir después de un cuarto de hora, otra inyección y un sello en el brazo derecho. A la salida había un hombre de las SS que controlaba si tenían los dos sellos. Era así como se evitaba la propagación de enfermedades venéreas.

Una de las damas le tiró de la oreja a Hans:

—¿Qué haces tú aquí, muchacho?, que tú aquí no puedes venir.

—Tú cumple con tu trabajo, que yo aquí vengo por el mío —se burló Hans.

—Sí, sí —respondió ella—, *Arbeit macht frei, Krematorium drei!* (¡El trabajo te libera, sobre todo si te queman!).

De regreso al *Block*, ya estaba muy avanzada la noche y, como siempre, Hans tenía que barrer la sala antes de acostarse. Pero no había terminado todavía, cuando llegó el *Blockälteste* y se puso a vociferar que la luz aún no estaba apagada mientras que ya hacía mucho que había sonado el gong nocturno. Hans se desnudó rápido y se metió en la cama.

¡Había sido un día largo, dieciséis horas seguidas sin parar! Y ¿para qué? Todavía le resonaba la burla de la dama del *Puff* en el oído, hasta que por fin se quedó dormido:

«*Arbeit macht frei... Krematorium drei!*».

*

Así pasaba el tiempo. Hans y Friedel tenían sus buenos y malos momentos. Las selecciones se producían con regularidad y siempre había otros amigos por los que tenían que lamentarse. Y no solo eran los deslomados y los enfermos terminales.

Tampoco estaban seguros aquellos que trabajaban en el campo, porque cada vez partían con mayor frecuencia transportes de trabajadores de Auschwitz hacia otros campos, algo de lo que a menudo tampoco se libraban aquellos que trabajaban en las mejores brigadas. Y casi siempre todo era muy rápido. ¿Quién estaba a salvo del trabajo en las minas? ¿Quién era capaz de dragar grava del río catorce horas al día, llegándole a menudo el agua por encima de la cintura? ¿Quién podía soportar los golpes y quién no era propenso a las infecciones?

Llegó la primavera y, con la primavera, los escasos pájaros. Pájaros que se aventuraban en ese frío rincón de Silesia, en ese desahogado clima de la parte septentrional de los Beskides. Pero con la primavera venía el sol y el sol ya tenía fuerza vital. Esa fuerza lo penetraba todo. No había alambre de espino, muro u hombre de las SS que pudiera contener el sol.

Con el sol volvía a insuflarse vida nueva en los condenados a muerte y nueva esperanza brotaba de los corazones, como el tierno verdor, liberado de los pequeños capullos para recibir los rayos de la nueva luz. El aire contenía una suave humedad y el cielo era azul

claro y el ritmo del corazón se aceleraba ante la degustación de la primavera. Era como si la sangre se licuara más y fluyera con ímpetu renovado por las venas. Era como si el alma trepidara en el cuerpo, junto con el aire, que vibraba sobre los verdes prados. Se producía una tensión en ellos, antigua como la historia de la humanidad, pero otra vez nueva tras este invierno de enfriamiento anímico.

Y cuando estaban ante las ventanas de sus *Blocks* y se miraban entre sí —los inalcanzables— y a las montañas —lo inalcanzable—, se sentían como una pareja humana, anhelante de un paraíso del que ni siquiera habían sido expulsados porque no habían llegado a estar nunca. Un hondo suspiro y las almas abandonaban los cuerpos encadenados y se alejaban fluyendo en la borrosa lejanía.

Y por un momento el campo ya no existía, habían desaparecido los horrores, habían desaparecido el alambre y el muro. Las almas, en divertida unión entre sí y con la totalidad, se alejaban ondulando por encima del río y los pantanos hacia esa fabulosa tierra azul de promisión en el horizonte. Entonces volvían a mirarse y en ellos surgía esa única palabra que no pronunciaban y, sin embargo, oían el uno de la otra por encima de todos los metros que los separaban: «¿cuándo?».

¿Cuándo se aplacaría el anhelo de libertad, de ese amor en libertad? Libres juntos, parecía impensable, y un miedo atroz los traspasaba por dentro cuando pensaban en el campo de exterminio en el que se hallaban presos. Y cuando la conciencia, ya sin verse transportada por la fantasía, había regresado al *Block*, los dedos de ella se doblaban convulsos entre la tela metálica y las manos de él se aferraban al marco, como si quisieran romper algo con un supremo esfuerzo, algo que lo obstruía todo.

Entonces volvían a suspirar, pero era otro suspiro distinto del de hacía un momento. Era un suspiro lleno de remordimiento y tristeza por ese país de ensueño, en el que no creían que les estuviera permitido llegar a vivir algún día.

Esa noche Hans se sintió enfermo. Se fue a la cama justo después del recuento y pidió a uno de los muchachos que le trajera un termómetro del ambulatorio. Apenas tenía fiebre y comprendió que

solo sufría por las tensiones que en él había despertado la primavera.

Pero ¿por qué no un par de días de descanso? Por Paul no tenía que preocuparse, ya que estaba enamorado. Llevaba días ante la ventana de su cuarto mirando a esa joven judía holandesa que tan amable era con ese buen señor mayor. Porque Paul se había vuelto realmente simplón desde que se había enamorado. Ya no acosaba a los enfermeros ni insultaba más. Era un amor honesto ese de Paul, un amor honesto y compasivo.

Con Hans había forjado una alianza: Hans llevaba notas y paquetes de Paul cuando iba al *Block* 10 y Paul dejaba a Hans holgazanear en la medida de lo posible. Por eso Hans podía seguir enfermo durante un par de días tranquilamente, ya que nadie le pediría cuentas.

Con los porteadores de la marmita le envió una nota a Friedel en la que le escribía que se tomaba un par de días de descanso y que no tenía que asustarse. Al día siguiente, llegó una carta larga:

Mi amado esposo:

Me alegra que te tomes ahora un poco de descanso y que no te deslomes tanto. Yo puedo aguantar bien un par de días sin que nos veamos y sin que me traigas un poco de comida extra.

Ayer fue un día especial. Ya se lo había pedido a la *Blockälteste* hace tiempo y, por fin, pude unirme a la brigada de las hierbas. Salimos del campo a las ocho de la mañana. Estuvimos caminando mucho y llegamos también cerca de Birkenau. Allí he visto a Lotte Spatel y a las otras chicas que el mes pasado habían salido de nuestro *Block*. Con algunas, las pruebas habían terminado; con otras, habían fracasado. También había entre ellas, como Lotte y las comunistas francesas, las que se habían negado a someterse a dichas pruebas.

Así fueron trasladadas setenta hace tres semanas. Es deplorable ver ahora a esas mujeres en Birkenau. Cuánto han cambiado. Completamente calvas y descalzas, cubriéndoles el cuerpo nada más que un pedazo de yute atado con una cuerda. ¿Sabes, Hans?,

ya no son mujeres, son seres. Seres sin sexo. Nuestras chicas tienen todavía bastante buen aspecto, pero ¿cuánto va a durar eso?

He hablado un momento con Lotte, garabateó rápidamente un par de palabras para su marido Heini, pero llegó la vigilante y le dio una bofetada; luego, siguió arrastrando piedras otra vez. Tienes razón, si fuera a Birkenau, no podría soportarlo durante mucho tiempo. Ya estoy tosiendo solo de pensarlo.

Fue un día maravilloso. Estuvimos buscando hierbas en los bosques. Manzanilla y todo tipo de especias distintas que utilizan para hacer con ellas Heilkräutertee, tisanas. Era una alegría, porque en cada tallo y en cada florecilla sentías la primavera. Mientras que aquí en el campo todo está seco y muerto todavía, el bosque vuelve a revivir, con esos pájaros y las tiernas ramas de los árboles echando brotes. Regresamos cuando ya estaba avanzada la tarde y yo me encontraba muerta de cansancio. No estoy acostumbrada.

La noche fue terrible, porque ayer por la tarde hubo un *Standgericht*, un consejo de guerra. Habían llegado tres coches con «jueces». En un pequeño pueblo de la zona se detuvo a más de trescientos polacos, a toda la población, aunque dos de ellos han sido absueltos.

Por la noche se produjo la ejecución y pudimos oírlo todo perfectamente. Fue en el patio del *Block* 11 y el búnker se encuentra, después de todo, frente a nuestro *Block*. En ese lado se tabicaron nuestras ventanas con trampillas y la *Blockälteste* tuvo buen cuidado de que no pudiéramos mirar por las rendijas, ya que entonces seguro que habrían disparado a las ventanas.

El ánimo en nuestro *Block* era más miserable que nunca. Los servicios de asistencia de la sala caminaban rabiando y la escribiente no podía estarse con las manos quietas ni un minuto. Son todas mujeres —eslovacas— que han estado mucho tiempo en Birkenau. Allí, naturalmente, se encontraron en condiciones terribles, pero ahora consideran que también deben hacérselo terrible a nosotras. «Si hubieras estado en Birkenau, llevarías ya mucho tiempo muerta», dicen y, por eso, ahora nosotras también debemos sufrir sus rudezas. Siempre ese sistema de desahogo.

A las siete empezaron a disparar. Estábamos muy nerviosas y la atmósfera de la sala era muy opresiva y sofocante, y cuando volvía a sonar una salva, nos penetraba hasta la médula de los huesos. Era como si fueras a ser tú la siguiente, así lo sentías.

Orden, salva y luego el arrastre de los cadáveres. Y así una y otra vez. Y luego esos gritos de las víctimas. Una muchacha que imploraba clemencia porque era aún muy joven y quería seguir viviendo. Los hombres, que gritaban todo tipo de consignas tales como: *Hitler verrecke* (Hitler, muérete) y *Es lebe Polen* (Viva Polonia). Ay, últimamente hay muy mal ambiente en nuestro *Block*. Seguro que por la primavera, y luego estás con unas doscientas mujeres en esa sala en penumbra y esperas a que te llamen. Y llaman a muchas. Ahora puedo contarte más cosas, porque sé un poco lo que hacen. De esas pruebas de Schumann, ¿te acuerdas? Tomaba a chicas griegas de unos diecisiete años y colocaba a las niñas en un campo electromagnético de ondas ultracortas, con una placa en el vientre y en las nalgas, luego les quemaba los ovarios, pero a las chicas les salían terribles heridas por la corriente eléctrica y sufrían un dolor enorme. Cuando se recuperaban, las abrían para ver cómo se les habían quemado el vientre y, especialmente, los ovarios.

Slawa me ha explicado que ese método es una locura, que quieren encontrar una manera fácil de esterilizar, para poder dejar estéril a toda clase de pueblos, como los polacos, los rusos y, si se diera el caso, quizá también a los holandeses. Pero de esta manera no solo se esteriliza a las mujeres, sino que también se las castra.

Cuando las pruebas hubieron terminado, las muchachas fueron a Birkenau y regresaron un mes más tarde para operaciones de control. Schumann les ha extirpado a continuación los ovarios para ver en qué estado se encontraban. Imagínate: nueve operaciones abdominales en dos horas y cuarto. Ni siquiera se esterilizaban los instrumentos entre una y otra. Esas son las pruebas de Samuel, del que tú mismo sabes más que yo. Por sus manos ya han pasado casi todas las mujeres, unas cuatrocientas. Todas sufren dolores terribles. En fin, ya lo sabes. Seguro que no es cierto que solo

extraiga un poco de mucosa, porque a las mujeres les molesta muchísimo y a todas tienen que ponerles puntos de sutura.

Cuando Schumann hubo fracasado, llegó el profesor Clauberg. Parece ser que es un ginecólogo famoso de Katowice. Les inyecta a las mujeres en el útero un líquido blanco, como de cemento, y al mismo tiempo les hacen radiografías. Clauberg dice que es para encontrar un método sustitutivo para el Lipiodol, porque en Alemania de hecho no hay yodo para utilizar como medio de contraste en las radiografías. Yo no sé si eso es cierto, también puede ser que sirva de una u otra manera para provocar la esterilidad.

Bueno, ya he escrito bastantes cosas desagradables por hoy. No te enfades conmigo por no haber escrito nada agradable, pero como querías saberlo todo de manera detallada... Adiós, maridito, descansa bien...

Y luego vinieron otros cientos de palabras y deseos cariñosos que volvieron a despertar ese gran deseo en Hans. Saltó de la cama y se vistió. Eran las dos y media y el potaje de la brigada del caldero ya había pasado, pero quería verla, hablar con ella un instante, consolarla e intentar insuflarle ánimos.

La puerta del *Block* 10 estaba abierta y no se veía por ningún lado a la portera. Hans dudó un segundo y, luego, por primera vez, entró sin más, sin marmita. En el pasillo vio a una holandesa que fue a buscar a Friedel a instancias suyas, pero ya estaban el uno frente al otro cuando la portera salió como una exhalación por la puerta y empezó a gritar. ¡Cómo se atrevía, en mitad del día! Si se hubiera controlado, todo habría terminado bien, pero gritaba tanto que era imposible que no saliera mal. Hans se puso nervioso. De repente, Goebel estaba allí, delante de sus narices.

El Dr. Goebel era un tipo enclenque con un pantalón de montar civil que le quedaba muy mal, siendo zanquilargo como era. Con la ligera chaqueta de deporte, tenía el aspecto de un pequeño empleado que se ha apañado algo de ropa en las rebajas, pero era odiado y temido por las mujeres.

Clauberg entraba a veces más en razón y solía respetar a una mujer si le pedía por una u otra razón que no la pincharan, pero

desde hacía dos semanas Goebel estaba allí y parecía como si hubiera llegado al *Block 10* como una especie de inspector. Se metía en todo y con todos y obligaba a todas las mujeres a someterse a los experimentos sin compasión. No era médico, sino químico de la IG Farbenindustrie, la empresa que pagaba las pruebas y tenía interés en los nuevos fluidos. Goebel era grosero y sarcástico y poseía la típica pusilanimidad de todas esas personas que no han aprendido a dirigir y ahora, de repente, obtienen poder sobre los demás.

—¿Piensa el caballero acaso que esto es un casino?

Hans casi siempre tenía una excusa para todo, pero en ese momento se le desató el odio. Se había esforzado tanto en contenerse y no patear al hombrecillo que solo logró balbucir sonidos ininteligibles.

—Bien, esto se va a arreglar —dijo el poderoso anotando el número de Hans, que llevaba en el pecho a la izquierda. Hans se retiró con el rabo entre las piernas y no habló con nadie de su aventura. A la mañana siguiente, vino Paul.

—Muchacho, ¿qué pasa contigo? Ha llegado tu número desde la *Schreibstube*, la oficina principal, debes presentarte. —«Presentarse» quiere decir ante la puerta, donde está la oficina del *Rapportführer*. Tuvo que esperar algún tiempo en el pequeño pasillo de la *Blockführerstube*, la residencia de los SS supervisores de barracones.

Kaduk, el *Rapportführer*:

—150822.

—*Zum Befehl* (A sus órdenes).

—*Überstellung Strafkommando Birkenau* (Traslado a la brigada de castigo en Birkenau).

Hans estaba todavía mareado cuando llegó el hombre de las SS que lo llevaría allí. Tenía las piernas de plomo y solo podía seguir al *Sturmmann* con dificultad. A medio camino entre Auschwitz y Birkenau, se encontraba el gran viaducto sobre los terrenos anejos a la estación de la ciudad de Auschwitz. Después, el camino seguía por un lateral de la línea férrea y, al cabo de medio kilómetro aproximadamente, llegaron al campo. La línea férrea y el camino

entraban en el interior del campo por una puerta del edificio principal y conformaban luego el eje del enorme mar de barracones.

Perpendiculares a la vía del ferrocarril, salían a ambos lados ocho o nueve caminos laterales y a cada lado de esos caminos había una hilera de treinta y cinco a cuarenta barracones. El lado izquierdo del campo se llamaba FKL: *Frauenkonzentrationslager* (campo de concentración femenino). A la derecha estaba el llamado *Arbeitslager Birkenau* (campo de trabajo y producción de Birkenau), así llamado porque en realidad las condiciones aquí eran peores que en el FKL. Aquí se encontraban los crematorios, cuatro en total.

Los recuentos y los controles, la distribución de alimentos y las brigadas serían imposibles de organizar en este lugar si se permitiera deambular por todo el terreno a todos esos doscientos mil habitantes de Birkenau. Por eso, cada calle transversal con hileras de barracones a ambos lados conformaba de nuevo un campo aparte. Todos estos campos estaban separados entre sí por alambre de espino y cada uno tenía su propio número o letra. Así podía ocurrir que en Birkenau vivieran un marido y su esposa, una madre y una hija, y no supieran durante meses de su mutua existencia, porque todas las partes se mantenían estrictamente separadas y solo existía comunicación —defectuosa— con los campos limítrofes.

Sin embargo, el contacto entre hombres y mujeres, aunque muy peligroso, aquí era más frecuente que en el pequeño y más fácil de abarcar campo de Auschwitz I. En las brigadas que transportaban los alimentos, y en muchas otras ocasiones, se buscaban y encontraban entre sí. Eran sobre todo los *Kapos* y otros capataces, debido a su trabajo, quienes solían estar en disposición de entrar en contacto con las mujeres. Muchas brigadas femeninas estaban incluso bajo la dirección de presos masculinos y muchas de estas mujeres podían darse con un canto en los dientes si conseguían un novio «rico»; por ejemplo, uno de los hombres que llevaban las carretas de pan y que, de esa manera, tenían abundancia de ese pan para aplacar el hambre de alimentos de su novia, como agradecimiento a ella por haber satisfecho su hambre de amor.

Una noche, Hans se encontró con un antiguo preso de Buchenwald. Hablaron sobre la infamia de Auschwitz, donde la degeneración moral de los *Häftlinge* habría avanzado más que en ningún otro campo.

—En Buchenwald, los presos políticos han logrado después de mucha lucha gestionar todas las responsabilidades internas del campo. Había incluso un par de personas de las SS que habían colaborado en el proceso. Si un verde, un delincuente profesional, por tanto, tenía una boca demasiado grande, recibía una nota de que debía presentarse en el *Revier*, la enfermería. Allí le ponían una inyección y asunto concluido.

—¿Es mucho mejor la situación allí que aquí? —preguntó Hans.

—En Buchenwald no existe la «organización», solo los hurtos colectivos de los almacenes de las SS en beneficio de todos. A un cocinero que roba algo de la cocina se lo liquida a golpes de inmediato. Alguien que cambia cigarrillos por pan es castigado duramente.

Eso en Auschwitz era distinto. Allí todo el mundo se pasaba todo el día pensando en cómo poder mangar lo máximo posible y casi siempre a costa de sus camaradas. Allí florecían innumerables mercados negros en los minutos libres después del recuento.

—En Buchenwald el prostíbulo fue boicoteado por los presos políticos; allí nunca ha entrado ningún holandés —afirmaba el preso de Buchenwald—. Aquí es distinto, todo aquel que no es judío y, por tanto, puede ir al burdel, lo utiliza en la medida de lo posible y el tráfico ilegal entre hombres y mujeres aquí en Birkenau es la prostitución más pura.

A Hans le parecía una formulación inadecuada.

—No puedes adaptar las reglas de la sociedad normal a las circunstancias del campo. Si una muchacha se entrega por un pedazo de pan o un litro de potaje, no puedes juzgarla con demasiada severidad.

—Pero eso es igual para las prostitutas, ¿no? —dijo el de Buchenwald—. ¿Cuántas veces ocurre que una mujer tiene un hijo ilegítimo de una relación amorosa y el hombre la abandona? La

expulsan de toda clase de círculos y, para ganarse la vida y darle de comer a su hijo, solo le queda la prostitución.

Era un continuo apresurarse durante todo el día. Hans estaba en un *Bauhofkommando*, una brigada encargada de trabajar en el depósito de materiales de construcción. Cargaban con piedras en filas largas sin interrupción; a veces eran traviesas y luego otra vez pesadas vigas de hierro, que te destrozaban la piel de los hombros. No te daban muchos golpes, porque la brigada de castigo real ya no existía. De vez en cuando, un golpe o una patada, pero raras veces moría alguien por los golpes en el trabajo.

Un año antes había sido muy distinto. Hans había estado hablando con un griego que en un arrebato de autorreproche le había contado cómo una vez le había propinado un par de patadas a un camarada que estaba medio muerto después de una paliza. En aquella época, la norma en el campo era que los muertos no debían estar tirados en la plaza de armas durante el recuento, sino que debían llevarse adentro. De esa manera, podía llevarse el cadáver con un amigo y descansar medio día. Otra vez, mientras el griego estaba en el hospital junto a un enfermo muy grave, que parecía inconsciente, le había cogido el pan para comérselo, pero entonces el desgraciado se puso a gritar. Si se hubiera descubierto el hurto de pan, al griego le habrían matado a golpes, así que tapó con la mano la boca del desdichado y, como este no quería callarse, apretó y apretó hasta que el hombre se asfixió. Hans le preguntó al de Buchenwald qué pensaba al respecto, con su elevada ética de campo. A Hans le parecía que cualquier método era lícito para seguir con vida en el campo, salvo si era a costa de un camarada.

Un holandés católico, un estudiante de Medicina, se inmiscuyó en la conversación: «Mi jesuita me dio una vez un ejemplo: dos hombre están en una balsa de madera que solo puede llevar a un hombre. Uno empuja al otro fuera y este se ahoga. ¿Se puede hablar aquí de culpa? No, porque si uno de los dos no moría, los dos terminarían palmándola».

A Hans esa ética le pareció bastante oportunista, pero en último caso aceptable. Sin embargo, este ejemplo no era aplicable al

griego, porque él no salvó su vida con ese pedazo de pan. De esa manera, mañana estaría obligado a matar otra vez a alguien por un pedazo de pan y pasado mañana otra vez. Cuando se trata de «tú o yo», cualquier hombre opta por el «yo», pero no era así en el campo. Podías procurarte ventajas a costa de otros, pero no salvar la vida. Y puesto que ninguna ética —cristiana o humanista— podría aprobar el asegurarse ventajas a costa del mayor dolor de los demás, el proceder del griego era indefendible. No solían llegar a mantener semejantes conversaciones, porque cuando se había terminado el trabajo y las brigadas se retiraban, llegaba el recuento. A veces duraba media hora, pero también solía durar dos horas o más. Daba lo mismo si hacía un agradable tiempo primaveral o el granizo estaba percutiendo. Luego, tras el recuento, a recoger el pan en una larga fila y luego, a menudo, todo tipo de controles: control de vestimenta, para comprobar si acaso faltaba un botón del traje de gala a rayas o si los zapatos estaban limpios, es decir, despojados de barro.

Si tomabas por separado cada uno de los factores, en una de esas brigadas sí que se habría podido vivir. El trabajo era duro, pero soportable en sí. Los golpes eran vejatorios, pero no te mataban a golpes. El pan y el potaje eran escasos, pero lo habrías podido resistir con una vida sin actividad.

Pero la combinación de todos esos factores: tanto trabajo y tantos golpes con tan poca comida era insoportable. Y luego estaba lo peor: la falta de descanso. El trabajo, el recuento, los controles, ir a por la comida y, cuando por fin estabas en una jaula con un grupo variopinto de ocho hombres procedentes de toda Europa, la lucha inútil contra las pulgas y los piojos. Adormilarse, despertarse, rascarse. Luego controlarte, seguir tumbado en silencio. Deja que los piojos se arrastren, luego volver a dormirse, volver a despertarse. Pelea con el vecino. Luego rascarte una pierna a muerte, sientes la sangre, te va a salir una úlcera; por favor, no te rasques más. Luego, ¡sí, otra vez! Cansancio y ningún descanso, sentirte profundamente miserable.

Por la noche debes levantarte, a veces tres veces, debido a la enorme cantidad de potaje y al inicio de la insuficiencia cardiaca. Luego pasas por encima de tres hombres y debes caminar un par de cientos de metros hasta las letrinas, un suelo de tablas con unos cuarenta agujeros. Fuera hay un vigilante para cuidar de que nadie orine a la intemperie, lo que puede acarrear unos cuantos bastonazos.

Luego tu vecino, que es uno de esos campesinos de los Balcanes, recurriendo a métodos más prácticos. Se ha llevado a la cama una escudilla y no necesita salir, pero ¿quién va a comer mañana de esa escudilla? No, se te hacía muy violento. Así que otra vez a caminar los doscientos metros.

Por la mañana, levantarse a las cuatro. Quitarse la camisa, lavarse. Un par de gotas de agua, nada de jabón, secarte con la camisa. A veces no te llega el turno para acceder al grifo y tal vez encuentres por el camino un charco con algo de agua de lluvia. Luego —todavía no ha amanecido— a formar, el recuento de las brigadas y después de mucho, mucho estar de pie, se pone en marcha la brigada. En la puerta, el *Ober-Kapo* comunica: «Bauhof 693 man». ¡Miedo! Si son demasiados, si 660 son suficientes, el *Obersturmführer* cuenta 33, arbitrariamente, que se apartan a un lado. Nadie volverá a verlos jamás.

Lo que sí ves es la llama, la llama eterna que asoma por la chimenea del crematorio. Día y noche ese fuego, siempre la conciencia de que allí están ardiendo personas. Personas como tú, con cerebro y un corazón que bombea sangre —milagroso fluido— a través de una infinita red de canales de vasos sanguíneos, viviendo hasta en la última fibra, hasta en la célula más insignificante. Creación milagrosa de Dios.

A veces el tiempo es húmedo y el humo desciende sobre el campo. Entonces percibes ese olor a carne chamuscada, a solomillo sin suficiente mantequilla en la sartén. Y ese es tu desayuno, porque pan ya no te queda. En esas ocasiones crees que no vas a poder aguantarlo. Estás cansado, enfermo, asqueado de ti mismo, porque

eres una persona y un hombre de las SS también es una «persona».

Al cabo de cinco semanas, una carta: «¡Te he localizado! Te ha encontrado un hombre que lleva leña a la cocina de tu campo. Hablaré con el *Lagerarzt*. Aguanta un poco más».

Pasó una semana antes de que el escribiente del *Block* viniera a recogerlo. En el edificio de la administración le dieron de baja y luego de regreso a Auschwitz.

En el *Block* 9 se había producido un gran cambio: había un nuevo *Blockälteste*.

La semana anterior había estado el *Lagerarzt* escogiendo a los «musulmanes» y, cuando llegaron los camiones un día después para llevarse a los desafortunados, faltaba uno, un judío italiano. Un enorme tumulto. Por la noche regresó el hombre *motu proprio*. Había salido con el *Bauhofkommando* y había estado cargando durante todo el día sacos de cemento. Al finalizar el trabajo, el capataz le había elogiado por su aplicación y solo había querido demostrar que él no era ningún «musulmán», que él podía seguir trabajando perfectamente.

El *Lagerarzt*, que al día siguiente vino otra vez, no fue receptivo ante esa lógica. Hizo que se llevaran de inmediato al hombre y que acudiera Paul a su presencia. Era un escándalo que algo semejante pudiera suceder en su *Block*. Habría azotado a ese judío como se merecía, ¿no? Pero Paul era obstinado y, desde que se había enamorado de una chica judía, profesaba una profunda compasión por los judíos del campo.

—Yo no pego a personas enfermas.

Entonces el *Lagerarzt* empezó a tronar como un poseso: que esa chusma comunista siempre sale a la luz, que eran amigos de los judíos, gentuza, sucios cerdos rojos. El señor doctor le golpeó en mitad del rostro. Dos, tres veces, de manera que le saltó la sangre de los labios partidos.

Media hora más tarde había un nuevo *Blockälteste*. Era Zlobinsky, un polaco, el antiguo portero del *Block* 21. Tenía fama de ser un tipo

rudo y taimado. Era muy pesado, controlaba las camas, gritaba si veía una brizna de paja en el suelo y azuzaba a todo el mundo para que consiguiera un rendimiento extremo.

Pero al cabo de un par de semanas, se enamoró de otra muchacha del colindante *Block 10* y, a partir de ese momento, se pasaba todo el día delante de la ventana y los enfermeros volvieron a dormirse en los laureles e hicieron que los *Stubendiensten* —pacientes que estaban recuperándose— realizaran todo el trabajo.

El día después de su regreso, Hans fue con la brigada del caldero al *Block 10*. Friedel y él estaban tan felices de que esta aventura hubiera terminado bien...

—¿Cómo te las has arreglado?

—Sin más, he ido a ver a Klein, el *Lagerarzt*, y le he explicado lo que había pasado y que eres mi marido; entonces, apuntó tu número.

—Es incomprendible: ese es el mismo perro que echó a patadas la semana pasada a Paul después de haber hecho una selección. A principios de mes estuvo en Birkenau y allí liquidó en menos de dos días a todo el campamento familiar checo. Se llevaron a mil hombres en transportes de trabajo y se ventilaron a 5.500: hombres y mujeres mayores, y niños.

—Esas cosas puedes verlas a menudo; con la gente joven de las SS no se puede hablar en absoluto, pero los mayores, que se dedican a cometer crímenes al por mayor, a veces son humanos en los detalles insignificantes. Como ahora contigo.

—No creo que eso pueda hablar en su favor —opinó Hans—. Al contrario, los jóvenes han sido educados en el espíritu de la sangre y la tierra, esos no tienen más luces, pero precisamente los mayores, como ese *Lagerarzt*, por esas pequeñas obras muestran que en su interior se esconden todavía restos de su antigua educación. Ellos aprendieron otras cosas y, por tanto, habrían podido seguir siendo personas. Es por eso por lo que son más culpables que el ganado joven nazi, que nunca ha visto nada mejor.

Siguieron hablando un rato más. Friedel le contó lo de las inyecciones con sangre de malaria, y la fiebre alta que habían tenido

las mujeres como consecuencia de esta malaria provocada de manera artificial.

Ahora era más fácil venir al *Block* 10 y menos peligroso quedarse.

Trasladaban con regularidad a grandes grupos de polacos y así los judíos tenían la oportunidad de ocupar un puesto mejor. Ahora podían trabajar en la *Bekleidungskammer* y en el servicio técnico de fotografía. Había incluso algunos en la cocina y los doctores judíos ya no se ocupaban solo de las tareas más desagradables, sino que hacían realmente cualquier trabajo médico. Así, ahora también le resultaba posible a un judío ir al *Block* 10 con el pretexto de cualquier tarea, mientras que antes los polacos se guardaban para ellos esos trabajos agradables.

Así que por una parte consiguieron una vida mucho más soportable debido a esos transportes de polacos, pero por otra parte aumentaban las preocupaciones. Los polacos se iban en transportes, al igual que los rusos. Los alemanes del Reich, siempre y cuando no fueran presos políticos, eran incorporados a las SS y todo eso ocurría claramente por influencia del frente que iba retirándose cada vez más.

Ahora, en el verano de 1944, los rusos estaban ya en Radom, entre Leópolis y Cracovia, apenas a doscientos kilómetros de Auschwitz. En la siguiente ofensiva podrían alcanzar el campo. ¿Qué nos ocurriría entonces a quienes estábamos allí?

Circulaban opiniones diversas. Unos pensaban que los alemanes evacuarían el campo, aunque no sería fácil, porque si bien la ocupación había disminuido mucho, la totalidad del complejo de Auschwitz seguía ascendiendo a unos 120.000 presos. En opinión de otros, los exterminarían a todos. Había pocos optimistas que creían que los alemanes dejarían que los testigos de su infamia cayeran vivos en manos rusas.

Así estaban viviendo, en un tumulto de creciente tensión.

En julio hubo un clímax: «El Führer ha muerto, la Wehrmacht y las SS luchan por todas partes entre sí y los generales han tomado el

Gobierno». Nunca antes habían corrido semejantes rumores con tanta seguridad.

Pero si bien al día siguiente llegaba a decirse incluso que la guerra había terminado y que un nuevo Gobierno alemán estaba negociando con los aliados, las SS seguían en su puesto. Sin embargo, nunca había tenido un rumor tanta base real. Hasta pasados unos días no leyeron en un periódico ya viejo —al que podían estar abonados los no judíos— cómo se había desarrollado en realidad el asunto Von Witzleben, en el que se había conspirado para asesinar a Hitler.

No, los rumores que circulaban por el campo eran siempre una exageración caricaturesca de la realidad, pero también podías estar seguro de que realmente estaba pasando algo, aunque a menudo era difícil descubrir las proporciones verdaderas de los hechos.

Era lo mismo que ocurría con el *Block* 10. Desde hacía medio año oías una y otra vez hablar del traslado del *Block* 10. A un par de cientos de metros del campo se había construido un nuevo complejo de barracones donde residían ahora los SS, y uno de los edificios sería para el *Block* 10.

Una y otra vez el miedo por la separación inminente. Pero seguía sin ocurrir nada, hasta que en agosto el rumor tomó formas más definidas. Cinco de los nuevos edificios se convertirían en bloques para mujeres. El *Block* 10 se instalaría allí además de las mejores brigadas femeninas, como las que trabajaban en la lavandería de las SS y en la fábrica de armas.

Y, de repente, había llegado el día de la mudanza. Las mujeres estuvieron durante horas formadas fuera: contar, contar y volver a contar. Nadie comprendía a qué estaban esperando, pero a Friedel y a Hans les pareció estupendo, ya que había pocos SS cerca y podían hablar mucho, mucho más que nunca antes. Esta despedida se convirtió en la conversación más larga y tranquila desde hacía un año. Hans se preguntaba qué iba a pasar ahora en este nuevo *Block* con ellas.

—Creo que continuarán con las pruebas sin más. Esta semana han trabajado en el *Block* 10 bajo gran presión. Se decía que al

nuevo *Block* no podía ir nadie a quien no hubieran pinchado al menos una vez y, por tanto, formara parte de la lista de Clauberg y Goebel. Tampoco se eximiría ya al personal.

—¿Y tú, cómo has conseguido salvarte? —preguntó Hans. Lo embargaba el miedo de que viniera ahora con la confesión que él tanto había temido. Nunca habían abandonado la última esperanza de salir de allí vivos y, si habían inyectado a Friedel, tal vez quedaría estéril para siempre.

Ella vio su terror.

—Había treinta y cuatro, enfermeras y demás personal, a las que nunca les habían puesto la mano encima. Todas tuvimos que ir con Clauberg para explicar por qué a nosotras nunca nos había tocado el turno y se nos informó de cuándo debíamos acudir al análisis. Quien se negara, sería enviada a Birkenau. Cuando estuve ante él, le dije que en ese momento tenía una infección renal. «Sí», dijo él entonces. «Pues ahora no se puede, es demasiado peligroso». Por suerte, nadie me ha controlado, porque esa infección renal ya hace un mes que se me pasó.

Era asombroso que hubiera dicho precisamente la única cosa que habría dado en el clavo. Era una profana, pero debía de disponer de una intuición milagrosa.

A eso del mediodía, las mujeres comenzaron la marcha. Ahora ya no podrían verse siempre que lo quisieran, pero los hombres que trabajaban en los nuevos *Blocks* podrían llevar cartas y paquetes. Friedel iría al campo siempre que pudiera para ir al dentista o al radiólogo y, de esa manera, se verían tanto como les fuera posible.

La mayoría de los hombres no sabía nada de sus mujeres. Algunos, como Eli, eran conscientes de que sus esposas estaban muertas, pero también aquellos que sabían que sus esposas estaban en un campo colindante —por ejemplo, Birkenau— nunca tendrían la ocasión de entrar en contacto con ellas. Por tanto, no tenían ningún derecho a quejarse.

Tras el recuento, fueron a la Birkenallee. Todavía hacía mucho calor. Aunque más tarde esto estaría lleno, ahora todos los *Häftlinge* del *Lager* permanecían en sus *Blocks* para recibir el pan y, por eso, en

la Birkenallee solo iban caminando algunos prominentes y enfermeros. En un banco estaban sentados el Dr. Valentin y el profesor Mansfeld. Valentin llamó a Hans: «¿Vuelves a estar ya un poco normal?».

Hans no era consciente de haberse portado de manera anormal. Se sentaron en el césped, junto a los colegas mayores.

—Mi tristeza me parece muy normal—opinaba Hans.

—Esa cara tuya, todo el día. ¿Qué motivos tienes para quejarte? Seguro que volverás a encontrar la oportunidad de entrar en contacto con tu mujer.

—Sí, claro, pero con mucha menos facilidad que hasta ahora y, si tiene cualquier problema, no podré ayudarla.

—¿Qué clase de dificultades podrían llegar ahora? —preguntó el profesor.

—Cuidado, profesor —respondió Eli—, todavía son muy capaces de lo peor. En primer lugar, en ese nuevo *Block* hay dos salas de radiografías, así que pueden trabajar todavía a mayor escala que en el *Block* 10. Por lo demás, tal vez haya oído usted hablar de esos nuevos experimentos de control que harán. En el nuevo *Block* hay una hilera de habitaciones que, según se dice, han de servir para juntar a hombres con mujeres y poder evaluar así con los resultados si fue bueno el método de esterilización.

Hans no lo creía:

—Vamos, anda, cuentan tantas cosas..., también están hablando todo el tiempo de un *Puff* judío que abriría el primero de septiembre.

Eli pensaba que esos dos rumores tendrían un fundamento.

—Quizá se realicen los controles en una suerte de *Puff*.

—Bueno, entonces confío en que ningún hombre haga uso de él.

El profesor Mansfeld volvió a terciar en la conversación:

—No digan tonterías. Si se les mete en la cabeza intentar algo semejante, no tendrá usted ninguna posibilidad de disuadirlos.

—A su esposa no le han inyectado nada. ¿Qué hay que controlar entonces? —dijo Eli.

—Ay, eso no significa nada —continuó el profesor—. De nuestros señores no se puede esperar ninguna lógica. No en vano, realizan todas sus pruebas sin lógica y sin sistema. Solo son caprichos.

Prueban todo lo que se les ocurre. En un campo junto a Köningshütte, un *Oberscharführer* encerró el mes pasado a tres hombres y a tres mujeres juntos en un cuchitril. Les quitó toda la ropa y observó minuciosamente lo que hacían. A uno de los hombres le atiborró de comida, a otro le dio de comer normal y al tercero no le dio nada. Así quería probar cuál era la influencia de la alimentación en el rendimiento sexual. Cualquier niño podría llegar a darse cuenta de lo demencial del experimento.

Hans lo apoyó:

—En efecto, eso es solo un capricho personal. Tomen, por ejemplo, las pruebas con somníferos. La semana pasada vino un hombre de las SS al *Block 19* y eligió a tres presos. Les dio un polvo diluido en café de verdad y, al cabo de poco tiempo, se quedaron dormidos. Dos de ellos ya no se volvieron a despertar y el tercero se recuperó por casualidad a las treinta y seis horas. Puedo imaginarme cómo se realiza un «estudio» así. El señor de las SS todavía estaba un poco impresionado por el asunto Von Witzleben y no podía dormir por las noches, así que en el botiquín de su casa encontró unos pocos polvos procedentes de Canadá, pero no se atrevía a tomarlos, de manera que decidió realizar un «experimento científico» con un par de *Häftlinge*.

Eli lo interrumpió:

—Pero de antemano ya es absurdo analizar un experimento semejante. Es una pérdida de tiempo. Ese experimento de Königsshütte es solo la perversa satisfacción de un hombre que quería observar a estas personas en su vida sexual. Con experimentos como los del *Block 10* es algo distinto.

—Error, caballero —le espetó el profesor—. Todos los experimentos de los alemanes, bueno, digamos que toda la ciencia alemana desde 1933, no supone ningún avance si lo observas desde un punto de vista humano y científico. Un gran factor que ha contribuido a ello es, naturalmente, la eliminación de todos los científicos judíos. En la historia de la ciencia alemana, el número de investigadores judíos y extranjeros es llamativamente alto, y también te encuentras sobre todo a muchos polacos entre los científicos

«alemanes». ¡Gente como Copérnico fue anexionado por la propaganda en pro de la grandeza alemana!

—Pero ¿y si Hitler no hubiera echado a patadas a los judíos?

—La ciencia alemana tampoco habría avanzado mucho más. Ciencia significa, después de todo, análisis y conclusión. En Alemania, la conclusión está ya determinada de antemano y debe ser conforme a los dogmas del Estado. Mientras se trate de descubrimientos puramente técnicos, tales como los realizados en la industria bélica o en el terreno médico, el resultado de las investigaciones se acepta con gusto, pero tan pronto como un estudioso alemán pisa terreno químico o filosófico, ya sabe con antelación a qué conclusión debe conducir su investigación. Y, si es lo suficientemente estúpido como para llegar a un resultado contrario a la doctrina nacionalsocialista, seguro que no le quedarán muchas horas de vida.

—Comprendo todo eso muy bien, profesor, pero para volver a nuestras mujeres, aquí se trata de investigaciones puramente técnicas que muy bien pueden llevarse a cabo.

—La ciencia es un sistema que ha ido evolucionando al servicio de la sociedad humana. Por eso, nunca podrá concebirse científicamente una investigación que busque la esterilización en masa, porque el objetivo de la investigación de la ciencia alemana no es la humanidad, sino la raza alemana. Por lo demás, fíjese usted en la praxis. ¿Quiénes desempeñan aquí un papel importante? Clauberg, Goebel, gente de la Gestapo y Samuel, que quiere intentar salvar el pellejo. Las pruebas son realizadas por un *Scharführer*, que no tiene ni idea del asunto y debe su competencia al hecho de que antes vendía cepillos de dientes. No, caballero, una investigación que atenta contra cualquier principio humano no tiene nada que ver con la ciencia. Si uno de mis asistentes hubiera tratado en mi laboratorio a un animal como se trata aquí a las mujeres, le habría expulsado personalmente.

La exposición de Mansfeld había causado una gran impresión. Pero, apenas había acabado de hablar cuando el mensajero del *Block 9* se acercó a ellos: debían regresar de inmediato al *Block*, ya que este en su totalidad se trasladaría esa misma noche al *Block 8*.

Durante un par de horas se trabajó duro: se desmontaron armarios y mesas, se empaquetaron medicamentos y, por suerte, llegó una contraorden diciendo que el traslado se aplazaba hasta el día siguiente.

Fue un día de trabajo duro, teniendo que llevar a cuestas a los pacientes, los jergones y las camas.

El *Block 8* era un sucio y deplorable Bloque de Cuarentena. Al *Block 9* y al *10* iban a llegar gitanos, familias enteras, hombres, mujeres y niños en masa. Eran privilegiados que, por razones desconocidas, habían escapado de Birkenau e irían a otros campos de Alemania, porque a los gitanos no se los trataba distinto que a los judíos, si bien formaban un grupo mucho más pequeño y tenían en los diferentes países de Europa una posición social menos importante que ellos. En Birkenau, se los «ventilaban» también.

Por otra parte, una prueba más de que la persecución de los judíos en esencia no era de ninguna de las maneras una «lucha anticapitalista contra la plutocracia mundial judía».

Las SS habían sido adiestradas en el odio y era un órgano para someter al propio pueblo alemán y a pueblos afines. Su metodología la estudiaban en los judíos, los rusos y los gitanos, bajo la consigna de la pureza de la raza.

Los campos de Ellecom, junto al Parque Nacional de Veluwezoom y de Stutthof, junto a Danzig, se llamaban oficialmente *SS-Schulungslager*, campos de instrucción de las SS. En los campos, los hombres de las SS encontraban una satisfacción en las inclinaciones sádicas que se despertaban en ellos y, por el hecho de que obtenían estas posibilidades de satisfacción, siguieron siendo hasta el final los dóciles seguidores de Hitler.

Al cabo de una semana, ya habían adecentado y limpiado un poco el *Block*. Los pacientes yacían bajo mantas que mostraban todavía los restos de la suciedad de sus antecesores. Llevaban camisas que se desinfectaban una vez al mes, pero que no se lavaban nunca y, por lo tanto, se veían marrones por la sangre y negras por las picaduras de las pulgas. Pero a primera vista todo debía estar limpio, los suelos de un blanco resplandeciente y las camas bien

pintadas. Por eso había sido una semana dura, porque oficialmente no te daban nada y la pintura para las camas y las puertas se pagaba con el pan y la margarina que los enfermos recibían en menor cantidad.

Por desgracia, al noveno día llegaron nuevos gitanos y el *Block 8* se trasladó al *Block 7*. Ahora había dos mil gitanos en el campo y el desorden era mayor que nunca. Después de todo, Auschwitz era un «mal» campo. Alrededor de los tres bloques de gitanos, se había colocado una alambrada y siempre había dos centinelas, pero eso no podía impedir que junto a la alambrada se produjera un activo comercio.

Los gitanos recibían más pan que el resto y con él compraban embutido y patatas que los presos ordinarios introducían de contrabando en el campo. De esa manera, el pan se «devaluaba». Si al principio un pedazo de pan suponía doce patatas, ahora solo podías obtener siete. Con los gitanos, había música y baile durante todo el día. Los hombres junto a las vallas no podían dejar de mirar, hasta que el centinela los echaba a golpes o incluso sufrían castigos por zascandilear por el campo en las horas de trabajo. Aunque lo más salvaje se producía por las noches, cuando todo estaba oscuro. Entonces, los hombres del campo irrumpían en los bloques de los gitanos y muchas mujeres gitanas escapaban de su propia alambrada para amenizar la vida de los *Blockältesten* y de los *Kapos*, que solían tener su propio cuarto en los bloques de trabajo, y llenarse bien la barriga. Por lo demás, sin habitación también existía esa posibilidad, siempre y cuando hubiera algo de comer y de beber.

Había redadas en mitad de la noche. Los SS buscaban mujeres en todas las camas y por todo el campo. ¡Muchas víctimas! Todas las mañanas tenía que repararse de nuevo el alambre de espino. A Hans no le gustaba ese tumulto. Al contemplar esa diversión de los gitanos, sentías con tanto mayor dolor todo lo que echabas de menos en un campo, te sentías aún más como un enterrado en vida. Las mujeres gitanas le interesaban poco.

El tiempo que antes había estado charlando con Friedel ante la ventana, lo pasaba ahora con los colegas del piso de arriba o se ponía a hablar con el profesor Frijda, el catedrático de Economía de Ámsterdam que llevaba ya una semana en el *Krankenbau*. El hombre mayor había llegado con el último transporte holandés y se había puesto en la fila correcta junto al tren por casualidad. En Auschwitz fue a parar a la brigada *Strassenbau*, de construcción de carreteras. Solo había aguantado un par de semanas tirando de carros durante todo el día y fue así como llegó al hospital. Entre los médicos se hizo rápidamente muy popular por su actitud amable y modesta. «Le professeur hollandais» les parecía «très charmant», pero a Hans le tenía muy preocupado.

Por la mañana, antes del gong, los hombres se apelotonaban ante las ventanas del *Block 7*, que estaban frente al *Block 8*, para observar a las mujeres que estaban lavándose. Entonces llegaba el *Blockälteste*, que acuciaba a los pacientes para que se metieran de nuevo en la cama, pero no entraba en el *Pflegerstube*, el cuarto de los enfermeros, y estos se divertían de lo lindo con conversaciones erótico-gestuales con las mujeres gitanas más o menos desnudas.

Donde incluso san Antonio habría sucumbido a la tentación, Hans miraba también alguna vez al otro lado, pero todo quedaba en una mirada fugaz, porque la contemplación de mujeres solo conseguía despertarle el deseo hacia Friedel.

Las comunicaciones no habían ido muy bien y Krebs, un protésico dental holandés, había estado ya un par de días en el búnker por entregar cartas a las mujeres, entre las que también había habido una de Hans. Durante el interrogatorio, Krebs explicó que era una carta de un hombre a su propia esposa, que no había nada especial en ella. Por fortuna, Krebs era uno de los pocos prominentes holandeses y esa fue su suerte, porque con ayuda de su jefe, el *Obersturmführer* de la *Zahnstation*, la sección de dentistas, el asunto se había apaciguado pronto.

Tampoco con las visitas al hospital de Friedel había ido muy bien la cosa. Sí que acudía todos los miércoles, cuando las chicas tenían que ir al *Krankenbau* a la consulta, pero siempre estaba allí el SDG,

que era un tipo asqueroso, un rumano. Los hombres extranjeros de las SS siempre eran más ruines que los propios alemanes. Este molestaba a las chicas, siempre estaba justo encima durante los reconocimientos y solía desaparecer con una de las muchachas, llevándosela arriba, a uno de los cuartos de los ópticos o a la farmacia.

Entonces los chicos aprovechaban su oportunidad para hablar con sus mujeres. Eran Hans, Majzel y De Hond, a los que el segundo SDG les dejaba entrar un momento. Friedel le hablaba del nuevo *Block*, de que allí no había experimentos y las chicas trabajaban en toda clase de brigadas. Ella estaba en el equipo de noche, en la sastrería, que no era muy agradable, porque debía pasarse doce horas seguidas en ese desván, entre el polvo, cosiendo viejos trapos y, si no había terminado con su paquete, recibía una paliza. No podía soportar ese polvo y tosía cada vez más. Pasaba poco tiempo antes de que el rumano volviera a hacer acto de presencia. Había bebido, hacía comentarios sucios y echaba a todos los hombres.

¿Cuándo volvería a ver a Friedel? Debía idear algo mejor. Eso había sido el miércoles. El jueves se fueron todos los gitanos y el viernes otra vez a trasladarse. Regresaron al *Block 9*, que tenía un aspecto terriblemente maltrecho.

A la mañana siguiente, *Achtung!*, el *Lagerarzt*. No fue a las salas, en las que todavía había un enorme revoltijo, sino que entró directamente en el cuarto del *Blockälteste*, donde estuvo hablando durante un par de minutos con el jefe médico. Cuando se hubo ido, Zielina convocó a todos los médicos en el ambulatorio.

Debía hacerse una lista de todos los pacientes y, tras los nombres, el médico debía poner si al paciente podía dársele de alta y, si no, cuánto tiempo debía permanecer todavía en el hospital: una, dos o tres semanas, o más de tres. Las miradas se volvieron sombrías, porque comprendieron que algo feo se escondía detrás. La discusión llegó a más, dónde estaría el límite, cuánto tiempo podía estar enfermo alguien sin riesgo de acabar en la cámara de gas.

Hans estuvo hablando mucho con Flechner, el colega francés que trataba a Frijda, sobre el destino del profesor. No podían decir que estaba sano, porque entonces le darían el alta de inmediato y el hombre no podía caminar ni cien metros, pero «más de tres semanas» tampoco se atrevían a poner, porque eso significaría el final con toda seguridad. Para colmo de males, el *Lagerarzt* se había llevado todas las fichas, de manera que tampoco podían ocultar ya al profesor.

Llamaron a Zielina y decidieron prescribirle tres semanas. De ninguna decisión de su vida se ha arrepentido Hans nunca tanto como de esta.

Al día siguiente, devolvieron el fichero y solo faltaban las fichas de los judíos que debían quedarse más de dos semanas en el hospital, a los que se llevarían el siguiente día para emplearlos en el taller de tejidos de Birkenau, en una brigada en la que no se trabajaba muy duro. El taller de tejidos de Birkenau era la «mayor fábrica del mundo» y ya se habían llevado a un par de millones de personas con este pretexto a la cámara de gas.

El domingo por la mañana Zielina le dio el día libre a Hans. El *Kapo* de la *Strassenbau* era un amigo de Leen Sanders y, con su recomendación y una cajetilla de cigarrillos, con la que había contribuido un paciente polaco para este fin, se le permitió a Hans que saliera con ellos. Treinta hombres trabajaban en el nuevo campo para mujeres y Hans fue introducido de contrabando entre ellos.

Él no era el único invitado. Ciertamente, la mitad de la brigada dominical estaba interesada en las chicas. Los SS todavía no se habían percatado del truco y, de esa manera, podían pasear bastante tranquilos por el campo de mujeres, siempre que llevaran consigo un par de piedras o una pala para ponerse de inmediato a trabajar un poco si se acercaba un hombre de las SS o una *Aufseherin*, dijo el *Kapo*.

Varios muchachos desaparecieron con sus novias en uno de los desvanes, pero a Friedel no le apetecía nada semejante «amor

robado» y se quedaron tras una puerta de su *Block*, hablando mucho tiempo sin interrupciones. Hans se quejaba del caso Frijda.

—No se puede hacer nada —le consoló Friedel—. Si a un paciente no puedes darle el mejor medicamento, en la mayoría de los casos tampoco nadie puede reprocharte nada y, de todos modos, ¿cómo podía esperarse de ti que hubieras respondido bien a esa pregunta trampa?

Eso era cierto y Hans intentó sobreponerse al sentimiento de autorreproche.

Al día siguiente, llegaron los camiones y Hans se sintió fatal. Allí iba el profesor Frijda, una vez rector de la Universidad de Ámsterdam y director de tesis de la reina Guillermina. Le estrechó la mano a Hans y le pidió que saludara a todos sus parientes de su parte si sobrevivía.

—Pero profesor, usted los volverá a ver.

¿Qué otra cosa podía decir? No tuvo el valor de llamar a las cosas por su nombre y hubo de mentir sobre Birkenau.

Luego llegó un hombre de las SS y empujó al profesor hacia el camión. Uno de los eruditos más famosos y estimados de Holanda se subió, con una camisa mugrienta y sandalias de madera, al camión que lo llevaría a la cámara de gas.

Con las SS nunca sabías a qué atenerte. Veías las contradicciones más burdas: por la mañana, cuando salían marchando miles, rígidos, en filas de a cinco, al encuentro de un duro día de trabajo sofocante, palizas y hambre, en la puerta tocaba la banda de música compuesta por cincuenta presos. Una vez los médicos tuvieron que confeccionar listas de aquellos que entraban en consideración para alimentación complementaria y, al día siguiente a la presentación de las listas, se llevaron a los desdichados desnutridos a la cámara de gas.

A las mujeres judías, esclavas laborales, se las azotaba sin más, pero cuando el hombre de las SS sentía necesidad, tomaba sin complejos a una de esas muchachas. «Und bist du nicht willig, so brauch ich Gewalt». (Y si no te muestras complaciente, te trataré con violencia).

Si un preso era atrapado mientras sustraía un pedazo de pan, recibía bastonazos, pero el comercio de oro o diamantes y los trapicheos en el matadero (una vez catorce cerdos a la vez) iba todo a través de las SS.

En el otoño de 1943 se descubrió un complot para realizar un sabotaje en Maydanek, el campo de concentración cerca de Lublin, y las SS decidieron entonces liquidar a los dieciocho mil judíos en un solo día. Se excavó una enorme trinchera rectangular. En un lado del rectángulo, se desnudaban las personas y luego doblaban la esquina para que les dispararan allí, mientras cinco orquestas acallaban el jaleo de las ametralladoras y los gritos de las víctimas.

El *Lagerarzt* Klein era un experto a la hora de seleccionar. Una noche toda la población del campo tuvo que desfilarse desnuda en la antigua lavandería por delante del *Rapportführer*. Se desnudaron fuera, en la Birkenallee. En la entrada había un par de *Blockältesten* que daban a cada uno un empujón y se apuntaba el número de quien tropezaba en el umbral: ese era un «musulmán». Quien marchaba con el pecho hinchado por delante de los señores se libraba. Así fue como eligieron aproximadamente a unos mil que metieron en un *Block* vacío y por la noche dejaron libres a todos los no judíos. Al día siguiente, los judíos desfilaban entre el *Block* 8 y el *Block* 9 ante el *Lagerarzt*, que controlaba si tal vez aún había alguno fuerte entre ellos. Estaba muy ocupado hablando con Hoessler, el *Lagerführer*, y casi siempre con la espalda vuelta hacia la columna que pasaba desfilando por delante, pero de vez en cuando se daba la vuelta y escogía a uno cualquiera que volvía a salvarse, de momento.

*

En el campo había por esa época dos *Blocks*, el 22 y el 23, rodeados por alambre de espino. Iban a venir mujeres. En el *Block* 23 se habilitó un pequeño ambulatorio.

Friedel empezaba a tener cada vez peor aspecto. No podía soportar el trabajo por las noches en la sastrería, tosía cada vez más y tenía fiebre con regularidad. Por eso, Hans decidió ir a ver al *Lagerarzt* para preguntarle si podía trabajar de enfermera en el ambulatorio nuevo.

A Valentin, el jefe médico de las salas superiores, le pareció que estaba loco. El *Lagerarzt* le partiría los morros, podía echarle a patadas del hospital y meterlo en una brigada de castigo por una impertinencia semejante. No se te permitía saber que tu mujer estaba aquí, no digamos ya hablarle de ella al *Lagerarzt*.

Pero Hans contaba con la inconsecuencia, con las contradicciones internas de estos oficiales de las SS. Y, en efecto, el mismo hombre que había empujado a la muerte a miles porque estaban enfermos o débiles, no puso ningún inconveniente en que Friedel fuera trasladada de la sastrería al ambulatorio en el *Block* 23, «porque tosía mucho debido al polvo de esa ropa vieja».

Tras la gran selección, de la que también había sido víctima el profesor Frijda, el *Krankenbau* se quedó medio vacío y los enfermeros empezaron a tener miedo. «Si se produce otra selección de esas, liquidarán en seguida a un grupo de enfermeros, porque hay demasiados».

Con el peligro inminente, tuvieron de pronto la sensación de que debían convertirse en héroes. Mientras que antes en las *Kommissionen* nunca había pensado nadie en la resistencia, ahora les parecía que no podían rendirse, así sin más. Klempfner, un médico checo de la sala superior, convocó a Hans y a Eli Polak una noche:

—Hay una organización en el campo. Los detalles, desde luego, no os los puedo contar, pero en nuestro *Block* ya hay quince personas que van a escucharme. ¿Queréis participar vosotros también?

—Desde luego —le pareció a Eli—. A fin de cuentas, no tenemos nada que perder.

—¡Bien!, si pasa algo, llamaré a uno de vosotros para darle instrucciones. Así veréis por vosotros mismos lo que ocurre.

No llegó nunca a pasar nada. Al cabo de una semana aproximadamente, vino la orden: el *Block* 9 se suprime, los enfermos y los enfermeros se trasladan al *Block* 19, otro bloque de enfermos que también estaba medio vacío. En la sala de Hans no hubo cambios y Zielina siguió siendo el jefe médico. En el *Block* 19, el *Blockälteste* era Sepp Rittner, un tipo gigantesco, comunista, que llevaba siete años en distintos campos, pero que todavía conservaba un radiante humor vienés. La «sangre vienesa», que no se había dejado enfriar por ninguna tiranía prusiana. Hans ya lo conocía desde que llegó a Auschwitz y eran buenos amigos. Ahora empezaba la buena vida.

En el *Block* 19, Hans fue emancipándose hasta convertirse en un prominente. El médico de sala Ochodsky se había ido en un transporte y Zielina, que ahora también había tomado a su cargo el tratamiento de los pacientes no judíos, fue cediéndoselo todo poco a poco a Hans.

Ahora que trataba a los pacientes, ya no tenía que hacer el trabajo sucio, y además mantenía un contacto mucho más estrecho con ellos y recibía de sus paquetes muchas más cosas que antes.

Iba a visitar a Friedel todos los días y le llevaba cosas de sus tesoros. Después de todo, ahora estaba otra vez en un *Block* del

mismo campo. Desde luego, era peligroso, ya que en las primeras semanas mataron a tiros a dos hombres que querían hablar con las mujeres junto a la verja por la noche. Y el domingo por la noche, a un chico de dieciocho años que había descubierto que estaba allí su hermana, a la que llevaba sin ver más de medio año. Pero precisamente siempre son los mayores fulleros los que se mantienen impunes por todas partes. Eso suponía Hans cuando cada día cruzaba paseando con gran valentía la verja hacia el *Block 23*, llevando una redoma bajo el brazo o un tensiómetro. A veces, también llevaba una báscula con un colega. Cuanto más llamaran la atención, tanto mejor. Y, si alguna vez un hombre de las SS preguntaba algo, eran médicos que tenían una tarea que realizar, iban al ambulatorio de mujeres, etcétera.

El único peligroso era el SDG, el rumano, que sabía muy bien que Hans no tenía ninguna tarea en absoluto. Una vez los pilló, mientras Hans estaba hablando con Friedel. Lo amenazó y lo echo con cajas destempladas, pero todo quedó así. Un domingo, poco después de Año Nuevo, vino Alfonso Colet a ver a Hans. Colet era el nuevo *Kapo* de la Desinfección, un español, uno de los muchos adeptos al Gobierno legítimo que había huido del régimen de Franco, pero en Francia cayó en manos alemanas —salió de Guatemala y se metió en Guatepeor— y así había venido a dar con sus huesos en un campo de concentración. Aquí, en Auschwitz, era el centro de un grupo de españoles y *Rotspanier*, alemanes que habían luchado de voluntarios durante la Guerra Civil en el bando del Gobierno legítimo. Franco los entregó a Hitler y este, a su vez, los había enviado de nuevo al campo de concentración.

—¿Te vienes al *Block 23*? —le preguntó Colet.

—¿Qué excusa tienes?

—No hay nadie que me pregunte nada. Por lo demás, mañana mis chicos tienen que desinfectarlo y por eso hoy quería ir allí a ver lo que hay que hacer.

Colet era amigo de Sara, la *Blockälteste* sustituta, una belga. Tras el potaje del mediodía, se pusieron en camino y así permanecieron toda la tarde en el cuarto de la *Blockälteste* del *Block 23*. Estuvieron de cháchara y lo pasaron de maravilla. Más tarde se les unió un

Kapo de la cocina que tenía una botella de aguardiente y una relación con la *Blockälteste*.

La escribiente del *Block* estaba junto a la verja y daría la voz de alarma si se acercaba al bloque de las mujeres algún hombre de las SS, que echaban a golpes a los trabajadores de las brigadas que querían mirar a las muchachas junto a la verja en su tarde de domingo libre, pero los centinelas no se imaginaban que alguien pudiera ser tan atrevido como Colet y Hans.

—Ahora es más seguro robar medio millón que medio florín. — Colet hablaba del nuevo *Lagerälteste* judío. Desde que se habían llevado a todos los polacos y los alemanes se habían incorporado en gran parte a las SS, casi solo quedaban judíos en el campo, así que habían llegado a designar incluso a un *Lagerälteste* judío, pero al cabo de dos días el hombre se había vuelto loco: le había dado un ataque de megalomanía. Estaba en su cuarto, en la cama, cuando entró Kaduk, el segundo *Rapportführer*, y le ordenó levantarse. Pero el *Lagerälteste* dijo que no pensaba dejarse mandar por Kaduk, qué él, como *Lagerälteste*, no era el chico de los recados del *Rapportführer*. Tuvieron una enorme discusión y el *Lagerälteste* está ahora en el búnker.

Las mujeres se reían de buena gana, porque para alguien en un campo de concentración esa era una historia muy graciosa, que un *Häftling*, aunque fuera *Lagerälteste*, echara pestes así del *Rapportführer*.

Pero Hans estaba mejor enterado:

—Esa historia no es tan divertida como parece. Lo que cuenta Alfonso es la lectura oficial de las SS. En realidad, el asunto es muy distinto, porque han llegado paquetes de la Cruz Roja para el campo y los alemanes debían tener la firma de un representante de los presos que confirmara que los paquetes se habían repartido. El *Lagerälteste* se negó a firmar, porque ningún preso recibió nunca nada, y ahora está en el búnker y seguramente ya no saldrá vivo de allí.

El aguardiente del *Kapo* de la cocina resultó ser más poderoso que el triste destino del *Lagerälteste* y, por tanto, siguieron manteniendo

el sentido del humor. Tenían tres sillas para los seis pero se comportaron dentro de los límites de la decencia, aunque los límites de la decencia significaban aquí naturalmente algo muy distinto de lo que habían significado en casa.

Friedel estaba demasiado enamorada como para hablar mucho y Sara llevaba la voz cantante. Habló por los codos de los hombres que habían estado en el *Block* la Nochevieja con toda una banda después de haber sobornado al *Blockführer* de servicio con una botella de aguardiente.

Hans ya se había enterado de bastantes cosas. No solo de que los judíos últimamente podían entrar en las mejores brigadas, sino de que estaban incluso en la orquesta. Habían enviado de todos los campos de los alrededores músicos judíos a Auschwitz y, entre ellos, habían creado una banda de *swing* compuesta en su totalidad por holandeses, ya que los mejores de la orquesta eran holandeses, sobre todo entre los músicos de *jazz*. Allí estaban Jack de Vries y Maurice van Kleef, Lex van Weren y Sally van der Kloot. Además, Ab Frank, director de la orquesta Bouwmeesters Revue. Hans había tocado el clarinete con ellos y esa Nochevieja había estado él también presente, pero se había ido en seguida al cuarto donde dormía Friedel. Eso no lo podía saber Sara y, por lo demás, tampoco era necesario que lo supiera.

Sara, medio borracha, siguió parloteando. Ahora sobre la Sauna. La Sauna era el gran baño en el que había doscientas duchas. La brigada que trabajaba allí era la que estaba más en boga de todas las brigadas, porque podían verse a más mujeres desnudas juntas que en cualquier lugar del mundo, a veces hasta mil a la vez. Algunos de los hombres que trabajaban allí eran auténticos canallas que se metían entre las mujeres y les tomaban el pelo sin avergonzarse. Por medio paquete de margarina, podías salir un día con la brigada. Si ese día venían mujeres de Birkenau a bañarse, mala suerte, porque ese era un espectáculo desagradable, ver a todos esos cuerpos agotados, desnutridos, casi tan sucios después del baño como antes, pero si venían mujeres de Auschwitz, de las mejores brigadas, entonces...

Los más impertinentes eran, desde luego, los hombres de las SS, que iban allí a divertirse. Los obligaban a que hicieran gimnasia y luego se ponían a hacer «revisiones». Una mujer ya se había quedado embarazada en el *Block*.

Friedel y Hans no estaban tan atareados como los demás. Todo era muy agradable en una tarde así, pero precisamente ahora que estaban tan cerca el uno del otro, crecía más el deseo: el deseo de libertad, de una casa, de niños, de vida. Eran privilegiados, los únicos entre todos esos miles que había aquí, pero solo era un sucedáneo.

Hans se puso melancólico. Siempre le pasaba cuando bebía un poco. Friedel intentó animarlo, le acarició la cabeza y bromeó sobre su calvicie, pero él hablaba del futuro, de la decisión inminente. En el periódico de ayer había aparecido por primera vez algo sobre la ofensiva rusa. Los rusos habían acometido la ofensiva y los alemanes debían «reducir el frente con el fin de ganar tiempo para la entrada en vigor de las contramedidas necesarias». La decisión ya no podía aplazarse por mucho más tiempo. El frente estaba solo a ciento cincuenta kilómetros de Auschwitz. La tensión aumentaba.

La tensión aumentaba cada vez más. El martes por la tarde los periódicos escribían sobre el «Distrito Cracovia». El miércoles ya no llegaba el diario *Krakauer Zeitung*. Cada vez eran más frecuentes las alarmas aéreas, cada vez más normales los cortes de suministro de luz, sin duda como consecuencia de las acciones de los partisanos. Por las noches, a veces se oía muy lejos y apagado el retumbar de los cañones.

El miércoles por la tarde Hans y Eli estaban trabajando en el ambulatorio del *Block 28*, ya que una vez a la semana pasaban allí consulta. Era un trabajo horrible, porque solo tenías un par de pedazos de vendas de papel y un poco de pomada para vendar. Si querías conseguir una aspirina para un enfermo, debías superar un sinfín de dificultades burocráticas y luego resultaba que casi nunca quedaban existencias. Salvo si el paciente tenía cigarrillos o margarina pues, en ese caso, podía dirigirse a los enfermeros de

ambulatorio, que sí tenían vendas y aspirinas compradas a los presos que trabajaban en el *Revier* de las SS, ya que en sus desvanes había existencias inagotables: apósitos, medicamentos, artículos de aseo, lo que quisieras. Los presos no conseguían casi nada por la vía oficial, pero Hans tenía algo en el bolsillo: un rollo de esparadrapo y un poco de gasa. Él lo «organizaba» en el ambulatorio del *Block* 19, o lo compraba para vender a los holandeses. Tenía pan de sobra y no podía llevárselo todo a Friedel.

Así, pronto tuvieron todo un círculo de holandeses a su alrededor. El trabajo no avanzaba mucho a la luz de las velas y ya no existía el orden. En el ambulatorio había grupos que discutían por todas partes con vehemencia. El problema de la evacuación, el exterminio o la rendición a los rusos los mantenían ocupados. Nadie llegaba a una conclusión y todo era igual de inverosímil.

Ya por la noche, llegaron unas mujeres con una paciente a la que había que operar y la Dr. Alina Brewda estaba entre ellas. Había sido *Blockälteste* del *Block* 10 durante medio año, hasta que se había negado a colaborar con unos experimentos determinados. Era el ángel custodio de Friedel, de manera que Hans la conocía bien.

Con las mujeres habían venido una *Aufseherin* y una *Blockführerin*, pero ellas tampoco podían sustraerse a la tensión y abandonaron a las mujeres a su suerte. Brewda se dirigió a Hans y le preguntó qué pensaban los hombres al respecto.

Hans no lo sabía y solo se alegraba de que el fin estuviera a la vista.

Brewda era pesimista. Ya había visto demasiado. Era de Varsovia, donde habían apretujado en el gueto a medio millón de judíos en un lugar que tenía capacidad para 150.000 personas. Fueron sacándolos de allí sucesivamente. Una vez habían llegado a liquidar en Treblinka a 23.000 en un solo día, probablemente el récord de las SS. Todavía más que los 18.000 de Maydanek. Fue entonces cuando los judíos de Varsovia comprendieron que ya no había escapatoria y comenzó el alzamiento, que se produjo en abril de 1943.

Los polacos de los alrededores les dieron armas y se atrincheraron en los viejos edificios del gueto. A las SS les costó un

esfuerzo enorme penetrar en las calles y, cuando se habían hecho con el control de la ciudad-gueto, los judíos armados seguían estando por todas partes en los sótanos y en los canales subterráneos, de esos que tanto abundan en una ciudad antigua. Los accesos a los sótanos estaban camuflados tras el armario de un fregadero que se podía correr o debajo de una alfombra que se podía levantar. Por la noche, salían y provocaban masacres entre las tropas de ocupación de las SS, que no podían hacerse con el control de estas acciones clandestinas. Entonces, solo les quedó la opción de minar todas las casas y echarlas abajo.

—Únicamente escaparon algunos miles, como yo —contó Brewda—. Todos los demás cayeron en manos de las SS. El alzamiento en el gueto de Varsovia fue el ejemplo de una guerra popular. Estaba perdida de antemano, ya que medio millón de judíos mal armados nunca podría haberle ganado la guerra a Hitler. Todavía quedan allí sepultados bajo los escombros cientos de miles, pero se llevaron consigo a la tumba a 20.000 hombres de las SS.

Si el niño empieza a llorar, la madre despierta del sueño más profundo. Aunque durante el sueño se pierda el contacto sensorial con el mundo exterior, el espíritu sigue alerta, sobre todo si estamos esperando algo. A las tres de la madrugada empezaba a sonar el gong y, al cabo de algunos segundos, todo el campo estaba revuelto. Hans se vistió rápido, vio que los hombres salían de los *Blocks* fluyendo como los ríos y se colocaban para el recuento. Así pues, evacuación. Hacía mucho frío y una fina nieve descendía revoloteando, pero nadie parecía sentir el frío y en todos había una excitación demasiado grande, porque el final se acercaba. Ocurriera lo que ocurriese, Auschwitz se había terminado ya.

En el *Block* 23 y en el 24 todo estaba oscuro todavía. Hans regresó al *Krankenbau* de nuevo y fue a ver a Sepp para preguntarle que debían hacer.

—Nada —dijo Sepp—. Para los enfermos todavía no hay instrucciones. Por lo demás, tampoco tenemos ropa que darles y así no los dejaré marchar.

Sepp tenía razón y Hans animó a la gente a que se quedara tranquila, pero casi todo el mundo había salido de la cama y muchos

deambulaban por el campo, en busca de amigos de quienes querían despedirse.

Media hora después del gong, hubo un recuento. No cuadraba nada, pero ¿qué podían hacer? El recuento se suspendió, por lo demás, y los hombres debieron formar por brigadas, como cada mañana.

A las cinco se pusieron en marcha los primeros grupos, que eran las brigadas que no eran de vital importancia, como las de *Strassenbau*, construcción de carreteras y *Fluszkies*, guijarros de río. Las fábricas y las empresas de alimentación se quedarían todavía.

Mientras iban marchando, surgían ya los rumores que, como siempre, eran un claro reflejo de lo que deseaba la gente: «La mitad está ya en los transportes, el resto se queda y continúa con su trabajo sin más. Las máquinas se trasladarán y nosotros nos quedaremos hasta que lleguen los rusos».

Largas filas de carros entraron en el campo. Cargaron panes y conservas en el almacén de la cocina y siguieron a los transportes que ya estaban de camino.

Entre tanto, la luz se había encendido en el *Block 23*. Hans fue a la parte de atrás. Nadie vigilaba ahora para que ninguno se acercara al alambre de espinos, pero ¿cómo llamar la atención? Estuvo silbando todo tipo de cancioncillas. Luego: *La Brabanzona*, el himno nacional belga, que consiguió con éxito que la belga abriera la ventana: sí, iría a llamar a Friedel.

*

—¡Friedel, quédate lo máximo que puedas!

—No, cariño, es demasiado peligroso.

—Hazme caso.

No estaban de acuerdo, pero Friedel debía marchar y estaba atareada buscando ropa. Más tarde, cuando amaneciera, Hans intentaría entrar en su *Block*.

Regresó pasando por delante de las largas filas de los que iban a partir, que tiritaban de frío porque llevaban ya un par de horas fuera y, después de todo, casi no se habían abrigado. Ese par de trapos de lino no ofrecía ninguna protección y algunos se habían envuelto en una manta, pero muchos no se habían atrevido; como si todavía importara seguir las reglas del campo, ahora que ya se habían rendido.

En el *Block* 19 estaban los enfermeros formados. Sepp había recibido instrucciones de que debían ir con las angarillas a la *Bekleidungskammer*. Allí se entregaría ropa para los enfermos.

A las ocho habían salido las brigadas correspondientes, se había hecho de día y Hans estaba otra vez de camino al *Block* 23 cuando se topó con el *Rottenführer*, que buscaba enfermeros para un trabajo en el bloque femenino. No quedaba más remedio que poner las cartas boca arriba y le preguntó si él podía ir también para despedirse de su esposa. El rumano esbozó una sonrisa de suficiencia.

Friedel no cabía en sí de alegría cuando llegó. Ya había salido un transporte de mujeres y la habían estado buscando por todas partes, pero ella se había escondido en el desván, porque quería despedirse de él. Llevaba solo un instante cuando el *Rottenführer* ordenó que lo llamaran: el holandés debía presentarse en seguida, porque en el desván había un horno de carbón que había que llevar a la lavandería.

Hans maldijo, pero no se atrevió a protestar y bajó el horno del desván, que era pesadísimo. Cuando estaba enfadado, le gustaba hacer precisamente ese tipo de cosas, así que llevó el horno a la lavandería de una tirada y lo dejó allí plantado. Mientras estaba recobrando el resuello un rato, vio llegar de nuevo al *Rottenführer* con los otros muchachos que no llevaban nada. Así pues, él había tenido que cargarlo solo y no había podido quedarse con su esposa. Qué cabrón era ese *Rottenführer*. Pero ahora se la jugaría. El *Rottenführer* fue con los muchachos a la *Schreibstube* para recoger los papeles, porque había que quemarlo todo, y, entre tanto, Hans desapareció. Cuando estuvo de nuevo frente a Friedel, se sintió algo desconcertado.

—¿De verdad que no quieres intentar quedarte?

—No, liquidarán a todos los enfermos.

—Pero ese viaje es terrible, ¿lo aguantaremos?

—No hay nada que hacer, Hans. Prométeme que tú también te irás.

Él dudó. Se lo prometió, pero al mismo tiempo sintió que era su primera deslealtad para con ella, porque tenía un miedo terrorífico a ese viaje. En ese momento, se abrió la puerta y allí estaba Colet.

—Le he dicho a Sara que debía quedarse, pero no se atreve. — Hans dijo que no comprendía a las mujeres, pero de todas formas no había nada que hacer.

Entonces se oyeron gritos por el *Block*: «¡Todas a formar!». La despedida fue breve. Friedel tenía miedo de mostrarse débil. Huía, como siempre, de los sentimientos que la asaltaban.

Hans se dio la vuelta al llegar a la puerta, pero ella levantó los brazos como si quisiera implorarle que se fuera ya para no hacerlo más difícil.

Ese día no ocurrió ya nada especial y Hans se encontraba como aturdido. Durante dos años habían estado luchando juntos. En muchas ocasiones se habían librado por los pelos, pero una y otra vez habían seguido juntos. Primero en el tren, la selección. Luego ese mes preocupante que él estuvo en Birkenau y, más tarde, el traslado del *Block* 10. Siempre se habían vuelto a encontrar, ¿pero ahora?

A la mañana siguiente, vino el *Kapo* de la cocina con una carta. «Hans, llevo ya desde ayer en el *Lager* de las mujeres. Creo que tenías razón. Habría sido mejor quedarse, es lo que todos quieren aquí, pero no será posible. ¡Si esa Sara no hubiera sido tan tonta! Acaban de vaciar el *Block* junto al nuestro, han sacado a las mujeres a culatazos. En fin, haré todo lo posible, mi muchacho. Sé valiente, nos volveremos a ver algún día. Ya vienen por allí. Adiós, mi maridito.» La leyó y la releyó. ¿Qué quería decir con «Si esa Sara no hubiera sido tan tonta»? Fue a ver a Colet.

—Ayer llevé tres juegos de ropa de hombre al *Block* 23 para las dos Saras y para Friedel, pero mi Sara no se atrevió.

Hans habría podido darse de golpes contra la pared. Esa habría sido la solución, ropa de hombre y luego, juntos, vencer o morir.

—¿Qué vas a hacer ahora, Alfonso?

—No nos iremos, bajo ningún concepto. Ya verás como mañana se marchará el resto del campo, salvo quizá los enfermos. Pero nos esconderemos. No nos apetece nada reventar en la nieve mientras vamos de camino.

—¿Dónde quieres esconderte? —preguntó Hans.

—Si mantienes el pico cerrado, te lo mostraré.

Bajo la enorme pila de ropa sucia que había en el sótano de la Desinfección, se habían creado un escondrijo. El sótano era de hormigón y el pequeño edificio superior de madera. Si se derrumbaba, seguirían estando seguros. Alfonso resultó estar bien informado.

A eso de las once, el *Lagerälteste* corría por el campo como loco: «¡Todos a formar!». Salió incluso el personal de cocina. El único sitio

donde no había ocurrido nada era el *Krankenbau*. Ya casi no había nadie de las SS, se habían ido con los transportes y, a partir de ese instante, empezaba el saqueo del campo.

De la *Bekleidungskammer* sacaron ropa, en la *Effektenkammer* se rompieron las bolsas y cada uno se buscaba lo mejor. Los almacenes debajo de la cocina se reventaron y los enfermos, que apenas habían podido arrastrarse, estaban ahora atiborrándose con latas de carne y barriles de chucrut. Y lo que era peor aún: en un sótano habían encontrado vodka. Vodka polaco, que no era otra cosa que alcohol puro, un poco diluido, que te ardía en la garganta y no sabía a nada.

Al anochecer, cayeron las primeras víctimas: enfermos, mareados, vomitando y con diarrea, se sentían muy mal, y otros, que estaban revolcándose por la calle o totalmente aturdidos, tirados en el arroyo, terriblemente borrachos. Fue una noche muy movida.

A las ocho llegó el *Rottenführer* con un par de esbirros. Todo el que pudiera caminar debía prepararse. Casi todo el mundo quería marcharse. Solo los polacos se quedarían, porque todos se declararon demasiado enfermos para el traslado. Por lo visto, esperaban a los partisanos. Se discutió mucho sobre en qué condiciones estaba cada uno.

En cada *Block* debía quedarse un par de médicos. En el *Block* 19 estaban Akkerman, un holandés no judío, y Hans, que preferían los peligros del campo a los del transporte. Hans contaba con Colet y sus compatriotas españoles.

A las diez, el *Rottenführer* gritó que todo el mundo debía salir afuera, a lo que siguió la acción maravillosa de Sepp de cerrar la puerta por dentro, colocarse delante a todo lo ancho e increpar a todo aquel que quisiera salir: «Idiota, con tu cuerpo enfermo a la intemperie, qué va a ser de ti. Siempre habrá tiempo de sobra para que el rumano venga a buscarte».

Pero el rumano no vino a por ellos. Solo estaba con un par de hombres y esta situación le venía grande. Con todo el equipamiento militar, con el casco puesto, una carabina a la espalda y una linterna

en la mano, no se sentía cómodo en absoluto, porque a él también se le había terminado la buena vida ahora, así que no se percató en absoluto de que nadie del *Block* 19 se había puesto a formar y, de esa manera, Sepp salvó la vida de cientos de hombres en un instante de resolución.

Cuando había partido el *Krankenbau*, el campo se quedó muy vacío. En los tres bloques hospital había un par de cientos de enfermos que no habían podido moverse y luego el repleto *Block* 19, lleno de enfermos y de toda clase de personas del campo, que habían venido con Sepp para ocultarse.

Por la noche, tal vez serían las once, se produjo un incidente. Akkerman había ido con un par de hombres a la cocina para recoger alimentos. En la plaza, ante la cocina, se encontraron a un hombre de las SS. Seguro que se pensaba que quienes estaban acercándose a la cocina eran saqueadores y disparó sin avisar: Akkerman recibió un disparo en el vientre y, una hora más tarde, estaba muerto. Al enterarse de la desgracia de Akkerman, Hans tuvo la sensación de que había que hacer algo, porque ahora sí que realmente lo serio estaba por empezar.

Fue a la Desinfección, donde los españoles se hallaban en plena deliberación. Algunos estaban a favor de esconderse en el sótano, otros —entre los que se encontraba Colet— preferían huir. Habían encontrado en uno de los almacenes una metralleta y, si se topaban con pequeños grupos de las SS, podrían defenderse.

Decidieron que Hans y Colet fueran a hacer un reconocimiento. En el *Block* 15, que daba a la puerta de entrada principal, había luz. Era el cuerpo de bomberos que había recibido órdenes de quedarse en el lugar. Habían remolcado un piano de la sala de conciertos y hacían un ruido terrible, como si se tratara de un muchacho pequeño que tiene miedo a la oscuridad y oculta ese miedo poniéndose a cantar muy alto.

Admitieron que la situación era precaria, pero no sabían nada nuevo. Los rusos estaban aún a las puertas de Cracovia y todavía podía ocurrir de todo antes de que llegaran a Auschwitz.

Cuando Hans y Alfonso salieron, oyeron voces junto a la puerta. Era alemán, un dialecto ininteligible cualquiera. Se deslizaron a lo largo de la cocina y, mirando con un espejo a la vuelta de la esquina, vieron que se trataba de dos soldados de la Wehrmacht, hombres mayores que estaban de guardia. Los muchachos volvieron a deslizarse de nuevo hasta el *Block* 15 y luego se pusieron a andar sencillamente por el camino hacia la puerta.

—Buenas noches —dijeron los soldados.

—Buenas noches, ¿están de guardia?

—Sí, estamos aquí con un compañía en un edificio cercano. — Uno de los soldados quería comprarle el reloj a Alfonso a cambio de tocino. Alfonso estuvo negociando un poco con él, confiando en enterarse de algo más, cuando de repente llegó un coche. Habrían querido irse, pero era demasiado tarde. El hombre del coche los llamó. Era el *Sturmbannführer* Krause, el mismo que acababa de matar a Akkerman de un disparo.

—¿Qué estáis buscando aquí?

—Somos enfermeros y estamos haciendo una ronda. Cada hora debemos dar una vuelta para ver si no ocurre nada especial, no hay fuego en los *Blocks* o algo semejante —improvisó Hans.

—Dejadnos a nosotros la vigilancia y no salgáis ya de los *Blocks*. Me estoy ocupando de conseguir vagones para esos enfermos que quedan todavía aquí. ¿Cuántos hay aproximadamente?

—Dos mil —exageró Hans para dificultar más el asunto con esos vagones.

—Bien, al despuntar el día iremos a recogeros. —Una vez llegados a la Desinfección, decidieron rápido. Se fugarían.

Había tres grupos. Uno bajo la dirección de Klempfner iría al *Bauhof*, donde sabían que había un búnker. El segundo grupo se escondería cerca de la ciudad, junto a la carretera que llevaba al campo, y los españoles irían a Rajsko, desde donde podías ver la carretera hacia el oeste recorriendo el río Sola. Todos estaban más o menos armados y, si los descubrían, no se entregarían.

Los españoles fueron los últimos que partieron y con ellos Hans y Van den Heuvel, su *Stubendienst* holandés, al que se le permitió

acompañarlos a instancias suyas. Era la una de la madrugada. Detrás del *Block 28* la alambrada estaba cortada y en la torre de vigilancia había un preso, miembro de la nueva policía del campo. Oficialmente, debían mantener el orden en el campo, pero en realidad estaban en las torres y vagaban alrededor del campo para cuidar de que no se acercaran grupos peligrosos de las SS y asegurar que el camino estuviera expedito para aquellos que quisieran huir.

No había moros en la costa. Aparte de Krause, en el campo no se había visto a ningún hombre de las SS. Los soldados de la puerta ya tenían bastante con lo suyo por el momento. Afuera reinaba un silencio sepulcral, se acercaba un temporal de nieve fina y brumosa. Los muchachos caminaban lo más silenciosos que podían, a poca distancia los unos de los otros, de manera que cada uno pudiera ver al que tenía delante. Al frente iba Rudi, el *Rotspanier* que había estado trabajando en Rajsko y conocía bien el camino.

Al cabo de media hora, ya estaban en el pueblo, que parecía completamente abandonado. Llegaron a la casita de la que les había hablado Rudi y la puerta no estaba cerrada con candado, así que entraron y subieron por la escalera. Cuando estuvieron en el desván, Alfonso encendió una pequeña vela. Estaba repleto de estanterías que, en el verano, eran utilizadas para el criadero.

—Bautizo esta casa con el nombre de «No pasarán» —dijo Alfonso, solemne. «No pasarán», la consigna de los fieles al Gobierno legítimo durante la Guerra Civil española. Y todos la repitieron como un voto.

La noche era condenadamente fría, solo se habían llevado un par de mantas y no se atrevieron a hacer fuego en la casa, ya que nunca sabías si todavía seguía habiendo cabezas cuadradas en el pueblo. Hans no pudo dormir por el frío. No cesaba de pensar en Friedel y en cómo se desenvolvería ahora, moviéndose por todos los lados o quizá tumbada en algún sitio, en un granero o una fábrica. Todo habría podido ser distinto. Si Sara no se hubiera echado para atrás, ahora estarían juntos. Aquí estaban relativamente seguros. Friedel, por el contrario, qué frío... No, no

quería pensar, no se permitía a sí mismo pensar. Entonces se quedaba dormido un par de minutos, pero se despertaba de nuevo asustado cada vez que uno de los chicos hacía el más mínimo ruido.

En esa noche, a partir de su miedo, se desarrolló la visión que ya nunca lo abandonaría: la pesadilla de ver a Friedel en la nieve. A veces estaba tumbada sola, con un disparo en la nuca, luego sepultada bajo una pila de cadáveres. A veces yacía con una sonrisa de resignación en el rostro, como si en el momento del final le hubiera estado recordando dulcemente a él; luego, su rostro estaba retorcido de miedo y espanto. Pero una y otra vez lo mismo: Friedel en la nieve.

Se alegró muchísimo cuando se hizo de día y los chicos, que en su mayoría habían dormido bien y estaban tranquilos porque sentían acercarse el momento de la liberación, se despertaron. Miraron desde la ventana del desván hacia las pequeñas casas y por encima de los campos nevados. Pudieron ver el camino que corría a lo largo del río y los grandes aserraderos de madera. No se veía un alma por ningún lugar, de ningún lugar salía el humo retorciéndose por las chimeneas. Todo estaba sumido en el más absoluto abandono. Sus propias huellas ya las había borrado por completo la nieve y se sintieron seguros.

En las habitaciones de abajo había talleres. Herramientas de carpintería sobre las mesas. Las echaron a un lado y se instalaron allí. Metieron el equipaje en el armario. Hans no tenía mucho: un botiquín con unas cuantas vendas y algunas provisiones que añadió a las existencias comunes.

En el sótano había un montón de briquetas y, por un momento, discutieron si se podía hacer fuego o no. El humo podría verse desde lejos, pero las ansias de calor se impusieron a la prudencia.

A medida que avanzaba el día, se sentían cada vez más a gusto. Primero salían solo a buscar hielo con el fin de convertirlo en agua potable, pero luego realizaron muchas salidas de exploración por el

pueblo, hasta en el campo abandonado donde habían vivido las chicas que habían estado trabajando en los viveros. Eran bonitos barracones; el trabajo en los viveros había sido uno de los mejores destinos.

A Hans lo invadió la tristeza cuando vio el comedor, las escudillas con los restos de potaje aún sobre la mesa y las pequeñas pertenencias de las muchachas, que habían tenido que dejar atrás, volcadas por todas partes: un ovillo de lana, una mascota, un pequeño peine y un pañuelo. ¿Qué habría sido de esas muchachas? De nuevo la visión.

Pero ahora nada de sentimentalismos. Arrastraron hasta la casa colchones de paja, enseres de cocina y todas las cosas provechosas que pudieron encontrar. El fuego ardía bien, habían comido de maravilla y, mientras uno hacía guardia ante la ventana del desván, se pusieron a dormir en el cálido cuarto sobre los jergones. Tenían suficientes mantas y, cuando el cansancio y la comodidad se juntan e invitan al sueño, se desvanece incluso la pesadilla más terrible hasta convertirse en una aflicción suavemente cantarina. Así cayó Hans en un profundo sueño de muchas horas.

Al día siguiente no ocurrió nada especial. En el inmenso desierto de nieve no podía verse un alma. Al cabo de tres días, aporrearon de repente la puerta. Se asustaron muchísimo. Era un soldado de la Wehrmacht. El centinela en la ventana del desván no lo había visto llegar, porque existía un ángulo muerto en el que no tenían una vista despejada, que seguramente fue por donde vino el soldado.

Estuvieron deliberando un poco. «Hay que dejarle pasar sin más», opinaba Alfonso. Se pusieron los gorros para no mostrar sus cabezas rapadas y abrieron la puerta. El soldado saludó y no parecía abrigar la más mínima sospecha.

¿Cómo habían llegado hasta aquí, a este nido tan apartado?

Le contaron que habían estado trabajando en una fábrica pasada Cracovia. Eran *ausländische Zivilarbeiter*, trabajadores civiles extranjeros. Cuando llegaron los rusos, habían salido huyendo y estuvieron andando durante tres días. Ahora querían reponerse un poco antes de continuar su camino. El soldado se llevó consigo a un par de muchachos para que lo ayudaran a trasladar paja al barracón

donde iba a alojarse toda una compañía que estaba a punto de llegar.

Cuando se fue el soldado, Alfonso arremetió terriblemente contra Nase, el *Rotspanier*, por llevar puesto todavía un pantalón de la prisión. «¡Memo, nos habrías podido comprometer a todos! Me parece que en el campo había bastante ropa de civil, ¿no?». Por suerte, a uno de los chicos le sobraba un pantalón.

Así estuvieron conviviendo durante un par de días con los soldados. Alfonso y Rudi llegaron incluso a acompañarlos una vez con el camión. Fueron a por un camión lleno de alimentos de la cantina de las SS en el campo y los muchachos recibieron también una parte: latas de leche condensada, macarrones, conservas, carne y botellas de champán. ¡Las SS ya habían tenido suficiente! A Hans le habían traído, incluso, un saxofón que habían encontrado allí.

Una tarde entró un soldado que era un poco más avisado que el resto. Empezó a contar una historia sobre partisanos a los que habían estado persiguiendo y se quedó mirando a los chicos con ojos escrutadores. Hans entabló una conversación con él para intentar llevarlo a otro tema, pero el soldado le señaló: «Tú pareces bastante judío, quítate el gorro».

Se asustaron y se produjo un silencio incómodo en la pequeña habitación.

—Bueno, qué coño puede importarme —rompió el soldado la tensión—. ¡Yo no soy como esos jodidos SS!

Respiraron con alivio y Hans, al que no le había llegado la camisa al cuerpo, le dio al soldado tres latas de leche condensada, pero cuando el soldado se hubo ido, todos se lanzaron sobre él: ¿Por qué no se había quedado callado? ¿Por qué había sido tan idiota de darle la leche al soldado, una especie de infantil intento de soborno? Si el hombre iba a por ellos, con eso no le iba a contener.

Hans admitió que tenían razón. «Naturalmente, conmigo ocurre lo mismo que con todos los judíos que han estado ocultos, luego los han detenido y han llegado hasta aquí. En Holanda también había siempre conflictos al respecto. Allí hay toda clase de judíos:

intelectuales, que nunca se han metido en política, igual que pequeños comerciantes que se han escondido y entrado en la clandestinidad holandesa sin noción alguna de la situación. Debido a su falta de educación política y a su torpe posición, a menudo se han traicionado a sí mismos y han traicionado a sus anfitriones, viniendo a dar con sus huesos aquí. Pero, a partir de ahora, tendré más cuidado».

Los soldados se fueron ese mismo día. Por la tarde, cuando ya estaba anocheciendo, Jacques y Rudi se pusieron en camino. Iban al campo para ver si había alguna novedad. No, no había ocurrido nada especial. El campo no tenía vigilancia alguna y vivían bien así. La mayoría eran enfermos graves, pero habían quedado suficientes enfermeros y gente oculta para mantenerlo todo en funcionamiento. También habían oído que en Birkenau aún debían de quedar muchas miles de mujeres.

Esa noticia le interesó a Alfonso especialmente:

—Muchas miles, ¿cómo es posible? Birkenau estaba ya casi vacío cuando empezó la evacuación, la semana pasada, y marcharon ciertamente unas tres mil mujeres. Pasaron por delante de nuestro campo de mujeres. Entonces, tal vez hayan regresado algunas de los transportes. O quizá sea verdad que las han encerrado los rusos. Mañana por la mañana iré a ver; tengo que saber de qué se trata. ¿Vendrás conmigo, Jacques?

—¿Puedo ir yo también? —preguntó Hans—. Tal vez esté Friedel allí.

—¿Tú? Lo embrollarás todo.

Hans no respondió de inmediato. Todo se arreglaría.

Tras mucho deliberar, al final Hans pudo ir también.

Debía aceptar a rajatabla las indicaciones de Alfonso, no podía apartarse de los demás y no podía hablar con extraños si durante el trayecto se encontraban con alguien. Esbozó una sonrisa despectiva. Ya no tenían mucha confianza en sus capacidades como partisano, pero lo llevaron con ellos a pesar de todo, porque tenía mucho interés en esa expedición.

Acababa de despuntar el día cuando se pusieron en marcha. Alfonso iba delante. La ametralladora la había dejado en casa, tras pensárselo mucho. Pasaron por delante de los barracones de las chicas y llegaron a campo abierto. La nieve tenía unos treinta centímetros de alto, pero eso era algo que no podía importar, porque llevaban botas altas y calcetines de lana.

Al cabo de una hora, ya estaban junto a la vía férrea y desde allí podían ver todos los barracones de Birkenau. Junto a la puerta del campo observaron a una mujer en la nieve que estaba sentada y apoyada contra un poste. La mujer hizo un gesto lento con la mano y Hans se puso en cuclillas a su lado.

—¿Ya es la hora de comer? —preguntó la mujer en un tono apenas audible. Luego volvió a adormecerse. Seguramente llevaba mucho tiempo sentada allí.

Jacques animó a Hans para que continuara caminando:

—¿O tal vez quieres ponerte a ayudar a todas las miles que te encuentres en la nieve?

Jacques tenía razón. Iban caminando a lo largo de la vía de ferrocarril, que atravesaba esta gran ciudad de barracones. A ambos lados de la vía, las innumerables filas de barracones. Todo blanco, todo muerto. El camino corría paralelo a la vía, la Lagerstrasse central y allí, jalonando la carretera —Jacques tenía razón—, estaban tiradas las mujeres, una cada diez metros aproximadamente.

Casi todas eran mujeres mayores; las más débiles, que ya al principio de la expedición mortal no podían más, que quizá ya se hubieran derrumbado durante el recuento que habría durado horas. Todas estaban en el suelo con posturas estrambóticas. Hans había visto muchos cadáveres, pero nunca antes había visto unos semejantes, tan raros. Algunas se habían rodeado las piernas con los brazos, otras estaban tumbadas con un brazo hacia arriba, como si en el último momento hubieran querido intentar incorporarse, pero todas tenían la cabeza llena de sangre por el tiro en la nuca, que sus acompañantes humanos les habían dado para librarlas del sufrimiento, o en realidad para evitar que tal vez fueran liberadas por los rusos.

Muchas mujeres estaban casi desnudas, con la ropa arrebatada del cuerpo por personas del entorno. Ninguna tenía ya zapatos.

Cuando ya habían caminado medio kilómetro aproximadamente entre la hilera de barracones, vieron huellas en la nieve que torcían, apartándose de la calle principal y continuando entre dos filas de barracones. Se pusieron a seguir las huellas.

Un par de cientos de metros más adelante, encontraron al primer ser vivo. Una mujer, una niña todavía que, cuando vio a los hombres, huyó al interior de un barracón. Se dirigieron allí y Alfonso empujó la puerta para abrirla. Se les cortó la respiración y las piernas se negaban a funcionar. El asco que los asaltó era como el del enfermo que siente descender sobre sí el olor dulzón y nauseabundo del cloroformo. Hans se agarró al vano de la puerta, porque se mareaba con este infierno de cientos de miserables criaturas, este almacén de tantos individuos que transitaban en un estadio medio entre la vida y la muerte.

El ojo se había fijado en ese espectáculo de trágicos vivientes y cadáveres felices que yacían entremezclados en los pesebres. Y junto a todo eso, la mezcla de suaves lamentos y, cuando los hombres se mostraron, gritos de miedo y súplicas de ayuda. Se sobrepusieron y entraron en el barracón.

Hablaron con las más fuertes de entre las mujeres y oían una y otra vez la misma historia. Seis días atrás tuvo que formar el campo entero. También todas las enfermeras y todas las enfermas que de alguna manera podían andar. El resto se había quedado en cama. Nadie les daba de comer, nadie cuidaba de ellas, nadie se llevaba los cadáveres. Ninguna tenía fuerzas para llevárselos. Solo había unas pocas que podían salir para hacer sus necesidades, pero todas las demás se lo hacían encima, sin más, en la cama. Y el hedor de los excrementos se mezclaba con el olor de los cadáveres y de los gases que emanaban de los brazos y piernas negros y congelados.

Hablaron con una muchacha checa. Todas esas mujeres eran mujeres de Birkenau. No, de transportes que hubieran regresado no

sabía nada. Ella misma había llegado aquí, a Birkenau, con sus padres y su hermana desde Theresienstadt. Como eran gemelas, al principio se perdonó a toda la familia, porque los análisis de sangre de gemelas era una afición del *Lagerarzt*, pero luego perdieron de vista al padre y la madre murió de disentería dos meses atrás. Ahora estaba aquí con su hermana en un pesebre. Su hermana había muerto ayer por la noche y, antes de morir, había pedido que le dieran la vuelta para poder mirar una vez más a los ojos a su hermana. Con un esfuerzo aunado, lo habían conseguido. Hoy moriría ella también, porque estaba para el arrastre.

Hans maldijo. Pensó en esa familia: padre, madre y dos chicas jóvenes... Las vio en Praga. Era verano, habían ido a pasear y se habían sentado en una terraza para beber algo refrescante. El padre hablaba de su negocio y la madre lo elogiaba por haberse esforzado tanto y ahora, tras años de trabajo, haber hecho realidad sus ideales. Y las hermanas bromeaban cuando pasaba por delante un amigo del colegio que saludaba con timidez.

—Vaya —decía el padre—, ¿cuál de las dos es la afortunada?

Ellas se ruborizaban y toda la familia reía.

Y ahora, ahora toda la familia estaba destrozada. Ahora yacía aquí la última con los pies congelados, esperando la muerte, llorando con la cabeza apoyada en el cadáver de su bella hermana.

Fueron al barracón siguiente. En la puerta había un hombre, un húngaro.

—¿Cómo ha llegado usted hasta aquí? —le preguntó Jacques.

El hombre estaba nervioso y se dio la vuelta como si estuviera amenazándolo alguien por detrás. Cogió a Jacques del brazo y volvió a soltarlo. Se pasó la mano por la cabeza y luego volvió a mirar hacia atrás. Parecía estar totalmente confundido. En mal alemán, dijo: «Semana pasada ido en transporte. Nuestro grupo era doce mil hombres. Viaje terrible, andando día y noche. Yo mismo tener buenas piernas, era buena brigada, pero muchos estaban extenuados. El primer día cayeron seguro cien. Si se caían en la nieve, el hombre de las SS contaba hasta tres y luego disparaba. Después de un día habíamos andado cuarenta kilómetros. Luego

otra vez más. Cien kilómetros en tres días. Solo quedaban setecientos. Todos los caminos de Alta Silesia estaban llenos de cadáveres. La noche del tercer día algo no estaba bien. Estábamos callados y los hombres de las SS hablaban agitados. Parecía que nuestro camino había sido cerrado por los rusos. Seguimos por un camino del bosque. Era un camino hundido y los SS iban por los lados, un par de metros por encima de nosotros. De repente empezaron a disparar. Me dejé caer contra un tocón. Esa fue mi salvación. Después de haberse ido los SS, me levanté. Varios no habían muerto, estaban gimiendo bajo, pero ya no podían andar, tenían disparos en la tripa o en las piernas. Tres hemos empezado el camino de vuelta. Por el día nos escondíamos y por la noche seguíamos andando. A veces los campesinos nos daban comida.

—¿Ha pasado lo mismo con todos los transportes? —preguntó Hans.

—No lo sé, pero no volveremos a ver a muchos. —No, no quedaba mucha esperanza, la visión se convertiría en realidad. Era extraño que la vida siguiera su curso, que la Tierra siguiera girando sin parar. Tenemos la sensación de que nosotros y nuestros seres queridos somos el centro del universo, pero al universo no le preocupa si somos felices o si reventamos en la nieve.

Entraron en el segundo *Block*. Allí Hans descubrió a una chica holandesa que se llamaba Adelheid y le imploró que la salvara. Él le dio un pedazo de pan que llevaba en el bolso y ella lo agarró como un animal hambriento mientras las mujeres se incorporaban a su lado para recibir también algo.

Hans prometía y prometía. ¿Qué otra cosa podría hacer? Pero él sabía que no cumpliría sus promesas, sabía que aquí no había manera de ayudar. Aunque pudiera traerse lo que quisiera, no serviría de nada, solo habría peleas y causaría nuevas miserias. Porque, como este barracón, había cinco barracones más. Dos mil mujeres y, entre ellas, cientos de cadáveres. ¿Quién podría hacer algo al respecto? ¿Los rusos? ¿Dónde estaban? ¿Por qué no se acercaba el estruendo de cañones?

Naturalmente, estas dos mil desgraciadas eran solo un pequeño plomo en la balanza de los millones que Berlín tenía sobre su conciencia. Pero ellas eran el remanente del mayor de todos los dramas de esta guerra, eran letras casuales que aún estaban escritas en la página más negra de la historia... «Birkenau».

Ya era por la tarde cuando regresaron a «No pasarán» y todos estaban sentados junto a la estufa, que ardía al rojo vivo. Van den Heuvel estaba haciendo café cuando de pronto Alfonso, que tenía guardia, gritó a los muchachos: «¡Una mujer con la cabeza vendada!».

Los muchachos se apolonaron ante la ventana del desván y discutieron lo que habría que hacer.

La muchacha estaba un par de cientos de metros apartada de ellos y caminaba despacio, como si estuviera tanteando, entre las casas. En la oscuridad incipiente no podían distinguir qué tipo de persona era, pero la venda blanca que llevaba rodeada a la cabeza destacaba claramente.

—Que vayan Jacques y Rudi a por ella —propuso Alfonso—. Tened cuidado.

—Bien, entonces iremos primero al mirador y luego regresaremos, así nos la cruzamos.

Se pusieron en marcha y, al cabo de un par de minutos, ya estaban frente a ella. La chica se asustó y les preguntó en alemán quiénes eran.

—Trabajadores de la zona. ¿Podemos ayudarla?

Se quedó mirando por un momento a los hombres, indecisa, y, apoyándose en el quicio de una puerta, no pudo contenerse por más tiempo y rompió a llorar. Jacques le pasó el brazo por encima de los hombros y así se la llevaron a «No pasarán». Cuando vio a los muchachos con sus cabezas rapadas junto a la estufa, sonrió a través de las lágrimas. La dejaron que se sentara junto al fuego y Van den Heuvel le sirvió café. Max la acometió de inmediato.

—¿De dónde vienes, cómo vienes tan herida?

Se estremeció.

—Lárgate, hombre, déjala que se reponga —le espetó Hans.

La muchacha se le quedó mirando.

—¿Es usted holandés? —le preguntó en neerlandés.

Hans se sorprendió y se presentó.

—Lo recuerdo de Westerbork —continuó la chica—. Me llamo Roosje... yo estaba en el registro.

Hans le puso la mano en el hombro y le dijo que descansara ahora.

—¿Qué te ha pasado en la cabeza?

—Un culatazo, un campesino me lo vendó de manera provisional.

La venda no era más que una tira de sábana. Hans sacó su botiquín mientras Rudi le quitaba la venda vieja. Todo el cabello era una masa de sangre coagulada.

—¿Cómo voy a limpiar todo esto sin agua oxigenada?

—Córtelo —dijo ella—. Está lleno de piojos.

Hans admiró su pragmatismo y, aunque le desagradaba, la dejó calva. La herida no era tan grande, pero atravesaba todo el cuero cabelludo. Le dolía mucho, pero se mantuvo valiente. Cuando estuvo vendada, fue a tumbarse a la pila de colchones mientras todos callaban y bebían su café.

De repente, se soltó a hablar:

—Yo estaba en un campo de trabajo cerca de Neu Berun. Me pasé allí cuatro meses con mi madre y mi hermana. Mi madre murió el mes pasado.

—¿Cuándo llegaste de Westerbork?

—Hace medio año nos llevaron a Theresienstadt. Después estuvimos una semana en Birkenau y, a continuación, tuvimos que seguir al *Arbeitslager*, el campo de trabajo y producción. Éramos mil mujeres allí, entre los catorce y los sesenta años. Oficialmente, el límite estaba entre los dieciséis y los cincuenta, pero muchas mujeres dijeron que tenían menos de cincuenta años por miedo. Primero estuvimos viviendo en tiendas de lino, pero cuando empezaron a caer las primeras nieves en noviembre, conseguimos barracones de madera. Aunque cada uno tenía una capacidad para cincuenta personas, allí debíamos entrar cien, así que nos devoraron los piojos y la sarna.

—¿Cómo os trataban?

—El trabajo era duro. Nos vigilaban veinte hombres del *Sonderdienst SS*, el Servicio Especial de las SS, con trajes negros. Llevaban a un *Oberscharführer* y a un dirigente político con ellos y nos daban trescientos gramos de pan y un litro de potaje al día. Nunca nada extra y nunca se podía «organizar» nada. Murieron doscientas en cuatro meses. Mi madre entre ellas.

—¿No había ningún *Revier*?

—Sí, había una tienda hospital. Las chicas húngaras lo llamaban la «sala de espera», porque ibas allí cuando ya estabas para el arrastre, a esperar la muerte. Ay, todas hemos estado esperando la muerte, estábamos en unas condiciones tan deplorables...

—¿Había también un doctor? —preguntó Hans.

Max lo increpó:

—Deja de interrumpirla ya de una vez.

—Cuando murió mi madre, tuvimos que cavar nosotras su tumba. Nunca me había sentido tan miserable en mi vida. Para mi madre la muerte fue una liberación, porque ha sufrido terriblemente. Siempre había sido una mujer sensata, que se interesaba por todo, pero últimamente solo hablaba de comida. Tenía una diarrea terrible y las piernas hinchadas. Estuvo trabajando hasta cuatro días antes de su muerte y no comprendo cómo puedo seguir viviendo. Mi padre muerto, mi madre también y mi hermana se ha ido... —Suspiró e interrumpió su relato por un instante.

—¿Dónde está su hermana entonces? —le preguntó Alfonso.

—La he perdido. La semana pasada vimos a los *Häftlinge* de Auschwitz marchar por las carreteras. Eran unas columnas infinitas.

—¿Había muchas mujeres entre ellos? —preguntó Hans.

—Sí, pero no pudimos hablar con nadie, porque nuestros centinelas nos mantenían a distancia. Pensamos que nosotras también nos iríamos pronto, pero hemos seguido trabajando hasta anteayer. Creo que nos han mantenido durante tanto tiempo porque hacíamos trampas para tanques. Ayer por la mañana temprano gritaron de repente: «¡Todas a formar!». Solo las enfermas y las mujeres que no tenían zapatos debían quedarse. Todas juntas eran más de doscientas, ya que muchas mujeres habían desgastado tanto los zapatos que estuvieron trabajando descalzas en la nieve.

Quinientas mujeres se pusieron en marcha. No sé qué habrá sido de ellas. Las que nos quedamos ya contábamos con la muerte. —Se calló y se mordió los labios.

—¿Por qué no puedes seguir hablando? —le preguntó Hans.

—Ay, no vais a creerme.

—¿Por qué no? Sabemos muy bien que con las SS todo es posible. Todavía en Holanda, yo tampoco quería creer lo que contaba la radio inglesa sobre la gasificación de los judíos polacos, pero ahora lo sabemos muy bien, por desgracia.

Ella se encogió de hombros:

—En Holanda tampoco nos creerán si alguna vez volvemos y lo contamos todo.

—Conseguiremos que nos crean y aparecerán informes oficiales que demostrarán la veracidad de nuestros relatos. Y, si alguien sigue sin querer creerlo, le preguntaré simplemente dónde están entonces mi madre y mi padre, mis hermanos y esas decenas de miles de personas...

—Tal vez tengas razón, doctor... Cuando el gran grupo salió, nos quedamos en el campo doscientas mujeres, el *Oberscharführer* y dos centinelas. El *Oscha* fue a dos bloques y les puso a todas una inyección. La inyección era, según se decía, contra el tifus y debía ponerse en la vena, pero sabíamos muy bien para qué eran las inyecciones. El *Oscha* no las inyectó bien en la vena y por eso solo murieron dos chicas. No podían hablar ya y murieron al cabo de unas pocas horas bastante confusas. Parece que el *Oscha* no tenía suficiente solución para las inyecciones, porque solo se las puso a cincuenta mujeres aproximadamente. Al mediodía, llegó con los dos *Sturmmannen* a los *Blocks* e hizo formar fuera a todas las que pudieran moverse. Era un grupo miserable de cien mujeres a medio vestir y descalzas en la nieve. La mayoría se había envuelto en una manta y solo tenían un deseo: sufrir lo menos posible. En sus rostros demacrados no podía percibirse ningún miedo, todas sabían de lo que se trataba, todas lo habían visto venir, durante cuatro meses ya. Suficiente hambre, suficiente frío, suficientes heridas, piojos y sarna.

—Pero ¿no os dabais cuenta de que los rusos estaban cerca? ¿No teníais ninguna posibilidad de salvaros, de resistiros?; porque, a fin de cuentas, solo eran tres hombres de las SS —Era Alfonso, el apasionado español, quien hablaba, el combatiente de la Guerra Civil. Le reprochaba con estas palabras, como la protesta de alguien que ha luchado por su vida, lo que a él le parecía una inconcebible cobardía.

Ella sonrió por su salida.

—Ay, varias huyeron, pero la mayoría apenas podía tenerse en pie, consumidas como estaban. No, la muerte no venía como un enemigo, sino como un redentor. Una chica húngara, Judith se llamaba, estaba llorando. El *Oscha* la golpeó en el pecho: «No llores, estúpida».

»—¿Qué va a hacer con nosotras, *Oscha*?

»—Os voy a matar a todas.

»—Pero me gustaría volver a ver a mis padres.

»—Volverás a verlos, en la otra vida.

»El grupo se puso en movimiento. Despacio, pasito a pasito, apoyándose las unas en las otras y deslizándose hacia delante. Íbamos de camino a la trampa de tanques que nosotras mismas habíamos cavado. Eran trescientos metros. El viaje duró casi media hora. Una y otra vez había alguna que intentaba huir, pero casi siempre al *Oscha* le costaba poco esfuerzo alcanzarla. Sin embargo, unas pocas lo consiguieron. A mitad de camino, le di con el codo a mi hermana. «Tenemos que intentarlo», le dije. Ella no quería, no se sentía capaz de un mayor esfuerzo. Cuando el *Oscha* iba a la caza de una mujer mayor que se había salido unos cincuenta metros de la fila y los centinelas estaban mirando al otro lado, tiré de mi hermana y corrimos tanto como podíamos, pero el verdugo había regresado demasiado pronto y empezó a perseguirnos. Le llevábamos como mucho cien metros de ventaja. Anja ya casi no podía más y solo había una oportunidad. Le grité que se dejara caer y rodó al interior de una acequia mientras yo seguía corriendo tan rápido como podía. El *Oscha* dejó a Anja tranquila y se puso a correr detrás de mí. Fue el momento más duro de mi vida, estaba extenuada. —Se calló un instante y las lágrimas empezaron a

brotarle de los ojos—. Me entregué y regresé con el *Oscha*. Llegamos a los hoyos y todas tuvimos que tumbarnos boca abajo. Los hombres de las SS dispararon tres salvas con sus ametralladoras. Yo seguía viva, aunque con la locura en la cabeza y solo un deseo: «Ay, Dios, permite que muera». Ya no podía soportarlo por más tiempo. Allí estaban los tres hombres que completaban su trabajo golpeando con las culatas de sus armas las cabezas de sus víctimas. Veía cómo la sangre salpicaba alrededor y lo teñía todo de rojo: a las mujeres, a los tres hombres y la nieve blanca. Entonces recibí yo también un golpe y todo pasó.

La muchacha emitió un profundo suspiro.

Jacques le acarició el brazo suavemente y ella sonrió un instante, como aliviada, como feliz de haber podido desahogarse con los camaradas de confianza.

—Hicieron mal su trabajo. Al poco tiempo, quizá una hora, recobré de nuevo el conocimiento y me encontraba en un hoyo en medio de mujeres asesinadas. Yo vivía aún. Sentí que algo había cambiado en mí, que debía seguir viviendo, que quería vivir para contarlo, para convencer a las personas de que todo esto había sido verdad... Para vengarme de mi madre, para vengarme de mi prometido y de todos esos millones que han sido asesinados. Es un tema con variaciones: gasificación, ahorcamiento, ahogamiento, muerte por inanición y más. Pero yo había sobrevivido a una de estas variaciones, había experimentado la muerte y podía contarlo, debo contarlo y lo contaré.

Volvió a callar y se quedó mirando a los chicos. Estaban sentados en silencio, con expresión contenida, y escuchaban el bramido de los cañones.

—Diez kilómetros —dijo Jacques, y apretaron los dientes. Diez kilómetros más y serían libres. No, libres no, porque tenían una misión, una meta vital que los unía. Debían gritar lo que habían vivido. Se sentían los apóstoles de una venganza tan profunda que iba a extirpar la barbarie para siempre de la faz de la tierra. Así, la venganza purificaría el mundo y lo abriría a un nuevo humanismo.

—Estaba medio congelada y tenía un agudo dolor de cabeza, pero conseguí salir del hoyo. Anduve a trompicones hacia el lugar

donde se había dejado caer Anja y ya no estaba allí, pero vi cómo su huella continuaba en la nieve y creí que había logrado ponerse a salvo.

»Continué a trompicones hacia los *Blocks*. Dentro estaban los cadáveres de las mujeres que no habían podido caminar y que seguro habían caído en sus manos después de nosotras. Cuando llegué al *Block 8*, el Bloque del Tifus, me inundó una alegría salvaje. El *Block* vivía. Como en otras muchas partes, tampoco aquí habían completado su trabajo. El *Oscha* seguro que se había creído sus propias palabras cuando por la mañana dijo: «¡Esas enfermas de tifus reventarán por sí solas!». Fui a tumbarme sobre la paja y me quedé dormida. Al anochecer, nos llevamos un susto más: ¡la Wehrmacht! Pero los soldados no nos hicieron nada. Al contrario. Vaciaron el almacén del campo y nos dieron comida y un poco de ropa. Cuando se hizo de noche, salí huyendo. Quería ir a Birkenau, porque creía que Anja también habría tomado ese camino, confiando en encontrar a su esposo. Fue un duro viaje por la nieve y, cuando se hizo de día, estaba irremisiblemente perdida. Un campesino me llevó consigo, me vendó y me dio algo de comer. Estuve durmiendo durante todo el día, pero al anochecer volví a ponerme en marcha y ahora...

Les daba la impresión de que el peligro de las SS ya había pasado y que en las últimas horas, que vendrían ahora, tal vez el campo estuviera más a salvo de los combates que el pueblo abandonado. Por eso, varios muchachos regresaron al campo. En su sala, se quedaron mirando a Hans como si fuera una aparición. Japie, el pequeño *Stubendienst* holandés, estaba loco de alegría. Había pasado muchísimo miedo.

Hans se sentó junto al ingeniero Gedl.

—Hiciste bien, muchacho, al tomar las de Villadiego.

—¿Por qué?

—¿No has oído lo que ocurrió ayer? A las tres de la tarde vino un equipo de hombres de las SS, esos perros de la brigada de aniquilación, vestidos de negro y armados hasta los dientes. Entraron en los *Blocks* y echaron afuera a culetazos todo lo que hubiera dentro. A ese pobre viejo Zlobinsky le rompieron la cabeza.

Hasta los enfermos más graves tuvieron que formar fuera, sujetados por los enfermeros y por los otros enfermos que aún podían caminar. Luego nos dijeron que podíamos volver adentro, que irían a por camiones para llevarnos al tren y que la próxima vez que volvieran a llamarnos debíamos formar de inmediato. Después fueron a Birkenau y allí representaron la misma función. Muchos no podían salir de las camas. Se pusieron en camino hacia Auschwitz con unos mil enfermos de Birkenau y, cuando estaban a un par de cientos de metros fuera del campo, llegó un vehículo. Gritaron algo. Los hombres de las SS subieron al camión y después ya no se los volvió a ver más. La mayoría de los enfermos regresaron entonces a Birkenau. Un par, de los que podían caminar mejor, continuó hacia Auschwitz.

—¿Sabe lo que gritaban desde ese vehículo?

—Según las personas que estaban cerca, gritaban: «Der Zug ist schon da», ya ha llegado el tren. A las siete, debía llegar un tren para poner a buen recaudo a todos los SS de este distrito, pero ese tren debió de llegar con un par de horas de antelación y a eso le debemos todos la vida.

—¿Está usted seguro de que habrían querido liquidarlos a todos?

Gedl envió a Japie arriba para que fuera a buscar a alguien. Era un hombre pequeño con un aspecto enfermizo, pero que desprendía algo robusto en su actitud. «Dr. Weill, de Zarni Podebsadi, en Eslovaquia».

Hans le estrechó la mano:

—Pronto volverá a su hogar.

—El hogar es un concepto relativo. Toda mi familia ha sido exterminada aquí. En fin, ayer me libré por los pelos. Yo era doctor en Trzebinia, una brigada minera a treinta kilómetros de distancia. Seiscientos hombres fueron evacuados y me quedé con otros noventa, en su mayoría enfermos. Ayer, alrededor del mediodía, vino un equipo de las SS, doce hombres. Hicieron formar ante el barracón a todo aquel que pudiera caminar y en unos pocos minutos mataron a tiros de revólver a todos los enfermos que se habían quedado en cama. Los hombres que podíamos caminar éramos

unos cuarenta, tuvimos que hacer una pira con los jergones y colocar encima a los cadáveres; una capa de jergones, una capa de cadáveres y cada vez que sacábamos un cargamento del barracón, retenían a unos diez de nosotros y los abatían a tiros también. Tres veces me preguntó un hombre de las SS: «¿Todavía no está usted cansado, doctor?». No sé por qué le decía una y otra vez que no. Ya todo daba lo mismo. Sea como fuere, estaba saliendo con los últimos cadáveres del barracón en dirección a la pira, cuando se me acercó un hombre vestido de civil. Lo conocía, era un supervisor de la mina de la Gestapo. Alguna vez le había procurado algún que otro medicamento. «¿No quiere saltar el alambre de espino, doctor?». Creí que estaba bromeando conmigo, pero qué tenía que perder. Milagrosamente, lo decía en serio. Me dejaban escapar.

—Sí, muchacho —añadió Gedl—, esa gente de las SS eran los mismos que una hora más tarde llegaron aquí. Ahora comprendes lo que habría sido de nosotros, ¿verdad? Por suerte, los héroes pensaron más en cómo debían llegar al tren a tiempo que en cómo debían cumplir con su «deber» para con nosotros. Seguimos vivos solo por una sucesión de milagros.

—Necesitamos azúcar porque, de lo contrario, no podré hacer crepes —dictó Japie.

Hans había visto azúcar en algún lugar. Creía que era en el *Block* 14, así que salió de expedición con un saco.

En el *Block* 14 no pudo encontrar nada, de manera que fue al 13. En el sótano del *Block* 13, había tres hombres fumándose tranquilamente un cigarrillo, como si no pasara nada. Hans saludó y preguntó si habían visto tal vez algo de azúcar. El mayor sonrió: «Aquí todavía no hemos visto nada en absoluto, acabamos de llegar ayer de Birkenau». Hablaba muy mal alemán.

Hans le preguntó de dónde era y si tal vez prefería hablar francés, así podrían mantener una conversación mucho más fluida. El hombre se presentó: Kabeli o, mejor dicho, profesor Kabeli, porque era profesor en la Facultad de Literatura de Atenas. Hans se sentó junto a ellos y le preguntó al profesor en qué brigada había estado trabajando.

—En la *Sonderkommando*, la brigada especial.

Hans dio un respingo: era la primera vez que se encontraba con alguien que había estado trabajando en la *Sonderkommando*. Ahora que todo había pasado, se enteraría de cómo había transcurrido todo exactamente en Birkenau.

El profesor sonrió:

—Usted no se atreve a preguntar nada, pero no me resulta en absoluto desagradable contarlo. Cuando regrese a Holanda, debería estar en condiciones de divulgarlo todo minuciosamente, ¿no?

—¿Estuvo usted durante mucho tiempo en la *Sonderkommando*?

—Un año. Por lo general, allí no lograbas sobrevivir más de dos o tres meses, pero yo tenía protección y por eso conseguí superarlo.

—¿Quiere contarme algo de los crematorios?

—Desde luego. Había cuatro crematorios. El 1 y el 2 estaban junto al tren, el 3 y el 4 estaban en el bosque de abetos tras el *Zigeunerlager*, el campo de los gitanos, que es el rincón septentrional del campo. Yo trabajaba con muchos griegos en los crematorios 3 y 4. Voy a hacerle un croquis del crematorio 3. Entraban entre setecientas y mil personas al mismo tiempo. Se juntaba allí a todos: hombres, mujeres y niños, lactantes y ancianos, sanos y enfermos. Casi siempre se había separado en el tren a los hombres y a las mujeres jóvenes y vigorosos, pero a menudo llevaban los transportes al completo al crematorio. La gente llegaba primero a la sala de espera A y luego iba por un pasillo estrecho a la sala B. Allí había escritos toda clase de aforismos en las paredes, tales como: «Halte dich sauber» (mantente limpio), «Vergesse nicht deine Seife» (no te olvides del jabón), de manera que las personas conservaban la ilusión hasta el final de que iban a unos baños. En esa antesala B todos debían desnudarse y en las cuatro esquinas había un hombre de las SS con una ametralladora, pero nunca tuvieron que utilizarla, porque todos estaban tranquilos. Incluso aquellos que comprendían que se estaban dirigiendo a una muerte segura sentían la inutilidad de la resistencia. Si no hay perspectivas de luchar contra la muerte, deja entonces que el sufrimiento sea lo más breve posible. A veces, si llegaban muchos transportes, corría prisa el asunto. Era entonces cuando la *Sonderkommando* debía intervenir y les arrancaba a las personas la ropa del cuerpo, les

rompía los brazos tirando de los relojes y les descoyuntaba los dedos tirando de las joyas. También se cortaban los cabellos largos, porque tenían valor industrial, y así entraba todo el grupo en los «baños». Era un espacio grande, iluminado por luz artificial, con tres hileras de duchas en el techo. Cuando todos se encontraban dentro, se cerraba la puerta grande, que se movía por electricidad y quedaba herméticamente clausurada con goma por los bordes. Entonces se producía el drama. El gas estaba en latas y en esas latas había granos grandes como guisantes, probablemente cristales del gas condensado, ácido cianhídrico, «Zyklon B». En el techo, entre las duchas, había agujeros. El hombre de las SS vaciaba las latas por uno de esos agujeros y volvía a cerrarlos rápidamente. El gas se disipaba entonces y, en menos de cinco minutos, ya había terminado todo. Muchas de las víctimas nunca habrán sido conscientes de lo que en realidad les estaba ocurriendo, pero quien lo sabía, intentaba contener la respiración y así muchos morían con una postura convulsa. A veces también era distinto: recuerdo cómo un día había que gasear a doscientos cincuenta niños judeopolacos. Una vez que se habían desnudado, se colocaron *motu proprio* en una larga fila y, cantando *Shemá Israel*, la plegaria judía de los moribundos, fueron entrando en la cámara de gas con absoluta disciplina. El hombre de las SS consultaba su reloj, porque las trampillas debían permanecer cerradas cinco minutos. Luego, apretaba un botón y a ambos lados de la cámara de gas se abrían automáticamente, mediante electricidad, una hilera de trampillas. Cuando ya el gas había desaparecido, la *Sonderkommando* entraba en la cámara de gas. Tenían unos palos largos terminados en ganchos y, con el gancho, se agarraba a la víctima por el cuello y se arrastraba el cuerpo hasta el crematorio, que puede usted ver indicado en el croquis con la letra D. Había cuatro hornos y en cada horno podían entrar cuatro cadáveres a la vez. Las grandes puertas de hierro se abrían y el carro rodaba hacia fuera. Se subía a los cadáveres encima y el carro volvía a deslizarse hacia dentro. Se cerraban las puertas y, un cuarto de hora más tarde, todo había terminado. Así, de un crematorio con cuatro hornos se podía obtener mucho rendimiento, pero a veces no iba lo

suficientemente rápido. Era entonces cuando las SS también sabían muy bien lo que hacer, porque detrás del crematorio se habían excavado dos zanjas grandes, como puede ver aquí: treinta metros de largo, seis metros de ancho y tres metros de profundidad. En el suelo, grandes tocones sobre los que se echaba gasolina, lo que provocaba un fuego enormemente grande que podía verse a kilómetros a la redonda. En una zanja de esas cabían mil cadáveres a la vez. El fuego duraba veinticuatro horas y luego podía volver a echarse un nuevo cargamento. Todo se tenía en cuenta. Sí, también había un desagüe. De las zanjas salía un canal hacia un pequeño barranco, a algunas decenas de metros de distancia, y por esos canales descendía la masa ardiendo hacia el barranco. Le aseguro que he visto con mis propios ojos cómo un hombre que trabajaba cerca de esa hoguera descendía al canal y sumergía su pan en la grasa humana derretida, que seguía fluyendo hacia abajo. Hace falta tener hambre.

»El 5 de junio de 1944 llegó un transporte especial de niños húngaros. Como solía ocurrir en una época de muchos y grandes transportes, los caballeros de las SS ni siquiera tenían paciencia para esperar decentemente cinco minutos hasta que el gas hubiera producido su efecto, así que tuvimos que arrojar a los niños medio vivos en la zanja. Un griego, Lotsi Mordechai, no pudo soportarlo más y saltó también detrás de ellos. Para entonces, ya muchos estaban hartos. Alexander Hereirra, también un griego de figura atlética, acordó con tres polacos y seis rusos destruir los crematorios 3 y 4. Un par de días después del suicidio de Lotsi Mordechai, golpeó con una pala al sargento de las SS y lo mató. No salió bien lo acordado, ya que asesinaron a Hereirra y por la noche, en el *Lager D*, donde dormían todas las brigadas que tenían algo que ver con los exterminios, fue expuesto durante el recuento. Sin embargo, el crematorio 3 no estuvo en funcionamiento durante mucho tiempo. El 2 de octubre de 1944 se produjo la rebelión.

»Se fragó un complot entre los 243 griegos y el resto de nacionalidades de la *Sonderkommando*. Habían logrado «organizar» una ametralladora con dos mil balas en la Union Fabriek y gasolina tenían en abundancia, así que se lanzaron sobre los hombres de las

SS y los derribaron. Se prendió fuego al crematorio y asesinaron a los centinelas de la verja. Por desgracia, a unos cientos les había entrado el pánico en el último momento y no colaboraron. En diez minutos, todas las SS de Birkenau se habían movilizad y también las SS de Auschwitz se pusieron en marcha, de modo que nuestros hombres, que ya corrían fuera de la verja, acabaron siendo rodeados. Veinticinco fueron asesinados de inmediato y a los restantes se los quemó al día siguiente, al igual que a veinte hombres de todas las brigadas que trabajaban en los alrededores de los crematorios. Los polacos revelaron los nombres de los organizadores del alzamiento y estoy orgulloso de que fueran griegos, cinco héroes: Baruch, Burdo, Carasso, Ardite y Jachon.

»El 24 de octubre tuvieron lugar las últimas *Kommissionen* o gasificaciones y el 12 de diciembre de 1944 empezó la demolición de los crematorios. Veinticinco hombres, griegos, polacos y húngaros de la *Sonderkommando*, fueron designados para trabajar en la destrucción. Yo me encontraba entre ellos. De todos los demás que vivían en el *Lager D*, ya no quedaba nadie. Nosotros fuimos los últimos en todo el *Lager*, así fue como nos olvidaron durante la evacuación y puedo contarle ahora todo esto.

—¿Cómo podría uno vengarse algún día? —observó uno de los otros, tras un largo silencio.

—Vengarse de algo así no se puede —opinó Hans—. Lo único que puedes hacer es exterminar a toda esa gentuza de las SS.

—¿Crees entonces que la responsabilidad es solo de las SS o, mejor dicho, del partido? —preguntó Kabeli—. ¿Son entonces ángeles el resto del pueblo alemán?

—Desde luego que no —admitió Hans—. Todo el pueblo alemán es responsable. Ahora están perdiendo la guerra y renegarán de sus dirigentes, pero si la hubieran ganado, nadie le habría preguntado nunca al Führer por los métodos que había utilizado ni dónde estaban todos los comunistas y los judíos.

—¿Entonces habría que gasear acaso a todo el pueblo alemán como castigo?

—Desde luego que no, solo habría que exterminar a los que pertenecían a las SS, la Gestapo, etcétera, para evitar que vuelvan

a asomar la cabeza más tarde. Al resto del pueblo alemán habría que mantenerlo en tutela hasta que llegara una nueva generación con una educación humanista y apartada de la influencia militarista de la aristocracia rural y del gran capital. Entonces, quizá tras muchos años, un pueblo alemán socialista podría volver a vivir por su propia cuenta.

A la mañana siguiente, las balas daban golpecitos en los muros de los *Blocks*. Era misterioso, no se podía ver a ningún soldado. Hans estaba ayudando en el ambulatorio del *Block 21* en el lado sur del campo, junto al Sola.

Una enorme batalla, la cal caía del techo y habían saltado en pedazos los cristales de varias ventanas. Miró afuera. El río llevaba mucho caudal, hinchado por el deshielo, y allí, entre los témpanos, flotaban vigas y tablas, los restos del puente.

—Han volado el puente.

Se dieron cuenta de que ya había terminado todo. Los alemanes intentaban retardar la persecución rusa, pero el grueso de su ejército debía de estar ya a muchos kilómetros de distancia. El campo se hallaba fuera de peligro. Sin que lo hubieran notado, llevaban ya todo un día en tierra de nadie. Un par de horas después, llegaron los primeros rusos, que entraron paseando con sus uniformes blancos de camuflaje como si no pasara nada. Iban por el medio de la calle, como si no existieran los alemanes. Cuando veían a los presos con sus trajes, sonreían en silencio. Seguro que pensaban en sus padres, que habían sido asesinados por los cabezas cuadradas; en sus mujeres, que habían sido violadas; en su país, que había sido convertido en un desierto. Y los presos pensaron en sus mujeres e hijos, en todos aquellos a los que ya no volverían a encontrar jamás.

Hubo un largo apretón de manos agradecido, pero ningún grito de alegría salía de las gargantas, cerradas por la emoción.

Ahora todo era distinto. Ahora el sueño se había hecho realidad. En muchos lugares habían cortado el alambre de espino, derribado los postes y un animoso tráfico de caballos y coches y camiones iba recorriendo todos esos lugares fuera y dentro del campo. Hacía un

tiempo estupendo y radiante, el sol tenía ya nueva fuerza y por todas partes goteaba la nieve desde los tejados. Era como si la naturaleza quisiera contribuir a hacer completa la promesa de la nueva vida. Hans ya no podía soportar estar dentro del campo, porque en su interior había una tensión que lo empujaba a levantar el vuelo, como un pájaro al que acaban de abrir la jaula.

Caminó en dirección a Rajsko mientras el bramido de los cañones iba debilitándose; solo se oía aún en la lejanía el tumulto de la guerra, donde los alemanes intentaban formar un nuevo frente. Al cabo de poco tiempo, estaba en «No pasarán» y se asustó ante el panorama que ofrecía el pueblo, con la casita en parte destruida por una granada. Cerca había dos tanques alemanes y uno estaba reducido a cenizas. Seguro que fueron los que causaron estos destrozos.

Hans entró en la casa. No había nadie. El cuarto de estar estaba intacto, pero la cocina se encontraba totalmente patas arriba. Allí halló los restos del saxofón. No tuvo más remedio que sonreír. ¿Qué importancia tenía la pérdida material ahora?

Sin embargo, se sentía nervioso. Era como si algo lo empujara a seguir caminando, cada vez más lejos, hacia una meta no conocida. O ir dando vueltas hasta que, abrumado por el cansancio, se echara a dormir a un lado de la carretera y ya habría pasado todo.

Así estuvo caminando por los campos aún nevados. La capa de nieve era fina y, de vez en cuando, pisaba un charco. Tenía los pies mojados y, a pesar del calor del sol, se sentía frío, húmedo e incómodo.

De repente, se topó con la torre. No sabía cómo había llegado hasta allí. No había buscado la torre en absoluto, había estado vagando por los campos sin rumbo, sin meta. La madera estaba húmeda y aquí y allá quedaba todavía nieve. Subió hasta arriba con cuidado.

La torre tenía tres plataformas. Cuando hubo llegado a la primera, miró hacia abajo y tuvo una sensación de mucho malestar, de vértigo. Sintió cómo ese «algo» lo impulsaba otra vez, pero ahora no hacia lo lejos, muy lejos, hasta que llegara al final de sus fuerzas por el cansancio, sino hacia abajo. Un mal paso y quedaría allí tendido,

aplastado y liberado de la pena que lo mantenía aferrado y junto a ella, que envolvía todos sus pensamientos.

Pero se obligó a seguir subiendo. Debía hacerlo, no podía ceder al deseo de renunciar. No huir, sino luchar. Seguir luchando siempre. «Solos no somos nadie». Era poesía. La vida continuaba. La sangre que corría por sus venas le obligaba a continuar y sus piernas seguro que no se negarían a prestar ese servicio cuando quisiera subir más alto. Así siguió subiendo. Primero algo inseguro, pero después decidido, peldaño tras peldaño.

Sobre el último peldaño había una trampilla. La empujó para abrirla y llegó a la plataforma más alta. Tuvo la sensación de triunfo, un triunfo sobre la muerte. Ahora estaba arriba, por encima de todos los árboles y por encima de todas las casas de los alrededores. Era como si oliera la primavera en el viento suave que le rozaba la cabeza.

El campo no estaba lejos. Desde aquí podía ver cómo se habían roto pedazos del muro blanco. Volvía a experimentar la sensación de un triunfador al estar tan alto y ver el campo del que nunca había podido escapar.

Un poco más a la izquierda se divisaba Birkenau. Era grande. Incluso visto desde aquí, donde el mundo entero estaba a sus pies, donde su mirada parecía poder llegar infinitamente lejos, Birkenau parecía grande. Había sido también grande. Se había realizado un trabajo de demoniaca grandeza. En este lugar habían sido asesinadas más personas que en cualquier otro lugar del mundo. Aquí había dominado un sistema de exterminio de una perfección sin parangón, aunque tampoco había sido completo. De lo contrario, él ahora no podría haber estado aquí ni tampoco estaría ya vivo. ¿Por qué vivía? ¿Qué le daba el derecho a vivir? ¿En qué era él mejor que todos esos millones que habían perecido?

Le parecía de una insondable maldad no haber compartido el destino de todos esos otros, pero pensó en las palabras de la muchacha en «No pasarán»: «Debo seguir viviendo para contarlo, para contárselo a todo el mundo, para convencer a las personas de que todo esto ha sido verdad...».

Su mirada deambulaba hacia el sur. En el aire limpio de la primavera temprana yacían los campos aún nevados, pero allí en el sur el horizonte carecía de infinitud. Allí no podía llegar su mirada hasta lejanías desconocidas, allí había un territorio que su ojo no podía penetrar.

El horizonte meridional se veía clausurado por los Beskides y allí estaba de nuevo la visión: Friedel. Se agarró a la balastrada, sus dedos querían perforar la madera, como ella una vez se había agarrado con los dedos a la tela metálica que clausuraba las ventanas del *Block 10*, cuando habían estado mirando entonces juntos los campos lejanos. Ahora estaban separados.

Él estaba aquí y ella estaba allí, donde la visión la dibujaba como si la silueta allá en el horizonte no fuera el contorno de las montañas, sino la línea de su cuerpo.

Tenía el mundo entero a su disposición, pero nunca iría allí, porque ahora era infinitamente inalcanzable. Una vez habían estado juntos y el anhelo de sus corazones los había transportado hacia esas montañas, pero ahora ella estaba lejos de él, inalcanzable como lo habían estado una vez las montañas de allá a lo lejos.

Ahora estaba solo.

Pero no del todo, porque tenía ante los ojos su imagen, que en él seguiría estando viva por siempre. Sacaría fuerzas para lo que sería su misión en la vida futura y así ella existiría en él, así no habría vivido en vano y su alma viviría a través de él, aunque su cuerpo descansara allí, en esas borrosas montañas azules.

Nota sobre el autor y el texto

LA VIDA DE EDDY DE WIND

¿Cómo llegaron Eddy y Friedel a Westerbork? ¿Cómo le fue a Eddy después de que el Ejército Rojo liberara Auschwitz? ¿Y qué ocurrió con Friedel? En este epílogo responderemos a estas y a otras preguntas.

Se conoce poco sobre la juventud de Eddy de Wind. No le gustaba hablar de ella, ya que le resultaba demasiado dura la tristeza por todo lo que había desaparecido. Auschwitz constituía el foco de atención en su vida, el acontecimiento en torno al cual todo giraba. Existía el propio Auschwitz, la época anterior a Auschwitz y la posterior a Auschwitz.

ANTES DE AUSCHWITZ

Eliazar de Wind, apodado Eddy, nació el 6 de febrero de 1916 en la Piet Heinstraat de La Haya, hijo único de una familia judía cuyos progenitores eran Henriëtte Sanders y Louis de Wind, que tenían una próspera tienda de vajillas y menaje del hogar. Debido a la vida atareada de sus padres, Eddy fue educado en gran parte por niñeras en una familia que no era muy estricta en el aspecto religioso, con padres no muy creyentes y que se preocupaban poco por las reglas propias del judaísmo. Con todo, la vida del joven Eddy

no tuvo un mal comienzo en esa familia judía de pequeños empresarios de éxito y bien asimilados.

Cuando Eddy acababa de cumplir los tres años, falleció su padre, Louis, como consecuencia de un tumor cerebral, pero no acabarían ahí las desgracias, porque en el mismo período Eddy volcó de la encimera un caldero con agua hirviendo para el té, que le cayó encima y le produjo graves quemaduras por las que hubo de ser atendido durante medio año en un hospital, y le quedaron grandes cicatrices en el rostro y en el pecho.

Su madre volvió a casarse con Louis van der Stam, quien también falleció en 1936 debido a un infarto, cuando Eddy tenía veinte años y estudiaba Medicina en la Universidad de Leiden. A continuación, Henriëtte se casó con Louis Zodij, al que Eddy llamaba para su gran fastidio Louis Tercero, que de un matrimonio anterior aportó un hijo de doce años que se llamaba Robert Jacques y que se fue a vivir con ellos. Al final, la madre de Eddy fue deportada con su tercer esposo a Auschwitz, donde asesinaron a ambos y donde Robert Jacques corrió la misma suerte.

Debido a los diferentes acontecimientos que se produjeron en su juventud, Eddy y su madre desarrollaron un fuerte vínculo, algo que resultaría mucho más evidente en 1942, durante la guerra.

Eddy era listo y estaba interesado por el mundo que lo rodeaba. Los reveses de su juventud, por suerte, no le impidieron consolidar una vida social exitosa, y así se citaba regularmente con amigos por la noche para charlar sobre el desarrollo de los acontecimientos en el mundo. Nietzsche, Freud, Marx y el comunismo se convirtieron entonces en los temas de conversación predilectos. Le pusieron el mote de «huevito» por la forma de su cara.

Tras terminar el bachillerato, comenzó la carrera de Medicina en Leiden. Siempre había querido dedicarse a la medicina porque, según sus propias palabras, de niño había tenido muchos problemas con el asma y le parecía fabuloso cuando su madre jugaba con él «a los médicos». Eddy fue un buen estudiante y disfrutaba de la vida. Se echó una novia, una chica cristiana, y por

las noches solía actuar con los Rhythm Rascals, una banda de *jazz* en la que tocaba el clarinete. Sus días libres le gustaba pasarlos en un velero de su propiedad.

Los dos progenitores de Eddy provenían de extensas familias judías. Unos cuantos familiares trabajaban en la industria del diamante, pero la mayoría eran comerciantes que trabajaban duro. En estas familias no era habitual estudiar en la universidad y, por tanto, estaban muy orgullosos de Eddy.

Aunque la amenaza del nazismo pendía cada vez más sobre los Países Bajos desde principios de la década de los treinta, la vida para Eddy ofrecía un aspecto radiante. La invasión alemana y la ocupación de los Países Bajos, por tanto, debieron de suponerle una gran conmoción.

LA GUERRA

A principios de 1941, los invasores alemanes obligaron a las universidades neerlandesas a excluir a todos los colaboradores y estudiantes judíos, pero Eddy acabó rápidamente la carrera con la ayuda de sus profesores y fue el último estudiante judío que obtuvo el diploma en Leiden. De allí se fue a Ámsterdam con el objetivo de seguir la formación de psicoanalista, que completó en secreto en casa de sus profesores. Estuvo viviendo en el Nieuwe Herengracht, un canal bonito y tranquilo junto al barrio judío, en el centro de Ámsterdam, donde residía la mayor parte de los 80.000 judíos de Ámsterdam antes de la Segunda Guerra Mundial.

El invasor iba arrinconando cada vez más a la comunidad judía y Eddy estaba preocupado, convencido de que al final los alemanes iban a llevar a cabo las teorías que Hitler ya había expuesto mucho antes en *Mein Kampf*. Sin embargo, se sorprendió la primera vez que lo detuvieron. El 22 y el 23 de febrero de 1941, los alemanes arrestaron en Ámsterdam a 427 jóvenes judíos y Eddy fue uno de ellos. La redada, la primera de la guerra, era una medida de

represalia por la muerte de Hendrik Koot, un paramilitar del WA y miembro del movimiento nacionalsocialista holandés NSB, durante un enfrentamiento con miembros de la resistencia judíos y no judíos. Eddy lo relató en 1981 en un artículo del periódico *NRC Handelsblad*: «Había ido al centro para recoger mi bicicleta [...]. En un lugar del barrio judío, me detuvo un soldado alemán y me preguntó: *Bist du Jude?* (¿Eres judío?). ¿Por qué le respondí que sí: *Ja?* Si le hubiera respondido: *Mensch, du bist verrückt! Ich ein Jude?!* (¡Tío, estás loco! ¿Judío yo?), habría salvado la vida por ese momento; ahora casi seguro que estaba perdida».

Junto con los otros hombres, lo llevaron a una plaza entre dos sinagogas, la actual Jonas Daniël Meijerplein. Allí tuvieron que pasarse horas en cuclillas mientras recibían los golpes de soldados alemanes. Al final, los llevaron en camiones al campo de prisioneros en Schoorl y, cuando llegaron, se repitió el patrón y volvieron a pegarles, pero esta vez más fuerte y con las culatas de los fusiles, mientras los obligaban a correr entre filas de soldados.

Para Eddy, peor incluso que los golpes era el miedo, ya que, al igual que los demás hombres, no tenía ni idea de lo que iba a ocurrir con él.

Se «examinó» a los 427 y no se consideró necesario trasladar a aquellos que estaban demasiado enfermos. Eddy vio su oportunidad y, como más tarde en Auschwitz, se benefició de su condición de médico. Conocía los síntomas de la tuberculosis y sabía, también gracias al asma, simular que padecía una enfermedad contagiosa. Junto con otros doce a los que se consideraba «demasiado enfermos» para el traslado, le dejaron libre. Corriendo muy deprisa y zigzagueando, por miedo a que le «dispararan mientras huía», fue al encuentro de su libertad transitoria, mientras que los 415 hombres restantes fueron deportados a Mauthausen, una cantera en Austria. Solo dos de los 415 sobrevivieron a la guerra y, por lo demás, aquellos a los que dejaron libres no terminaron mucho mejor. De los doce a los que se rechazó para el traslado, por lo que se sabe, solo Eddy sobrevivió a la guerra.

Esta primera redada constituyó el motivo para lo que más tarde vendría en llamarse «La huelga de febrero». Muchos habitantes de

Ámsterdam no tragaban con lo que estaba pasando con «sus» judíos y, bajo la dirección del Partido Comunista, se declararon en huelga como respuesta a la razia. Fue un acto de valentía sin precedentes y, como desgraciadamente era de esperar, la huelga concluyó con una represión sangrienta.

En la conmemoración anual de «La huelga de febrero» siempre se dice que solo dos hombres sobrevivieron a la redada que la había precedido, Max Nebig y Gerrit Blom, pero a Eddy no lo mencionan. Tal vez sea porque no formaba parte de ese grupo de 415 que fue deportado a Mauthausen. Sea como fuere, él nunca lo entendió.

Tras su liberación de Schoorl, Eddy intentó, tan bien o tan mal como las circunstancias permitían, retomar de nuevo su vida. En 1942, Ámsterdam le pareció demasiado peligrosa y se ocultó en casa de unos amigos de su madre en La Haya. Como le resultaba difícil tener que quedarse todo el día dentro de casa, a su anfitrión se le ocurrió una solución: Eddy podía huir a Suiza. Así que se puso en marcha con su novia, con la que se había prometido entre tanto, pero ya en la primera parada intermedia, en Amberes, la cosa salió mal porque no lograron encontrar el lugar donde debían presentarse, probablemente por un error en la ortografía de la nota con la dirección. Tras un par de días buscando, la pareja volvió de vacío a los Países Bajos, como había salido.

Esta es la historia tal como Eddy la contaba después. También es muy probable que él mismo hubiera hecho fracasar la huida a propósito, porque tenía un vínculo tan bueno y profundo con su madre que tal vez no quisiera dejarla en la estacada. Poco después de su regreso, se produjo un acontecimiento que convierte en verosímil esta idea.

Su madre es detenida y trasladada a Westerbork. El Consejo Judío, la institución que mediaba entre los invasores y los judíos neerlandeses, está buscando justo en ese momento médicos judíos que quieran trabajar de voluntarios en el campo y a los médicos se les ofrece, además, la garantía de que podrán quedarse allí o, lo que es lo mismo, que no serán deportados, e incluso que cada dos

semanas se les permitirá pasar un fin de semana en casa como «un hombre libre». Eddy se presenta, con la condición de que se le permita a su madre quedarse en Westerbork y, por tanto, que no la deporten. La promesa resultó no tener ningún valor y, cuando llegó a Westerbork un par de días después, su madre ya había sido trasladada a Auschwitz.

Westerbork era un asentamiento bien conservado con una administración que funcionaba bien y que estaba formada sobre todo por judíos. Había suficiente comida y toda clase de servicios y equipamientos, tales como un hospital y un teatro, pero a fin de cuentas no cabía duda de que los nazis eran quienes mandaban allí y todas las semanas debía realizarse un transporte. Con el tren de mercancías, se trasladaban al este una y otra vez miles de judíos, casi todos a ese destino que todo el mundo temía y que muy bien podría ser la última parada. Un lugar en Polonia cuyo nombre solo habían oído en ese tren: Auschwitz.

Eddy era uno de los médicos directivos del pequeño hospital de Westerbork y trabajaba duro. Una de las tareas que más difícil le resultaba era el tener que «examinar» a los presos que iban a ser deportados, ya que a los enfermos se los eximía del traslado. Una y otra vez los presos le suplicaban que declarara que los familiares o amigos que debían ser trasladados estaban demasiado enfermos para viajar, pero los médicos debían tener cuidado con estas cosas, porque los alemanes solían controlar su trabajo y sus decisiones. Era una tarea imposible que le estuvo atormentando durante mucho tiempo, también después de que se hubiera terminado la guerra, porque había muchas personas enfadadas con él por no haber declarado inapto para el traslado a un familiar.

En el hospital, Eddy trabajaba con Friedel —«Frieda»— Komornik, una enfermera de dieciocho años, procedente de Alemania, que había ido a parar al campo tras una larga huida. Eddy y Friedel se enamoraron y él rompió su compromiso anterior, pero para poder estar juntos, debían casarse, algo que también era posible en Westerbork, y así ocurrió. Estuvieron viviendo juntos durante meses en una habitación que solo estaba separada por un cartón de la sala

del hospital. No era realmente una situación ideal para una pareja que acaba de unirse, pero se tenían el uno al otro y, desde luego, vistas las circunstancias, eran felices. Hasta que el destino también hizo estragos en ellos y, a pesar de los acuerdos a los que había llegado Eddy con el Consejo Judío, tanto él como Friedel fueron incluidos en un convoy para Auschwitz el 14 de septiembre de 1943.

AUSCHWITZ

Eddy describe sus experiencias justo después de que los alemanes hubieran abandonado Auschwitz en un cuaderno cuyo texto aparece en este libro. A su mujer y a sus hijos les contaba de vez en cuando un poco más sobre lo que había ocurrido. Padecía del complejo de culpa con el que tiene que vérselas todo superviviente: ¿por qué he sobrevivido yo y todos los demás no? Junto a una inimaginable cantidad de suerte, eran el amor y el deseo que profesaba por Friedel los que le habían mantenido en pie.

Lo importante de *Auschwitz: última parada* es que fue escrito durante la guerra y en el campo de concentración. El texto ni se ha adaptado ni se ha visto influido por recuerdos cambiantes o por conocimientos que no se han adquirido hasta más tarde, tras la liberación, lo que convierte la historia en algo fresco y sincero, concediéndole un gran valor histórico.

A menudo es también enormemente impactante. Un ejemplo llamativo al respecto es la historia que cuenta Eddy acerca de un momento en el que Friedel está muy mal y él se dirige al *Lagerarzt* para pedirle que le salve la vida. Parece una solicitud ridícula en un lugar que precisamente tiene como objetivo asesinar a todo el que llega allí como prisionero. El hecho de que el *Lagerarzt* acceda a su solicitud es, por tanto, asombroso. Sobre todo si te paras a pensar en quién era ese *Lagerarzt*: Josef Mengele. Un nombre que por entonces poco les decía a los presos y que a Eddy no le pareció necesario mencionar. Un nombre, sin embargo, cuyo portador ahora

es considerado uno de los mayores criminales de guerra que ha dado la historia. Una idea inquietante, en la medida en que te lleva a pensar que los verdugos de Auschwitz no eran animales o seres de otro planeta, sino personas normales, capaces de tomar decisiones «humanas».

¿Convierte este acontecimiento a Mengele en un hombre menos malvado de lo que se le considera hoy en día? La respuesta a esa pregunta la da el propio Eddy en una conversación que mantiene con Friedel sobre las decisiones en apariencia inexplicables e inconsecuentes, pero cargadas de empatía, que algunos miembros mayores de las SS toman de vez en cuando. «No creo que eso pueda hablar en su favor —opinó Hans—. Al contrario, los jóvenes han sido educados en el espíritu de la sangre y la tierra, esos no tienen más luces, pero precisamente los mayores, como ese *Lagerarzt*, muestran por esas pequeñas obras que todavía se esconden en su interior restos de su antigua educación. Ellos aprendieron otras cosas y, por tanto, habían podido seguir siendo personas. Por eso son más culpables que el ganado joven nazi, que nunca ha visto nada mejor».

Es decir, precisamente porque Mengele se comporta así y, con ello, muestra que sabe lo que es la humanidad, convierte su comportamiento en Auschwitz en algo mucho más condenable.

El libro termina con la liberación de Auschwitz en enero de 1945. En un epílogo de 1980 para la reedición de *Auschwitz: última parada*, Eddy describe lo que ocurrió más tarde.

«Después de que las SS se hubieran llevado a la mayor parte de los presos en las marchas del hambre hacia los campos en el interior de Alemania, en el hospital de Auschwitz se quedaron un par de miles de enfermos. Pocos días después de que los primeros rusos entraran en el campo, llegó una mujer comandante médico y me pidieron que me quedara allí hasta que los últimos enfermos holandeses (siempre que no murieran) fueran enviados a Rusia y más tarde a Holanda. Durante tres meses estuve haciendo toda clase de trabajos médicos difíciles, realicé amputaciones y pequeñas operaciones que, en el fondo, estaban muy por encima de

mis capacidades. Llevé una vida ajetreada y comía muchas judías con pollo provenientes de latas de conservas norteamericanas. Además, había encontrado en “Canadá” (el almacén de todas las pertenencias judías) un abrigo de piel que vendí en un pequeño mercadillo. [...] Con lo que saqué, estuve comprando durante los siguientes cinco meses bastantes huevos y nata en Auschwitz y en Rusia, de manera que, cuando llegué a Holanda en julio, estaba bien alimentado. Ya no recuerdo cómo me encontraba psíquicamente. La reconstrucción de los acontecimientos sucedidos hace tanto tiempo es un asunto delicado. [...] Mantengo un recuerdo muy vivo de cómo estábamos bailando junto a la puerta, por turnos, sobre un gran retrato de Hitler que habían sacado de un edificio de la administración poco después de la entrada de los rusos. No recuerdo lo que sentía entonces, creo que me había parecido más bien ridículo el hecho de que esto satisficiera de una manera tan sutil mi odio. [...] Una sensación sí que tenía: *Debo mostrar a la humanidad lo que pasó aquí. Si lo consigno ahora por escrito para que lo sepa todo el mundo, no volverá a ocurrir jamás.* Al mismo tiempo, quería ponerle punto final en mi interior a lo que había pasado, como si pudiera liberarme de todo lo que me rondaba por la cabeza desplazándolo hacia fuera, sobre el papel. Una ilusión. Me hice con un cuaderno muy grueso —todavía hoy obra en mi poder— en el que escribía un interminable relato con letras muy pequeñas, sentado en el borde de mi cama del antiguo *Polenstube*, el cuarto de los polacos, donde todos los días escribía. Nadie puede dudar de los hechos y situaciones allí descritos, en contraposición a los libros y guiones de televisión actuales sobre los que los críticos —posiblemente por mala voluntad— podrían sugerir que se trata de un síndrome de falsos recuerdos».

Cuando Auschwitz es liberado, pasan algunos meses antes de que la guerra termine también en los Países Bajos. Eddy entra a formar parte del Ejército Rojo, se queda unos cuantos meses en Auschwitz para cuidar de los enfermos y, a continuación, va siguiendo la retaguardia del frente para ayudar a los soldados heridos. Durante todo ese tiempo no tiene ni idea de si Friedel se mantiene todavía

con vida. Al principio está convencido de que ha muerto, víctima de la marcha de la muerte que la apartó de él en Auschwitz, pero cuando se filtran historias sobre las marchas de la muerte que se dirigieron también hacia la Europa del Este, oye que hay supervivientes y vuelve a albergar esperanzas. El 23 de mayo, cuando acaban de liberar los Países Bajos, envía desde Chernivtsí, en Ucrania, que entonces pertenecía a la Unión Soviética, una carta a la Cruz Roja de los Países Bajos en la que incluía otra carta a Friedel, confiando en que viviera aún y en que la Cruz Roja lograría encontrarla. Era una carta llena de anhelos e incertidumbre.

Cuando liberan por fin los Países Bajos, quiere regresar tan pronto como sea posible. Sigue un largo viaje por Europa del Este y, luego, a través del mar Mediterráneo. Eddy salió de los Países Bajos en un vagón de mercancías y regresa en un vagón de pasajeros. Desde Marsella, llega a la frontera neerlandesa el 24 de julio de 1945, pasando por Alemania. Lo recogieron en Enschede y, como no tenía papeles, un colaborador de la Cruz Roja lo interrogó. Lo primero que dio fueron sus datos personales, cómo se llamaba y dónde había estado, y luego se produjo el milagro, porque el colaborador de la Cruz Roja lo interrumpió y dijo que poco antes había regresado de Auschwitz una señora De Wind, que se encontraba en un hospital cercano. El día de su regreso a los Países Bajos, Eddy se reunió con Friedel.

DESPUÉS DE AUSCHWITZ

Friedel y Eddy salieron muy perjudicados de la guerra. Eddy sobre todo psíquicamente y Friedel también físicamente, ya que quedó estéril y estuvo enferma durante muchos años. Casi todos sus familiares y amigos habían sido asesinados y no había ningún hogar al que regresar. En los Países Bajos, toda la atención se vio acaparada de inmediato por la reconstrucción y quedaba poco espacio para la historia de ambos.

Eddy y Friedel reanudaron la vida con valentía. Él vendió las pocas posesiones de la familia que habían quedado después de la guerra y, con el dinero, se construyeron una casa a las afueras de Ámsterdam. Continuó con su formación de psicoanalista y abrió su propia consulta, pero Auschwitz seguía estando presente en todo lo que hacía; como psicoanalista, se especializó en el tratamiento de las personas con graves traumas de guerra y ya, en 1949, publica una obra de referencia sobre el tema, *Confrontación con la muerte*, en la que se describe por primera vez el síndrome del campo de concentración o el síndrome del superviviente.

El sufrimiento compartido, el dolor producido por el trauma, al final resultó demasiado grande para la relación entre Eddy y Friedel. En 1957, doce años después de Auschwitz, se separan.

En una clase de dibujo, Eddy conoce a su segunda esposa, una mujer con un pasado distinto del suyo. Es de Ámsterdam, un poco más joven que él y no es judía. Se casan y tienen tres hijos.

Eddy es muy vital y trabaja mucho, pero con cierta regularidad lo asaltan los traumas que lleva arrastrando y que intenta tratarse varias veces, entre otras muchas, en la clínica del famoso catedrático de Psiquiatría especializado en traumas de guerra: Jan Bastiaans. Se somete, por ejemplo, a un tratamiento con psicotrópicos como medio para superar el traumático pasado.

El dolor y la pena provienen a veces de rincones inesperados. El hecho de que Eddy se hubiera separado de una mujer que había conocido en el campo y con la que había compartido tantas cosas, algunos se lo tomaron a mal. Y que se casara con una no judía fue visto como traición por una parte de la comunidad judía. Cada año, Eddy asistía a los actos conmemorativos del Comité Neerlandés de Auschwitz y, aunque para una gran parte de los presentes era un héroe que había dedicado su vida laboral a ayudar a las víctimas de la guerra, algunos le dieron la espalda por esta «traición».

Eddy estuvo publicando con regularidad y se convirtió en un orador muy solicitado en congresos internacionales, sobre todo en los que trataban de las consecuencias de los traumas de guerra. En su segunda especialización, la sexología, obtiene igualmente muchos éxitos y contribuyó, por ejemplo, a la apertura de la primera

clínica abortiva neerlandesa. En 1969 publicó un trabajo de investigación sobre las diferentes preferencias sexuales: *Variación o Perversión*.

En sus últimos años, Eddy va comprendiendo cada vez mejor que los traumas no terminan con los directamente implicados, sino que son transferidos por los supervivientes a su descendencia. Crea una fundación en la que se reúne toda la investigación y el conocimiento sobre este tema: la Fundación para la Investigación de las Consecuencias Psíquicas de la Guerra (SOPO, por sus siglas en neerlandés). Un proyecto ambicioso en el que logra vincular a muchos especialistas internacionales.

En 1984, tres años antes de su fallecimiento, recibe una condecoración por parte de la reina, que le nombra Oficial de la Orden de Orange-Nassau. Para él, la condecoración significó algo más que un mero reconocimiento al trabajo bien hecho; el nombramiento supuso, en su opinión, el reconocimiento de que no había sobrevivido en vano.

Mientras estaba trabajando en SOPO, Eddy sufrió un grave infarto cardiaco. Siguió un período difícil en el que fue debilitándose cada vez más. La confrontación con la muerte inminente volvió a transportarlo a Auschwitz y se vio asaltado por miedos terribles. Tras un período de postración en cama de poco más de un mes, su dañado corazón dejó de latir. Eddy falleció el 27 de septiembre de 1987, a los setenta y un años de edad.

COMENTARIO SOBRE ESTA EDICIÓN

Tras su regreso a los Países Bajos, Eddy se da cuenta de que la mayoría de la gente está tan contenta de que se haya acabado la guerra que existe poco interés por las historias sobre los campos de exterminio. La reconstrucción pasa ahora a un primer plano. Sin embargo, decide llevar a cabo su propósito y poco después de la guerra se publica su historia. El texto que escribió en un par de

meses en Auschwitz, en el borde de su camastro, se recoge casi palabra por palabra y, a principios de 1946, aparece *Auschwitz: última parada* en la editorial comunista De Republiek der Letteren. Por desgracia, al poco tiempo de la publicación, se produce la quiebra de la editorial y *Auschwitz: última parada* pronto deja de estar a disposición del público, con lo que el libro cae en el olvido.

Absorbido por la reconstrucción de su propia vida, Eddy decide dejarlo a un lado de momento y hasta 1980 no realiza un nuevo intento. Es cuando aparece una reedición integral en la Editorial Van Genep. La razón de que quiera volver a editarlo es menos entusiasta y se debe a la creciente preocupación de Eddy por lo que había confiado en que ya nunca se tendría que preocupar: un resurgir de la intolerancia y de la violencia política, también en Occidente.

Él veía *Auschwitz: última parada*, de este modo, no tanto como un informe histórico en el que ajustaba cuentas con lo que había sucedido, sino más como una historia con un valor universal que mostraba la manera en que algunas personas seguían ayudándose y amándose entre sí en las circunstancias más inhumanas, logrando salvaguardar cierta fortaleza de espíritu libre, y una historia que demuestra cómo la intolerancia y los sentimientos de superioridad pueden llevar a las acciones más inconcebibles en casos extremos.

Cuando Van Genep se arruinó también, el libro desaparece de la faz de la tierra durante mucho tiempo. Eso no significaba, por otra parte, que Eddy se lo hubiera sacado de la cabeza y siguió siendo muy consciente de la importancia que supone que todo el mundo pueda leer lo que ocurrió en Auschwitz, de manera que hasta poco antes de su muerte estuvo trabajando para que saliera a la luz una traducción inglesa de la historia.

El hecho de que el cuaderno original en el que Eddy escribió el relato pueda ser expuesto ahora por todo el mundo, 75 años tras la liberación de Auschwitz, y que el libro sea editado en el ámbito mundial, es un homenaje a todos los que han sufrido el terror y la violencia política. Sobre todo es también el cumplimiento del deseo que Eddy manifiesta al final de su historia: «Debo seguir viviendo

para contarlo, para contárselo a todo el mundo, para convencer a las personas de que todo esto ha sido verdad...».

En esta nota se ha recogido una parte del epílogo que Eddy de Wind escribió para la reedición de *Auschwitz: última parada* en 1980. Adicionalmente, se han utilizado diversas fuentes, entre las que destacan los textos del cuaderno de Eddy de Wind que no se recogieron en la edición anterior, archivos de la Cruz Roja y del Museo Estatal de Auschwitz-Birkenau y el artículo de Eddy en el periódico *NRC Handelsblad*, del 14 de febrero de 1981.

Familia De Wind
Ámsterdam, junio de 2019

Nota del traductor

Cuando recibí la llamada de mi editora para preguntarme si estaba dispuesto a traducir una obra sobre Auschwitz, que ya se había editado en neerlandés dos veces con anterioridad y que iba a revisar el hijo del autor para su lanzamiento en diversos idiomas de varios países con motivo del septuagésimo quinto aniversario de la liberación de este campo de concentración, acepté el reto gustoso porque era la primera vez que me enfrentaba a un texto que no estaba fijado aún y que, posiblemente, iría cambiando durante el proceso de traducción. Así ha sido, en efecto, y este procedimiento ha aportado nuevos matices a mi experiencia laboral.

En primer lugar, el tópico que designa el trabajo del traductor como una tarea solitaria se ha desvanecido en esta ocasión, ya que desde el primer momento coincidí con la traductora al alemán en la Casa del Traductor, en Ámsterdam, y ambos tratamos de algunas imprecisiones y dificultades con el traductor al inglés, que reside en esta misma ciudad. Más adelante, creamos un grupo de correo electrónico con otros traductores que iban a verter el texto a sus respectivas lenguas y hemos estado intercambiando información y opiniones hasta el día de hoy, en el que muchas de nuestras conclusiones y alternativas al texto original se han recogido por fin en la versión definitiva tal como aparece aquí.

Otro aspecto novedoso en mi *modus laborandi* ha sido la confrontación con un texto poco «trabajado» en el plano editorial, donde aparecen fallos que han de conservarse en aras de la frescura y la autenticidad originales, respetando la memoria del autor que, debido a las circunstancias especiales en las que escribió

el libro, le ha podido llevar a ciertas inexactitudes tales como la posible equivocación al mencionar Radom como el pueblo que se encontraba entre Leópolis y Cracovia, cuando debía de referirse a Rzeszów, como bien apunta la traductora polaca; o la grafía de algunos apellidos, como es el caso de Hereirra; además de errores al señalar Buna como Auschwitz II, cuando era Auschwitz III, o decir que *Shemá Israel* es la plegaria de los moribundos, cuando en realidad es la plegaria de la fe. En este sentido, la interpretación de las siglas SDG como *Sanitäter des Gesundheitsamts* (sanitario del Departamento de Sanidad), en lugar de *Sanitätsdienstgrad* (graduación militar de sanitario de las SS), puede atribuirse bien a una equivocación involuntaria de Eddy de Wind o bien a una tergiversación consciente de las siglas por su parte, pero es importante ser conscientes de que la mayoría de los vocablos fueron transmitidos al autor de forma oral, sin haberlos visto escritos, con lo que es más comprensible en muchos casos que se produjera algún error.

En el ámbito lingüístico, como ya lo indicara Primo Levi en su obra *Los hundidos y los salvados*, es preciso constatar que el idioma hablado en los campos de concentración era una lengua artificial con predominio de términos alemanes, como idioma de mando, y adición de vocablos de las lenguas de todos los prisioneros que se hallaban allí encerrados. De este modo, algunas de las muchas palabras o expresiones alemanas —y unas pocas de otras lenguas— que aparecen en el libro no se corresponden en sentido estricto con su significado propio en la lengua de origen, sino que adquirieron un significado particular en este entorno y así las hemos recogido aquí. Por otra parte, pueden resultar chocantes afirmaciones tales como que los uniformes de los presos sean de lino, ya que en nuestros días se considera este un material refinado, pero en la época en la que se desarrolla la trama no tenía esa connotación y lo característico era lo fino del tejido, que no ofrecía ningún abrigo en el invierno.

Por último, quisiera retomar el segundo párrafo de esta nota para informar al lector de que, en las diferentes traducciones del libro, los traductores y editores respectivos han optado por diversas

alternativas. En algunas versiones, se han añadido glosarios o notas a pie de página o notas finales o notas del traductor; en otras, se han incluido todas o un par de estas opciones y, en general, podrá encontrarse de todo según las lenguas. En esta versión, la editora y yo hemos decidido prescindir de notas a pie de página y de glosarios, introduciendo las explicaciones imprescindibles en el texto para evitar posibles distracciones o interferencias que llevaran a perder la agilidad y la frescura en la lectura propias del original, si bien en ciertas ocasiones surge alguna frase poco clara que, lamentablemente, no se puede consultar con el escritor. Es una pena que no se haya traducido mientras vivía, porque él habría resuelto a los traductores infinidad de interrogantes que en estas versiones se van a quedar sin responder. En cualquier caso, este es un documento histórico imprescindible, con ciertos rasgos de ficción, que nos ofrece un testimonio de primera mano desde el vientre de la bestia, como denomina el traductor del inglés a Auschwitz en su nota, y que supone una aportación de incalculable valor a la rica literatura que se ha escrito sobre los campos de concentración.

Julio Grande
Guadarrama
Agosto de 2019